





MEG CABOT

**PRINCESA
??? ENAMORADA???**

3º Serie Princesa



Para Benjamin, con amor



AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Beth Ader, Jennifer Brown, Barbara Cabot, Sarah Davies, Laura Langlie, Abby McAden y David Walton.



ÍNDICE

| | |
|--|----|
| ARGUMENTO | 8 |
| Clase de Lengua..... | 10 |
| Sábado, 6 de diciembre..... | 15 |
| Sábado, 6 de diciembre, 23.00h..... | 19 |
| Domingo, 7 de diciembre | 24 |
| Domingo, 7 de diciembre, 23.00h..... | 34 |
| Lunes, 8 de diciembre, aula | 37 |
| Lunes, 8 de diciembre, aula | 39 |
| Lunes, 8 de diciembre, clase de Álgebra | 41 |
| Lunes, 8 de diciembre, Civ. del Mundo..... | 42 |
| Lunes, 8 de diciembre, aula de G y T..... | 45 |
| Lunes, 8 de diciembre, clase de Francés..... | 47 |
| Lunes, 8 de diciembre, clases de Bío | 51 |
| Lunes, 8 de diciembre, 15.00 h, clase de repaso de Álgebra con el señor Gianini..... | 53 |
| Martes, 9 de diciembre, aula..... | 54 |
| Martes, 9 de diciembre, clase de Inglés..... | 62 |
| Martes, 9 de diciembre, clase de Bío | 64 |
| Martes, 9 de diciembre, 16.00 h, en la limusina camino del Plaza | 69 |
| Martes, 9 de diciembre, 19.00 h..... | 70 |
| Martes, 9 de diciembre, 19.30 h..... | 72 |
| Martes, 9 de diciembre, 20.30 h..... | 73 |
| Martes, 9 de diciembre, 20.45 h..... | 75 |
| Miércoles, 10 de diciembre, 3.00 h de la madrugada..... | 78 |
| Miércoles, 10 de diciembre, aula..... | 79 |
| Miércoles, 10 de diciembre, aula..... | 81 |
| Miércoles, 10 de diciembre, clase de Álgebra, 9.30 h..... | 82 |
| Miércoles, 10 de diciembre, clase de Álgebra, 9.45 h..... | 83 |



| | |
|--|-----|
| <i>Miércoles, 10 de diciembre, clase de Álgebra, 9.50 h</i> | 84 |
| <i>Miércoles, 10 de diciembre, 9.55 h</i> | 85 |
| <i>Miércoles, 10 de diciembre, 10.00 h, calle Setenta y cinco Este, debajo de unos andamios</i> | 86 |
| <i>Miércoles, 10 de diciembre, hora de G y T</i> | 87 |
| <i>Miércoles, 10 de diciembre, clase de Francés</i> | 89 |
| <i>Miércoles 10 de diciembre, 21.00 h, en la limusina, camino de casa después de ver a Grandmère</i> | 92 |
| <i>Martes, 11 de diciembre, aula</i> | 96 |
| <i>Jueves, 11 de diciembre, cuarta hora de clase</i> | 100 |
| <i>Jueves, 11 de diciembre, aula de G y T</i> | 104 |
| <i>Jueves, 11 de diciembre, 21.00 h</i> | 107 |
| <i>Viernes, 12 de diciembre, aula</i> | 110 |
| <i>Viernes, 12 de diciembre, despacho de la directora Gupta</i> | 111 |
| <i>Viernes, 12 de diciembre, 17.00 h, apartamento</i> | 114 |
| <i>Viernes, 12 de diciembre, 20.00 h, apartamento</i> | 117 |
| <i>Viernes, 12 de diciembre, 21.00 h, apartamento</i> | 120 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 14.00 h, apartamento de Lilly</i> | 122 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 14.30 h, apartamento de Lilly</i> | 124 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 15.00 h, con Grandmère</i> | 126 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 17.00 h, apartamento</i> | 129 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 20.00 h, apartamento</i> | 132 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 21.00 h, apartamento</i> | 134 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 21 30 h, apartamento</i> | 135 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 22.00 h, apartamento</i> | 136 |
| <i>Sábado, 13 de diciembre, 12.00 h, apartamento</i> | 139 |
| <i>Domingo, 14 de diciembre, 10.00 h, apartamento</i> | 140 |
| <i>Domingo, 14 de diciembre, 10.30 h, apartamento</i> | 141 |
| <i>Domingo, 14 de diciembre, 11.00 h, apartamento</i> | 142 |
| <i>Domingo, 14 de diciembre, por la tarde, apartamento</i> | 143 |
| <i>Domingo, 14 de diciembre, 12.30 h, apartamento</i> | 144 |
| <i>Domingo, 14 de diciembre, 20.00 h, apartamento</i> | 145 |
| <i>Lunes, 15 de diciembre, aula</i> | 148 |
| <i>Martes, 16 de diciembre</i> | 152 |
| <i>Miércoles, 17 de diciembre</i> | 153 |
| <i>Jueves, 18 de diciembre, 13.00 h</i> | 154 |
| <i>Jueves, 18 de diciembre, 16.00 h, limusina, camino del Plaza</i> | 155 |
| <i>Jueves, 18 de diciembre, 19.00 h</i> | 157 |



| | |
|---|-----|
| <i>Jueves, 18 de diciembre, 21.00 h</i> | 159 |
| <i>Viernes, 19 de diciembre, aula</i> | 162 |
| <i>Viernes, 19 de diciembre, Feria de Invierno</i> | 165 |
| <i>Viernes, 10 de diciembre, aún en la Feria de Invierno</i> | 168 |
| <i>Viernes, 19 de diciembre, aún más tarde, aún en la Feria de Invierno</i> | 170 |
| <i>Viernes, 19 de diciembre, 17.00 h, apartamento</i> | 177 |
| <i>Viernes, 19 de diciembre, 17.30 h, escalera de incendios</i> | 178 |
| <i>Viernes, 19 de diciembre, 19.30 h</i> | 181 |
| <i>Sábado, 20 de diciembre, jet de la Genovia Real</i> | 186 |



ARGUMENTO

Un verdadero DESASTRE. Esto es lo que mi vida ha resultado ser. Ya sé que lo he dicho muchas veces, pero esta vez ¡¡va en serio!! ¿Y por qué esta vez sí? Porque tengo NOVIO. Tal vez debería sentirme la persona más feliz del mundo. No soy guapa, pero tampoco soy un cardo borriquero; vivo en Nueva York, el lugar más cool del momento; soy una princesa y...tengo lo que todas las chicas desean: un novio, Kenny. ¿Qué más podría pedir? Pero el pequeño problema es que con sólo ver a Kenny ¡me salen sarpullidos!



—Una de las fantasías de Sara es que es una princesa —dijo Jessie—. Se pasa el día jugando a eso, incluso en la escuela. Quiere que Ermengarde también lo sea, pero Ermengarde dice que está demasiado gorda.

—Está demasiado gorda —repuso Lavinia—. Y Sara está demasiado delgada.

—Sara dice que lo de ser una princesa no tiene nada que ver con la apariencia o con las posesiones materiales. Solo tiene que ver con lo que uno piensa y con lo que uno hace —explicó Jessie.

La princesita

FRANCES HODGSON BURNETT



Clase de Lengua

Deberes (para el 8 de diciembre): *El alumnado de este instituto, el Albert Einstein, es muy diverso. En él se encuentran representadas más de ciento setenta nacionalidades, religiones y grupos étnicos. Describe a continuación el modo en que tu familia celebra una festividad genuinamente estadounidense: el día de Acción de Gracias. Por favor, respeta los márgenes.*

MI DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS

por Mía Thermopolis

6.45 h: Me despierta mi madre con sus arcadas. Está ya en el tercer mes de embarazo. Según su tocólogo, los vómitos deberían cesar en el próximo trimestre. Estoy impaciente por que llegue ese momento. Llevo la cuenta de los días que faltan en mi calendario de los 'N Sync. (En realidad no me gustan los 'N Sync. Al menos, no demasiado. Mi mejor amiga, Lilly, me regaló su calendario a modo de broma. Aunque la verdad es que uno de los componentes es muy mono...)

7.45 h: El señor Gianini, mi nuevo padrastro, llama a la puerta de mi habitación. Se supone que ahora ya puedo llamarle Frank. Me cuesta mucho recordarlo, debido al hecho de que en el instituto, donde es profesor de primer curso y me da además clases de Álgebra, se supone que tengo que llamarle señor Gianini. Así que no le llamo de ninguna manera (a la cara).

«Es hora de levantarse —dice el señor Gianini. Vamos a celebrar el día de Acción de Gracias en casa de sus padres, en Long Island—. Tenemos que salir ya, porque va a haber mucho tráfico.»

8.45 h: A estas horas del día de Acción de Gracias no hay tráfico. Así que llegamos a casa de los padres del señor Gianini, en Sagaponic, con tres horas de antelación.

La señora Gianini (la madre del señor Gianini, no mi madre; mi madre sigue siendo Helen Thermopolis, porque es una pintora contemporánea bastante conocida por ese nombre, y también porque no cree en el culto al patriarcado) aparece con los rulos puestos. Se sorprende mucho al vernos. No creo que sea solo por lo temprano que llegamos, sino también porque, en cuanto mi madre entra en su casa, echa a correr hacia el cuarto de baño con una mano en la boca; los efectos del olor a pavo asado. Confío en que esto signifique que mi futuro medio hermano o medio hermana vaya a ser vegetariano, pues hasta ahora el olor a carne guisada despertaba apetito en mi madre, y no náuseas.



Mi madre ya me había informado en el coche de que los padres del señor Gianini son muy anticuados y suelen celebrar una comida muy convencional el día de Acción de Gracias. No cree que vaya a gustarles mi discurso tradicional de este día sobre la responsabilidad genocida de los primeros colonizadores ingleses, al ofrecer a sus nuevos amigos nativos mantas infectadas con el virus de la viruela, y lo censurable que es que, como país, celebremos todos los años esta violación y destrucción de toda una cultura.

En lugar de eso, sugiere mi madre, debería hablar de temas más neutros, como el tiempo.

Le pregunto si es correcto que hable de la increíblemente elevada tasa de asistencia a la ópera en Islandia (más del 98 por ciento de la población ha visto Tosca al menos una vez).

Mi madre suspira y dice: «Si no queda más remedio...», lo cual interpreto como una señal de que empieza a cansarse de oír hablar de Islandia.

Bueno, lo siento, pero Islandia me parece absolutamente fascinante y no descansaré hasta que haya visitado el hotel de hielo.

9.45 h—11.45 h: Veo el desfile de Acción de Gracias de los almacenes Macy's en compañía del señor Gianini hijo, en lo que él llama la «salita de estar».

En Manhattan no hay «salitas de estar»: solo hay halls.

Recordando la advertencia de mi madre, me contengo de repetir otra de mis peroratas tradicionales de este día: que el desfile del día de Acción de Gracias de los almacenes Macy's es un ejemplo flagrante de los estragos que está causando el capitalismo en este país.

En un momento dado de la emisión, veo a Lilly en mitad de la muchedumbre que se agolpa a las puertas del establecimiento de la cadena Office Max, en la esquina de Broadway con la Treinta y siete, con la videocámara pegada a la cara (una cara algo rolliza y chata), mientras por delante de ella pasa una carroza que transporta a Miss América y a William Shatner, de Star Trek. Así me entero de que Lilly va a encargarse de denunciar a los almacenes Macy's en el próximo episodio de su programa de la televisión pública: Lilly lo cuenta tal y como es (todos los viernes a las nueve de la noche, red por cable de Manhattan, canal 67).

12.00 h: La hermana del señor Gianini hijo llega con su esposo, sus dos hijos y los pasteles de calabaza. Los hijos, que tienen mi edad, son mellizos: un chico, Nathan, y una chica, Claire. Sé en ese mismo instante que Claire y yo no vamos a congeniar, porque cuando nos presentan ella me mira de arriba abajo, igual que las animadoras en el vestíbulo del instituto, y dice, con aire altanero: «¿Y tú eres la presunta princesa?».

Y aunque soy consciente de que, con metro ochenta de estatura, los pies del tamaño de raquetas de nieve, una mata de pelo en la cabeza que me hace parecer un bastoncillo para los oídos y sin senos detectables, soy el bicho más raro de todos los alumnos de primero del Instituto Masculino Albert Einstein (mixto desde aproximadamente 1975), la verdad, no me apetece que me lo recuerden chicas que ni siquiera se molestan en comprobar que detrás de esta fachada de mutante late el corazón de una persona que, como el resto de la humanidad, lucha por alcanzar la realización personal.

Tampoco es que me importe lo que opine de mí Claire, la sobrina del señor Gianini. Y menos aún cuando lleva puesta una minifalda de piel de poni. Y ni siquiera es imitación de piel de poni. Debería saber que un animal tuvo que morir para que ella pueda lucir esa falda, pero es evidente que no le importa.



Claire saca su teléfono móvil y sale al jardín, donde hay mejor cobertura (tampoco parece importarle que estemos a un grado bajo cero: al fin y al cabo, esa falda de piel de poni debe de abrigarle mucho). Mientras habla, no deja de mirarme a través de las puertas correderas de vidrio, y de reírse.

Nathan (que lleva vaqueros holgados y tiene un busca, además de un montón de joyas de oro) pregunta a su abuelo si puede cambiar de canal. Así, en lugar de la oferta televisiva tradicional del día de Acción de Gracias (por ejemplo, los partidos de fútbol o la maratón de películas de serie B del Lifetime Channel), nos vemos obligados a ver la MTV2. Nathan se sabe todas las canciones y las canta. La mayoría contienen tacos que han sustituido por un pitido, pero, aun así, Nathan los canta.

13.00 h: Se sirve la comida. Empezamos a comer.

13.15 h: Acabamos de comer.

13.20 h: Ayudo a la señora Gianini a quitar la mesa. Me dice que no sea ridícula, que vaya a «divertirme cotilleando con Claire».

Si uno se para a pensarlo, resulta aterrador lo negada que puede ser a veces la gente mayor.

En lugar de ir a divertirme cotilleando con Claire, me quedo donde estoy y le digo a la señora Gianini lo mucho que estoy disfrutando de que su hijo viva con nosotras. El señor G. ayuda mucho en casa; incluso se ha encargado de parte de mis tareas (limpiar los baños). Por no hablar del televisor de treinta y seis pulgadas, la máquina del millón y el fútbol que traje cuando se mudó.

La señora Gianini se alegra muchísimo de oír esto. Es evidente. A la gente mayor le gusta oír cosas bonitas de sus hijos, incluso cuando el hijo, como el señor Gianini, tiene treinta y nueve años y medio.

15.00 h: Tenemos que marcharnos ya, si no queremos encontrar mucho tráfico de vuelta a casa. Me despido. Claire no me devuelve el «adiós», pero Nathan sí. Me ha deseado que siga igual de «real». La señora Gianini nos da un montón de pavo que ha sobrado. Se lo agradezco, aunque yo no como pavo porque soy vegetariana.

18.30 h: Finalmente conseguimos llegar a la ciudad, después de pasar tres horas y media en un tremendo atasco en la vía rápida de Long Island. Aunque, la verdad, creo que de rápida no tiene nada.

Apenas me queda tiempo para cambiarme y ponerme el vestido Armani de tubo, azul celeste y largo hasta los pies, y los zapatos planos a juego, antes de oír el claxon de la limusina, que ya me espera abajo. Lars, mi guardaespaldas, viene para escoltarme a mi segunda comida de Acción de Gracias.

7.30 h: Llego al Hotel Plaza. Me recibe el conserje, que anuncia mi presencia a las masas reunidas en el Palm Court: «Su Alteza Real la Princesa Amelia Mignonette Grimaldi Thermopolis Renaldo».

Olvidó que debía decir simplemente: «Mia».

Mi padre, el príncipe de Genovia, y su madre, la princesa viuda, han alquilado esta tarde el Palm Court para ofrecer un banquete de Acción de Gracias a todos sus amigos. Pese a mis denodadas objeciones, papá y Grandmère se niegan a irse de Nueva York hasta que haya aprendido todo lo que hay que saber sobre eso de ser princesa... o hasta mi presentación oficial al pueblo de Genovia, que se hará la víspera de Navidad: lo que ocurra antes. Les he asegurado que no pienso irrumpir en el castillo tirándoles aceitunas a las



damas de honor o rascándome los sobacos. Me refiero a que ya tengo catorce años y cierta idea de cómo comportarme, por el amor de Dios.

Pero Grandmère, cuando menos, no parece creérselo y por eso sigue sometiéndome a lecciones diarias de princesa. Hace poco, Lilly se puso en contacto con las Naciones Unidas para consultar si estas lecciones constituyen una violación de los derechos humanos. Ella cree que es ilegal obligar a una menor a sentarse durante horas y practicar con el cuenco de sopa, inclinándolo hacia delante («¡Siempre, siempre hacia delante, Amelia!») para atrapar las últimas gotas de caldo de langosta. De momento, la ONU se ha mostrado indiferente a mi difícil situación.

Fue idea de Grandmère celebrar lo que ella llama una cena de Acción de Gracias «a la antigua», con mejillones en salsa de vino blanco, pichón relleno de foie, colas de langosta y caviar iraní, que hasta ahora no podíamos degustar debido al embargo. Ha invitado a doscientos amigos íntimos, además del emperador de Japón y su esposa, que ya se encontraban en la ciudad asistiendo a una cumbre mundial de comercio.

Ese es el motivo por el que tengo que llevar calzado plano. Grandmère dice que es una grosería ser más alta que un emperador.

20.00 h—23.00 h: Mientras cenamos, entablo una conversación cortés con la emperatriz. Como yo, ella solo era una persona normal hasta que un día se casó con el emperador y accedió a la realeza. Yo, claro está, nací en el seno de la realeza, solo que no lo supe hasta septiembre, cuando mi padre descubrió que ya no podía tener más hijos a consecuencia del tratamiento de quimioterapia que está recibiendo para combatir el cáncer de testículo que le ha dejado estéril. Entonces tuvo que admitir que en realidad era un príncipe y todo eso, y que, aunque yo soy hija «ilegítima», ya que mi padre y mi madre nunca han estado casados, sigo siendo la única heredera al trono de Genovia.

Y aunque Genovia es un país muy pequeño (50.000 habitantes) que está incrustado en una ladera de la costa mediterránea, entre Italia y Francia, ser la princesa de dicho país no es poca cosa.

Aunque, por lo visto, para algunos es tan poca cosa que apenas merece una asignación de diez dólares semanales. Pero «lo bastante cosa» para que un guardaespaldas me siga a todas partes, por si a algún terrorista con coleta y pantalones de cuero negro se le ocurre secuestrarme.

La emperatriz lo sabe todo al respecto, me refiero al latazo que supone pasar, de la noche a la mañana, de ser una persona normal a ver tu cara en la portada de la revista *People*. Incluso me dio algunos consejos: me dijo que debía asegurarme en todo momento de que llevo el kimono bien atado antes de levantar la mano para saludar al pueblo.

Le di las gracias, aunque en realidad no tengo kimono.

23.30 h: Estoy tan cansada por haber madrugado para ir a Long Island que he bostezado dos veces mientras hablaba con la emperatriz. He intentado disimular los bostezos según me enseñó a hacerlo Grandmère, apretando las mandíbulas y no abriendo la boca, pero así solo consigo que se me pongan los ojos llorosos, y que el resto de la cara se me estire como si estuviese atravesando un agujero negro a la velocidad de la luz. Grandmère me lanza una mirada reprobatoria por encima de su ensalada de pera y nueces, pero no sirve de nada. Ni siquiera sus ojos malévolos logran arrancarme de mi profundo sopor.

Mi padre por fin capta la situación y me ofrece una real dispensa del postre. Lars me trae de vuelta al apartamento. Es incuestionable que a Grandmère le ha molestado



mucho que me marchase antes de los quesos, pero o me marchaba o me caía de bruces sobre el fromage bleu. Sé que Grandmère acabará vengándose, sin duda obligándome a aprenderme de memoria el nombre de todos los miembros de la familia real sueca, o algo igual de atroz. Grandmère siempre se sale con la suya.

24.00 h: Después de un largo y agotador día de dar las gracias a los fundadores de nuestro país —esos genocidas hipócritas, los primeros colonos británicos—, por fin me acuesto.

Y así concluye el día de Acción de Gracias de Mia Thermopolis.



Sábado, 6 de diciembre

Se acabó.

Mi vida SE—A—CA—BÓ.

Sé que ya lo he dicho en alguna otra ocasión, pero esta vez va en serio.

¿Y por qué? ¿Por qué ESTA VEZ sí? Sorprendentemente, no es porque:

Hace tres meses descubrí que soy la heredera al trono de un pequeño país europeo, y a finales de este mes voy a tener que ir a ese pequeño país europeo para que me presenten oficialmente por vez primera al pueblo del que algún día seré reina, y que sin duda me odiará, porque teniendo en cuenta que mi calzado favorito son las botas militares y mi programa de televisión favorito es *Los vigilantes de la playa*, digamos que no respondo precisamente al perfil de una princesa.

Ni tampoco porque:

Mi madre, que espera un hijo de mi profesor de Álgebra para dentro de unos siete meses, hace poco se fugó con el mencionado profesor de Álgebra.

Ni siquiera porque:

En la escuela nos están encargando tantísimos deberes —y, después de clase, Grandmère sigue torturándome sin respiro con todas las artes principescas que tengo que aprender antes de Navidad— que no puedo ni mantener al día este diario, por no hablar de todo lo demás.

No, qué va. No es por nada de eso. ¿Por qué se ha acabado mi vida?

Pues porque tengo novio.

A los catorce años, supongo que ya era hora. Me refiero a que todas mis amigas tienen novio. Todas, incluso Lilly, que culpa al género masculino de la mayoría de los males de la sociedad, si no de todos.

Y, vale, el novio de Lilly es Boris Pelkowski, quien, con quince años, podría ser uno de los más destacados virtuosos del violín, pero eso no significa que no se meta el jersey por los pantalones, ni que no lleve restos de comida pegados en el corrector



dental. Vamos, que no es lo que yo llamaría el novio ideal, pero parece que a Lilly le gusta, y eso es lo único que importa.

Supongo.

Tengo que admitirlo: cuando Lilly (probablemente la persona más quisquillosa del planeta, algo que yo debería saber siendo, como somos, amigas íntimas desde la guardería) se echó novio y yo seguía sin tenerlo, empecé a pensar que algo no funcionaba en mí, además de mi gigantismo y de lo que los padres de Lilly, los doctores Moscovitz, que son psiquiatras, denominan «incapacidad para verbalizar mi ira interior».

Y entonces, un día, como de la nada, me cae uno. Un novio, quiero decir. Bueno, vale, no me cayó de la nada. Kenny empezó a enviarme todas esas cartas de amor anónimas. Yo no sabía que era él quien me las enviaba. En cierto modo pensaba (vale, esperaba) que era otra persona, pero al final resultó que era Kenny. Y para entonces todo estaba ya demasiado liado para que pudiera salir corriendo. De modo que, *voilà*, ya tenía novio.

Problema resuelto, ¿no? No. Pues no.

Y no es que no me guste Kenny. Me gusta. De verdad que me gusta. Tenemos mucho en común. Por ejemplo, los dos apreciamos el gran valor de la vida, no solo la humana, sino todas las formas de vida, y nos negamos a diseccionar fetos de cerdo y ranas en la clase de Bío. En vez de eso, hacemos trabajos trimestrales sobre los ciclos vitales de varias clases de larvas y gusanos.

Y a los dos nos gusta la ciencia ficción. Kenny sabe mucho más que yo de ciencia ficción, pero hasta ahora le ha impresionado mucho lo familiarizada que estoy con las obras de Robert A. Heinlein e Isaac Asimov, dos autores de lectura obligatoria en el instituto (aunque él no parece recordar este detalle).

No le he dicho a Kenny que en realidad la ciencia ficción me parece aburrida, ya que en ella no salen muchas chicas.

Sí, hay muchos personajes femeninos en la animación japonesa, que a Kenny también le gusta, tanto que ha decidido dedicar su vida a promocionarla (siempre que no esté ocupado buscando un remedio para el cáncer). Ha observado que la mayoría de las chicas que salen en la animación japonesa parecen haber extraviado el sujetador.

Además, creo de veras que, para una piloto de combate, sería desastroso tener que lidiar con su larga melena al viento mientras intenta derribar a las fuerzas del mal.

Pero, como ya he dicho, no le he mencionado nada de esto a Kenny. Y, casi siempre, nos llevamos de fábula. Nos divertimos cuando estamos juntos. Y, en ciertos aspectos, está muy bien tener novio. Por ejemplo, ya no tengo que preocuparme porque nadie me invite a ir al Baile Aconfesional de Invierno del Instituto Albert



Einstein (llamado así porque su anterior nombre, el Baile de Navidad del Instituto Albert Einstein, ofendía a muchos de los alumnos que no celebraban la Navidad).

¿Y por qué no tengo que preocuparme de que nadie me invite al baile del instituto más importante del año, aparte del de gala?

Porque voy con Kenny.

Bueno, vale, todavía no me lo ha pedido directamente, pero lo hará. Porque es mi novio.

¿No es fantástico? A veces creo que debo de ser la chica más afortunada del mundo entero. Sí, en serio. Piénsalo: puede que no sea guapa, pero tampoco estoy desfigurada; vivo en Nueva York, el lugar más genial del planeta; soy una princesa y tengo novio. ¿Qué más podría pedir una chica?

Oh, Dios.

¿¿¿A QUIÉN INTENTO ENGAÑAR???

¿Mi novio? Aquí tienes la exclusiva:

NI SIQUIERA ME GUSTA.

Bueno, vale, no es que no me guste, pero esto de tener novio..., no sé. Kenny es un chico muy majo y todo eso... No me malinterpretes. Quiero decir que es divertido y no me aburro con él, de verdad. Y además es muy mono, ya sabes, alto y delgado...

Es solo que cuando veo a Kenny andando por el pasillo no se me dispara el corazón como les ocurre a las chicas de esas novelas románticas que mi amiga Tina Hakim Baba se pasa el día leyendo.

Y cuando Kenny me coge de la mano, en el cine o donde sea, no siento cosquillas como les ocurre a las chicas de esos libros.

¿Y cuando me besa? ¿Fuegos artificiales como esos de los que la gente siempre habla? Olvídalo: nada de fuegos artificiales. Cero. Menos que cero.

Es gracioso, porque, antes de tener novio, me pasaba un montón de tiempo intentando dar con el modo de tenerlo y, en cuanto lo consiguiera, con el modo de que me besara.

Pero ahora que tengo un novio de verdad, la mayor parte del tiempo lo paso intentando dar con el modo de que no me bese.

Una manera que parece funcionar bastante bien es volver la cabeza. Si veo que sus labios se me acercan, giro la cabeza en el último momento y así solo me alcanza la mejilla, y quizá algo de pelo.



Creo que lo peor de todo es que cuando Kenny me mira fijamente a los ojos (algo que hace muy a menudo) y me pregunta en qué pienso, suelo estar pensando en cierta persona.

Y esa cierta persona no es Kenny. No, no es Kenny. Es el hermano mayor de Lilly: Michael Moscovitz, a quien amo desde..., oh, ni lo sé: TODA LA VIDA.

Espera, espera, que la cosa empeora.

Porque ahora es como si todo el mundo creyera que lo mío con Kenny es la bomba. ¿Sabes? Ahora somos Kenny-y-Mia. Ahora, en lugar de salir con Lilly los sábados por la noche, salimos Lilly-y-Boris y Kenny-y-Mia. A veces, mi amiga Tina Hakim Baba y su novio, Dave Farouq el-Abar, y mi otra amiga, Shameeka Taylor, y su novio, Daryl Gardner, también vienen, lo cual hace que la cosa sea Lilly-y-Boris y Kenny-y-Mia y Tina-y-Dave y Shameeka-y-Daryl.

De modo que si Kenny y yo rompemos, ¿con quién voy a salir los sábados por la noche? Lo digo en serio. Lilly-y-Boris y Tina-y-Dave y Shameeka-y-Daryl no querrán salir con Mia a secas. Sería como su «aguantavelas».

Por no hablar de que si Kenny y yo rompemos, ¿con quién iría al Baile Aconfesional de Invierno? Bueno, si es que llega a pedirme que vaya con él, claro.

Oh, Dios. Ahora tengo que irme. Lilly-y-Boris y Tina-y-Dave y Kenny-y-Mia van a ir a patinar sobre hielo al Rockefeller Center.

Lo único que puedo decir es: ten cuidado con lo que deseas, porque podría hacerse realidad.



Sábado, 6 de diciembre, 23.00h

Creía que mi vida se había acabado porque ahora tengo novio y en realidad no me gusta tanto como yo quisiera y tengo que dejarle sin herir sus sentimientos, lo cual probablemente es, me temo, imposible.

Sí, bueno, en realidad no sabía hasta qué punto podía haberse acabado mi vida. En cualquier caso, no lo sabía... hasta hace un rato.

Esta noche, a Lilly-y-Boris y Tina-y-Dave y Mia-y-Kenny se sumó otra pareja: Michael-y-Judith. Sí, exactamente eso: el hermano de Lilly, Michael, se presentó en la pista de patinaje con la presidenta del Club de Informática (de la cual él es tesorero): Judith Gershner.

Judith Gershner, al igual que el hermano de Lilly, Michael, es una veterana en el Instituto Albert Einstein.

Judith Gershner, al igual que Michael, es una de las alumnas más destacadas.

Judith Gershner, al igual que Michael, probablemente tendrá plaza en todas las universidades que solicite, porque Judith Gershner, al igual que Michael, es brillante.

De hecho, Judith Gershner, al igual que Michael, ganó un premio el año pasado en la Exposición Anual de Tecnología Biomédica del Instituto Albert Einstein, por un proyecto científico en el que consiguió clonar a una mosca de la fruta.

¡¡¡Clonó a una mosca de la fruta!!! En casa. En su habitación.

Judith Gershner sabe clonar moscas de la fruta en su habitación. ¿Y yo? Ni siquiera sé multiplicar fracciones.

Hum... Veamos. Si uno es Michael Moscovitz (ya sabes, un alumno que saca sobresaliente en todo y que ha conseguido plaza en la Universidad de Columbia, su primera opción), ¿con quién saldría: con una chica capaz de clonar moscas de la fruta en su habitación, o con una chica que saca insuficiente en Álgebra de primero, pese al hecho de que su madre está casada con su profesor de Álgebra?

No, está claro que no existe la menor posibilidad de que Michael me invite a salir algún día. Bueno, tengo que admitirlo: hubo un par de veces en que creí que podría llegar a hacerlo, pero es evidente que solo eran fantasías mías. Me refiero a que ¿por qué un tío como Michael, a quien le va muy bien en los estudios y seguramente



destacará en cualquiera que sea la carrera que al final escoja, iba a invitar a salir a una chica como yo, que a estas alturas habría cateado ya el curso entero de no haber sido por las clases de repaso con el señor Gianini e, irónicamente, con el mismísimo Michael?

Pero, por otra parte, Michael y Judith Gershner son perfectos el uno para el otro. Judith incluso se parece un poco a él. Quiero decir que los dos tienen el mismo pelo, negro y rizado, y la piel pálida de pasarse tantas horas encerrados, buscando información sobre genomas en internet.

Pero si Michael y Judith Gershner son tan idóneos el uno para el otro, ¿cómo es que al verlos caminar hacia nosotros mientras nos atábamos los patines alquilados me sentí tan mal?

Me refiero a que no tengo ningún derecho a estar celosa de que Michael Moscovitz invite a Judith Gershner a ir a patinar con él. Ningún derecho en absoluto.

Salvo por el detalle de que verlos juntos por primera vez me sorprendió mucho. Me refiero a que Michael apenas sale de su habitación, porque se pasa la vida delante del ordenador actualizando su revista digital, *Crackhead*. El último lugar donde habría esperado verle es la pista de patinaje del Rockefeller Center, en plena histeria colectiva por el encendido del árbol de Navidad. Michael suele evitar aquellos lugares que considera trampas turísticas, es decir, prácticamente todos los situados al norte de la calle Bleecker.

Pero allí estaba él, y allí estaba también Judith Gershner, con su mono, sus deportivas y su anorak, charlando con él sobre algo (probablemente sobre algo muy inteligente, como el ADN).

Le di un codazo a Lilly (estaba atándose las botas) y le dije, con una voz que confiaba que no delatara lo que en realidad sentía por dentro: «Mira, tu hermano».

¡Y Lilly ni siquiera se sorprendió al verle! Alzó la cabeza, le miró y soltó: «Ah, sí. Me dijo que igual venía».

¿Que venía con una chica? ¿Eso le dijo? ¿Y para ti, Lilly, habría sido demasiado esfuerzo decírmelo de antemano para que yo hubiese tenido tiempo de prepararme un poco psicológicamente?

Lilly es la única que no sabe lo que siento por su hermano, así que supongo que no se le ocurrió que era mejor decírmelo con tacto.

Ésta es la sutil forma en que abordé la situación. Realmente sutil.

Mientras Michael y Judith buscaban un sitio donde ponerse los patines:

Yo: (*A Lilly, con tono despreocupado.*) No sabía que tu hermano y Judith Gershner salían juntos.



Lilly: (Por algún motivo, indignada.) ¡Por favor! No salen juntos. Es solo que ella estaba en casa, trabajando con Michael en un proyecto para el estúpido Club de Informática. Oyeron que íbamos a venir a patinar y Judith dijo que se apuntaba.

Yo: Bueno, pues a mí me parece que salen juntos.

Lilly: Pues vale. Boris, ¿es que no puedes parar de respirarme encima?

Yo: *(A Michael y Judith, cuando se acercan a nosotros.)* Ah, hola, chicos. Michael, no sabía que supieras patinar.

Michael: (Encogiéndose de hombros.) Jugué un tiempo en un equipo de hockey.

Lilly: (Soltando una risotada.) Sí, con Los Mocosos Hockey Club. Eso fue antes de que llegara a la conclusión de que los deportes de equipo son una pérdida de tiempo porque el éxito del grupo depende del rendimiento de todos los jugadores, en contraposición a los deportes que dependen del rendimiento individual, como el tenis y el golf.

Michael: Lilly, ¿por qué no te callas de vez en cuando?

Judith: ¡Me encanta patinar! Aunque no se me da muy bien.

Y es verdad. Judith patina tan mal que tuvo que ir cogida de la mano de Michael todo el tiempo, mientras él patinaba hacia atrás frente ella, para evitar que se cayera de bruces. No sé qué fue lo que me asombró más: que Michael supiera patinar hacia atrás o que, por lo visto, no le importase remolcar a Judith por toda la pista. Vale, puede que yo no sepa clonar a una mosca de la fruta, pero al menos sé mantener el equilibrio sobre un par de patines.

Sin embargo, Kenny pareció preferir el método de patinaje de Michael y Judith al método tradicional (ya sabes, de uno en uno), así que no paró de venir e insistir en que le dejase remolcarme, como Michael a Judith.

Y aunque yo no hacía más que decirle: «Hum, Kenny, es que ya sé patinar», él insistía en que no se trataba de eso. Finalmente, después de darme la tabarra durante media hora, cedí y le dejé que me cogiera de las manos mientras patinaba hacia atrás frente a mí.

Solo que resultó que a Kenny no se le da muy bien lo de patinar de espaldas. Yo sé patinar hacia delante, pero no lo bastante para que, si alguien se bambolea a un paso de mí y se estampa contra el suelo, sea capaz de evitar caerme encima.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió. Kenny se cayó y yo no pude parar, así que me caí encima de él, y mi barbilla chocó contra su rodilla y me mordí la lengua y me empezó a salir un montón de sangre de la boca y no quería tragármela y la escupí. Con la mala suerte de que fue a parar sobre los vaqueros de Kenny y sobre el hielo, lo cual impresionó claramente a todos los turistas que miraban desde el otro lado de la barandilla que circunda la pista y que hacían fotos de sus seres queridos con el árbol



de Navidad del Rockefeller Center de fondo, pues todos se giraron y empezaron a hacerle fotos a la chica que escupía sangre en el hielo, una instantánea genuinamente neoyorquina.

Y entonces Lars se precipitó hacia nosotros por la pista (es campeón de patinaje sobre hielo, gracias a la educación nórdica que recibió, todo un contraste con su entrenamiento como guardaespaldas en el corazón del desierto de Gobi), me levantó, me miró la lengua, me tendió su pañuelo y me dijo que lo presionara sobre la herida, y después añadió: «Ya has patinado bastante por hoy».

Y ya está. Ahora tengo un boquete sanguinolento en la punta de la lengua que me duele al hablar, y cargo con la terrible humillación del espectáculo que ofrecí a los millones de turistas que habían ido a ver el estúpido árbol al estúpido Rockefeller Center, por no hablar del montón de amigos que lo presenciaron ni de, lo peor de todo, Judith Gershner, a quien resulta que también han admitido en la Universidad de Columbia como primera opción (genial, la misma a la que Michael irá el próximo otoño), donde estudiará el curso preparatorio para ingresar en la facultad de Medicina, y que me aconsejó que fuera a un hospital, pues creía probable que pudiese necesitar puntos. En la lengua. Tengo suerte, según dijo, de que no me arrancase la punta.

¡Suerte!

Oh, sí, voy a decirte cuánta suerte tengo: tengo suerte de que, mientras estoy aquí, tirada en la cama, escribiendo esto, sin más compañía que la de mi gato de casi doce kilos, Fat Louie (y Fat Louie solo me quiere porque le doy de comer), el chico del que llevo enamorada algo así como toda la vida está en estos momentos en el centro de la ciudad con una chica que sabe clonar moscas de la fruta y discernir si una herida necesita o no puntos.

La parte buena de este problemilla que tengo con la lengua es que si Kenny tenía intenciones de progresar hacia el beso francés, no vamos a poder hacerlo hasta que me cure del todo. Y eso, según el doctor Fung (a quien mi madre llamó en cuanto Lars me trajo a casa), podría tardar entre tres y diez días.

¡¡¡Bien!!!

DIEZ COSAS QUE ODIÓ DE LAS VACACIONES EN NUEVA YORK

1. Los turistas que vienen de fuera de la ciudad con sus vehículos deportivos gigantescos e intentan atropellarte en los pasos de peatones, creyendo que conducen como neoyorquinos agresivos, cuando en realidad conducen como



- tarados. Además, ya hay suficiente contaminación en esta ciudad. ¿Por qué no pueden utilizar el transporte público, como las personas normales?
2. El puñetero árbol de Navidad del Rockefeller Center. Me pidieron que este año fuera la persona que presidiera el encendido, pues la prensa me considera la «realeza de Nueva York», pero cuando les dije que la tala de árboles contribuye a la destrucción de la capa de ozono, revocaron la invitación y se la reenviaron al alcalde.
 3. Los puñeteros villancicos navideños que atronan a las puertas de todas las tiendas.
 4. El puñetero patinaje sobre hielo, y los puñeteros chicos que creen que saben patinar hacia atrás, cuando en realidad no saben.
 5. La presión para comprar puñeteros «detallitos» para todas las personas que conoces.
 6. Los exámenes finales.
 7. El puñetero y asqueroso clima de Nueva York. Nada de nieve; solo lluvia fría y húmeda todos los santos días. ¿Qué fue de la blanca Navidad? Voy a decírtelo: el calentamiento global. ¿Sabes por qué? ¡Porque todo el mundo sigue conduciendo monovolúmenes y talando árboles!
 8. Los puñeteros y manipuladores programas especiales navideños en la televisión.
 9. Los puñeteros y manipuladores anuncios publicitarios en la televisión.
 10. El muérdago. Esa cosa debería estar prohibida. En las manos de los adolescentes, se convierte en una excusa socialmente aprobada para exigir un beso. Y eso, en mi opinión, es acoso sexual.

Además, el muérdago siempre va a parar a las manos de los chicos equivocados.



Domingo, 7 de diciembre

Acabo de volver de la cena con Grandmère. Todos mis esfuerzos por evitar ir (incluso el recordatorio de que he sufrido una perforación lingual) han sido vanos.

Y esta vez ha sido peor que de costumbre, porque Grandmère quería repasar el programa de mi viaje a Genovia, que, por cierto, tiene la siguiente pinta:

Domingo, 21 de diciembre

15.00 h

Llegada a Genovia

15.30 h—17.00h

Conocer y saludar al personal de cámara

17.00 h—19.00h

Tour por el palacio

19.00 h—20.00 h

Cambio de ropa para la cena

20.00 h—23.00 h

Cena con dignatarios de Genovia

Lunes, 22 de diciembre

8.00—9.30 h

Desayuno con funcionarios gubernamentales de Genovia



10.00—11.30 h

Tour por las escuelas públicas de Genovia

12.00 h—13.00h

Encuentro con colegas de Genovia

13.30 h—15.00h

Almuerzo con miembros de la Asociación de Profesores de Genovia

15.30 h—16.30h

Tour por el puerto de Genovia y visita al yate oficial (el *Prince Phillip*)

17.00 h—18.00h

Tour por el Hospital General de Genovia

18.00 h—19.00h

Visita a pacientes del hospital

19.00 h—20.00 h

Cambio de ropa para la cena

20.00 h—23.00 h

Cena con la princesa viuda, el príncipe y los asesores militares de Genovia

Martes, 23 de diciembre

8.00 h—9.00 h

Desayuno con miembros de la Asociación de Olivareros de Genovia

10.00 h—11.00h

Ceremonia de Encendido del Árbol de Navidad en los jardines palaciegos de Genovia



11.30 h—13.00h

Reunión con la Sociedad Histórica de Genovia

13.00 h—15.00h

Almuerzo con el Consejo Turístico de Genovia

15.30 h—17.30 h

Tour por el Museo Nacional de Arte de Genovia

18.00 h—19.00h

Visita al Monumento a los Veteranos de Guerra de Genovia; depósito de flores en la tumba del Soldado Desconocido

19.30 h—20.30h

Cambio de ropa para la cena

20.30 h—23.30 h

Cena con la familia real de Mónaco

Etcétera, etcétera.

Y todo esto culmina con mi lectura del mensaje navideño que se emite todos los años por televisión para el pueblo de Genovia, durante el cual se me presentará a dicho pueblo. En ese momento se supone que tengo que hablar un rato sobre lo emocionada que estoy por ser la heredera de papá, y prometer que intentaré conducir a Genovia al siglo XXI tan bien como lo está haciendo él.

¿Nerviosa? ¿Yo? ¿Por salir en televisión y prometer a cincuenta mil personas que no decepcionaré a su país?

No, qué va. Solo se me gira el estómago cada vez que pienso en ello, eso es todo.

En fin. Tampoco es que creyera que mi viaje a Genovia iba a ser como ir a Disneylandia, pero bueno; no era descabellado pensar que incluirían alguna actividad divertida en el programa. Ni siquiera pido una visita a un parque de atracciones; solo... no sé, algún hueco para ir a nadar o montar a caballo.



Pero, por lo visto, no hay tiempo para la diversión en Genovia.

Como si repasar el itinerario no fuese ya suficiente tortura, también he tenido que conocer a mi primo Sebastiano. Sebastiano Grimaldi es el hijo de la hija de la hermana de mi difunto abuelo..., lo que imagino que realmente lo convierte en mi primo segundo, o tercero, o cuarto. En cualquier caso, lo bastante cercano para que, si yo no existiera, se convirtiera en el heredero del trono de Genovia.

En serio. Si mi padre hubiese muerto sin tener ningún hijo, Sebastiano habría sido el siguiente príncipe de Genovia.

Tal vez sea por eso por lo que mi padre se estremece cada vez que ve a Sebastiano. O tal vez sea solo porque mi padre siente por Sebastiano lo mismo que yo siento por mi primo Hank: me gusta en la teoría, pero, en la práctica, como que me saca de quicio.

Sin embargo, Sebastiano no saca de quicio a Grandmère. Es evidente que Grandmère le adora. Lo cual es muy raro, porque siempre supuse que Grandmère era incapaz de querer a nadie. Bueno, con la excepción de Rommel, su caniche en miniatura.

Pero es evidente que adora con toda su alma a Sebastiano. Cuando me lo presentó y él hizo una reverencia con todo ese floreo y besó el aire unos centímetros por encima de mi mano, Grandmère casi sonreía bajo el turbante de seda rosa. En serio. Nunca antes había visto sonreír a Grandmère. Fulminar con la mirada, muchas veces, pero sonreír, nunca.

Lo cual debe de ser la razón por la que mi padre empezó a masticar el hielo de la copa de whisky que estaba tomando con aire de estar irritado. La sonrisa de Grandmère desapareció al instante en cuanto oyó los crujidos.

—Phillipe, si quieres masticar hielo —dijo Grandmère con frialdad—, puedes irte a cenar a un McDonald's con el resto del proletariado.

Mi padre dejó de masticar hielo.

Resulta que Grandmère trajo a Sebastiano de Genovia para que diseñase el vestido que llevaré en la presentación televisada a todos mis compatriotas. Sebastiano es un diseñador de moda con mucho futuro (al menos, según Grandmère). Ella dice que es importante que Genovia apoye y fomente a sus artistas y artesanos, porque, de lo contrario, todos acabarían fugándose a Nueva York o, peor aún, a Los Ángeles. Para desgracia de Sebastiano, pues tiene toda la pinta de ser de esos que disfrutan viviendo en Los Ángeles. Tiene treinta y tantos, el pelo largo y moreno recogido en una cola, y un porte envarado y ampuloso. Esta noche, por ejemplo, en lugar de corbata, Sebastiano llevaba una especie de fular de seda blanca. Y también una chaqueta de terciopelo azul y pantalones de cuero.



Estoy del todo dispuesta a perdonar a Sebastiano por los pantalones de cuero si me diseña un vestido lo bastante bonito. Un vestido que, si se da la ocasión de que me lo vea puesto, haga que Michael Moscovitz olvide de inmediato a Judith Gershner y a sus moscas de la fruta, y piense solo en mí, Mia Thermopolis.

Claro que, obviamente, las posibilidades de que Michael llegue a verme con este vestido son bastante escasas, pues mi presentación al pueblo de Genovia la retransmitirá exclusivamente la televisión de Genovia, no la CNN ni ningún otro canal.

Aun así, Sebastiano parecía dispuesto a aceptar el reto. Después de cenar, incluso sacó un bolígrafo y empezó a hacer bocetos (¡en el mantel blanco!) de un patrón que, cree, acentuaría lo que él denomina «mi delgada cintura y mis largas piernas».

Solo que, a diferencia de mi padre, que nació y creció en Genovia pero habla inglés con fluidez, Sebastiano digamos que no acaba de dominar el idioma. Olvida sin excepción pronunciar el final de todas las palabras. De modo que en lugar de «falda», dijo «fald», y en lugar de «café», dijo «caf», y al describir algo «mágico», le salió un ruido parecido a «magc». Ni siquiera el bizcocho quedó a salvo. Cuando Sebastiano comentó que el «bizco» estaba buenísimo, me llevé la servilleta a la boca y casi tuve que morderla para no estallar en carcajadas.

Sin embargo, todos mis esfuerzos por contenerme no funcionaron demasiado, pues Grandmère me pilló y, arqueando una de sus cejas tatuadas, dijo: «Amelia, ten la amabilidad de no tomarte a la ligera las peculiaridades lingüísticas de otras personas. Las tuyas no son ni remotamente perfectas».

Lo cual es verdad, teniendo en cuenta el hecho de que, con la lengua inflamada, no consigo pronunciar ninguna palabra que empiece por «s».

A Grandmère no solo no le importó que Sebastiano piropear a un invisible «bizco» durante la cena: tampoco le importó que dibujara en el mantel. Contempló el boceto y exclamó: «Fantástico. Sencillamente fantástico. Como de costumbre».

Sebastiano pareció muy complacido.

— ¿De verdad lo crees?

Pero yo no creía que el boceto fuese tan fantástico. Solo me parecía un vestido normal. Sin duda, nada que pudiera hacer olvidar a alguien el hecho de que tengo tantas probabilidades de clonar a una mosca de la fruta como de utilizar productos para el cabello que hayan sido probados en animales.

— Hum — dije —. ¿Podrías hacer que sea un poco más..., no sé..., provocativo?

Grandmère y Sebastiano se miraron.

— ¿Provocativo? — repitió Grandmère entre risillas maliciosas—. ¿Cómo? ¿Con más escote, quizá? ¡Pero si no tienes nada que enseñar!



Vale, en serio. Habría esperado oír un comentario así de boca de las animadoras del instituto, que han convertido lo de humillar a los demás (especialmente a mí) en una especie de deporte olímpico. Pero ¿qué clase de persona dice cosas como esa a su única nieta? Me refería, obviamente, a una abertura lateral, o tal vez a un volante o un fleco. No pedía nada del estilo de Jennifer López.

Pero, claro, estamos hablando de Grandmère. ¿Por qué me ha tocado vivir con la maldición de tener una abuela que se afeita las cejas y parece disfrutar recreándose en mis deficiencias? ¿Por qué no puedo tener una abuela normal, que me haga galletas y se pase el día alardeando de lo maravillosa que soy con sus amigas del club de bridge?

No sé, quizá me sentía un poco rara con el agujero gigante en la lengua (que ni siquiera lleva un piercing hipoalergénico que me permita fingir que me lo he hecho a propósito por rebeldía). Me quedé allí sentada, escuchando a Grandmère y a Sebastiano, que comentaban lo triste que es que nunca vaya a poder llevar nada sin tirantes, a menos que la naturaleza obre un milagro una noche de estas y me infle para pasar de una 85 a una 100, y no pude evitar pensar que, con la suerte que tengo, probablemente Sebastiano no se encontraba en la ciudad para diseñarme el vestido que llevaré en mi presentación oficial, sino para matarme y así quedarse él con el trono de Genovia.

En serio. Esa clase de cosas ocurren a todas horas en *Los vigilantes de la playa*. Es increíble la cantidad de miembros de la realeza que Match ha tenido que salvar de un asesinato. seguro.

No sé, igual me pongo el vestido que Sebastiano me diseña para mi presentación oficial al pueblo de Genovia y el mismo vestido acaba estrujándome hasta matarme, como el corsé de Blancanieves en la versión original de la historia de los hermanos Grimm. Ya sabes, la parte que omitieron en la película de Disney, porque resultaba demasiado truculenta.

Claro que, en realidad, ¿qué más da si el vestido me estruja hasta matarme y después estoy en el ataúd, pálida y con aire de reina, y Michael asiste a mi funeral y acaba mirándome, y en ese mismo instante se da cuenta de que me ama?

Entonces tendrá que romper con Judith Gershner.

¡Eh! Podría ocurrir.

Muy bien, vale, es probable que no ocurra, pero pensar en eso era mejor que escuchar a Grandmère y a Sebastiano hablando de mí como si yo no estuviese allí. En serio. Desperté de mi agradable e inocente fantasía en la que Michael suspiraba por mí el resto de sus días al oír que Sebastiano decía de pronto: «Su estructura de hues es buen», lo cual, cuando comprendí a lo que se refería con «su», interpreté como un piropo a mi estructura ósea.



Solo un segundo después, añadió algo que no era precisamente un piropo: «Le pong maquill y parecer una model».

Dejando claro con eso que, sin maquillaje, no parezco una modelo (aunque es más que evidente).

Estaba claro que Grandmère no iba a salir en mi defensa. Se entretenía dándole bocaditos de las sobras del guiso de ternera a Rommel, que descansaba en su regazo, temblando, como siempre, pues se le ha caído todo el pelo a consecuencia de una alergia canina.

—Yo no daría por hecho que su padre vaya a permitírtelo —le dijo a Sebastiano—. Phillipe está irremediabilmente desfasado.

¡Mira quién fue a hablar! Quiero decir que Grandmère sigue creyendo que los gatos van por ahí robándoles el aliento a sus propietarios mientras duermen. En serio. Se pasa la vida intentando convencerme para que regale a Fat Louie.

Así que, mientras Grandmère seguía hablando de lo desfasado que está su hijo, me puse en pie y fui a reunirme con él en el balcón.

Le encontré leyendo los mensajes que había recibido en el teléfono móvil. Mañana tiene previsto jugar al frontenis con el primer ministro de Francia, que se encuentra en la ciudad para asistir a la misma cumbre que el emperador de Japón.

—Mia —dijo, cuando me vio—, ¿qué haces aquí fuera? Hace mucho frío. Vuelve dentro.

—Sí, ya voy —contesté. Me quedé allí, a su lado, sin dejar de contemplar la ciudad. La vista de Manhattan desde el ático del Hotel Plaza es imponente. Me refiero a que al mirar todas esas luces en todas esas ventanas es inevitable pensar que probablemente por cada luz haya al menos una persona, o tal vez más, quizá incluso diez personas... Es algo, bueno, alucinante. He vivido en Manhattan desde que nací, pero sigue impresionándome.

En fin, el caso es que mientras estaba ahí de pie, contemplando todas aquellas luces, de pronto caí en la cuenta de que una de ellas debía de pertenecer a Judith Gershner. Quizá, en ese mismo instante, Judith estaba en su habitación, clonando algo nuevo. Una paloma o lo que fuera. Volví a verlos a ella y a Michael, mirándome desde lo alto, después de que yo me perforase la lengua.

Hum..., déjame pensar: ¿una chica capaz de clonar cosas o una chica que se muerde la lengua? No sé..., ¿a quién elegirías?

Mi padre debió de notar que algo iba mal, porque dijo:

—Mira, sé que Sebastiano es un tanto excesivo, pero intenta aguantarle; solo serán dos semanas más. Hazlo por mí.

—No estaba pensando en Sebastiano —le contesté, triste.



Mi padre soltó una especie de gruñido, pero no hizo ademán de volver adentro, aunque no debíamos de estar a más de cuatro grados, y mi padre, bueno, es completamente calvo. Vi que el frío empezaba a enrojecerle las orejas, pero no se movió. Ni siquiera llevaba puesto el abrigo, solo uno de sus trajes Armani de color gris carbón.

Deduje que aquel sonido era suficiente invitación para que siguiera contándole. La verdad, mi padre no es la primera persona a quien recurriría si tuviese un problema. No es que no confíe en él; es solo que..., ya sabes, es un hombre.

Por otra parte, tiene mucha experiencia en el terreno de los sentimientos románticos, así que supuse que podría ofrecerme algún consejo con este dilema en particular.

—Papá —dije—, ¿qué se hace cuando alguien te gusta, pero ese alguien, bueno, no lo sabe?

Mi padre contestó:

—Si a estas alturas Kenny no sabe que te gusta, me temo que nunca llegará a captar el mensaje. ¿No habías salido con él todos los fines de semana desde Halloween?

Este es el problema de tener un guardaespaldas en la nómina de tu padre: todos tus asuntos privados se comentan en secreto sin que tú te enteres.

—No me estoy refiriendo a Kenny, papá —puntalicé—. Es otra persona. Aunque, como ya te he dicho, no sabe que me gusta.

—¿Qué tiene de malo Kenny? —quiso saber mi padre—. A mí me gusta.

Por supuesto que a mi padre le gusta Kenny, porque las posibilidades de que Kenny y yo lleguemos a ser algo más son, en fin, nulas. ¿Qué padre no querría que su hija adolescente saliera con un chico así?

Pero si mi padre alberga alguna esperanza seria de que el trono de Genovia permanezca en manos de los Renaldo y de evitar que caiga bajo el control de Sebastiano, lo más conveniente es que olvide a Kenny a la voz de ya, porque estoy segura de que Kenny y yo jamás procrearemos. Al menos, no en esta vida.

—Papá —dije—. Olvida a Kenny, ¿vale? Kenny y yo solo somos amigos. Me estaba refiriendo a otra persona.

Mi padre miraba al frente apoyado en la barandilla, como con la intención de escupir. Claro que eso es algo que nunca haría. Vaya, me parece.

—¿La conozco? Quiero decir, a esa otra persona.

Dudé. Nunca he confesado en voz alta a nadie que estoy enamorada de Michael. De veras. A nadie. En realidad, ¿a quién se lo podría decir? Lilly se burlaría de mí o,



aún peor, se lo diría a Michael. Y mi madre..., bueno, ella ya tiene bastante con sus problemas.

—Es el hermano de Lilly —solté de un tirón, para desembucharlo cuanto antes.

Mi padre pareció alarmado.

—Pero ¿no va ya a la universidad?

—Todavía no —contesté—. Empezará en otoño. —Y, al ver que aún parecía alarmado, añadí—: No te preocupes, papá. No tengo ninguna oportunidad. Michael es muy inteligente y nunca se fijaría en alguien como yo.

Y entonces mi padre se ofendió mucho. Era como si no supiese qué sentir: preocupación por el hecho de que me gustase un veterano del instituto o enfado porque ese veterano no me correspondiese.

—¿Qué quieres decir con eso de que nunca se fijaría en alguien como tú? —preguntó mi padre—. ¿Qué tienes tú de malo?

—Buf, papá —exclamé—. Estuve a punto de catear Álgebra, ¿recuerdas? En otoño Michael ingresará en una de las ocho universidades más prestigiosas del país, por el amor de Dios. ¿Qué iba a querer con una chica como yo?

Mi padre pasó a estar muy enfadado:

—Es probable que hayas salido a tu madre en cuanto a tus aptitudes con los números, pero has salido a mí en todo lo demás.

Me sorprendió oír eso. Saqué la barbilla e intenté creérmelo.

—Pues sí —dije.

—Y a ti y a mí, Mia, no nos falta inteligencia —prosiguió mi padre—. Si quieres a ese tal Michael, debes hacérselo saber.

—¿Crees que debería ir y soltarle algo como: «Eh, me gustas»?

Mi padre sacudió la cabeza, disgustado.

—No, no, no —dijo—. Por supuesto que debes ser algo más sutil. Házselo saber demostrándole lo que sientes.

—Ah —concluí. Es probable que haya salido a mi padre en todo salvo en las aptitudes para las matemáticas, pero no tenía ni idea de a qué se refería.

—Será mejor que volvamos adentro —añadió mi padre—, o tu abuela sospechará que estamos conspirando contra ella.

¡Menuda novedad! Grandmère siempre sospecha que alguien está conspirando contra ella. Cree que los de la lavandería del Plaza conspiran contra ella. Achaca la culpa de que a Rommel se le haya caído el pelo al jabón que utilizan en las coladas.



Y, hablando de conspiraciones, le pregunté a mi padre:

—¿Crees que Sebastiano conspira para matarme y acceder al trono?

Mi padre soltó un sonido ahogado, pero consiguió reprimir las carcajadas. Supongo que no habría sido algo muy principesco.

—No, Mia —consiguió decir—. No lo creo.

Pero mi padre..., en fin, no va sobrado de imaginación. He decidido seguir alerta con Sebastiano, solo por si acaso.

Mi madre acaba de asomar la cabeza por la puerta de mi habitación para decirme que Kenny está al teléfono.

Supongo que quiere pedirme que vaya con él al Baile Aconfesional de Invierno. La verdad, ya era hora.



Domingo, 7 de diciembre, 23.00h

Vale. Estoy conmocionada. Kenny no me ha pedido que vaya con él al Baile Aconfesional de Invierno. En lugar de hacerlo, así es como ha transcurrido nuestra conversación:

Yo: ¿Hola?

Kenny: Hola, Mia. Soy Kenny.

Yo: Ah, hola, Kenny. ¿Qué ocurre?

(Kenny parecía divertido, por eso se lo pregunté.)

Kenny: Bueno, solo quería saber si estabas bien. Quiero decir, si tu lengua está bien.

Yo: Está un poco mejor, creo.

Kenny: Porque estaba muy preocupado, ¿sabes? Verás, de verdad yo no quería..., de verdad, mi intención no era...

Yo: Ya lo sé, Kenny. Fue un accidente.

Y en este punto es donde empecé a caer en la cuenta de que le había hecho a papá la pregunta equivocada. Debería haberle preguntado cuál es la mejor manera de romper con alguien, no cuál es la mejor manera de hacer saber a alguien que te gusta.

En fin, volvamos a las palabras de Kenny:

Kenny: Bueno, solo quería llamarte y desearte buenas noches. Y decirte que espero que te encuentres mejor. Y también quería que supieras que..., bueno, Mia, te amo.

Yo: ...



No pude decir nada en ese momento porque estaba completamente ¡¡¡ALUCINADA!!! No es que fuese algo que cayese del cielo, porque, al fin y al cabo, más o menos estamos saliendo.

Pero, aun así, ¿¿¿qué clase de chico llama por teléfono a una chica y le dice que la ama??? Además de los obsesos psicópatas. Y Kenny no es un obseso psicópata. Solo es Kenny. Así que ¿¿¿qué demonios hace llamándome por teléfono y diciéndome que me ama???

Y esto es lo que hago yo después; muy brillante por mi parte, porque él seguía al teléfono, esperando una respuesta y eso. Así que le suelto:

Yo: Hum, vale.

«Hum, vale.»

Un chico me dice que me ama, y así es como yo respondo: «Hum, vale». Oh, sí, es fantástico que mi futura profesión se encuentre en un cuerpo diplomático.

Por lo visto, el pobre Kenny esperaba alguna respuesta que no fuese: «Hum, vale», como esperaría cualquiera.

Pero yo soy del todo incapaz de dársela. Y en lugar de hacerlo, le digo:

Yo: Bueno, nos vemos mañana.

¡¡¡Y CUELGO!!!

Oh, Dios mío, soy la chica más malvada e ingrata del mundo. Cuando Sebastiano me asesine, arderé en el infierno. En serio.

COSAS QUE HACER ANTES DE IRME A GENOVIA

1. Lista detallada para mamá y el señor G.: «Cómo cuidar de Fat Louie mientras yo no esté».
2. Comprar provisiones de comida y arena para gatos.
3. ¡Regalos de Navidad/Januká! Para:
Mamá: ¿sacaleches eléctrico? Consultarlo.
Señor G.: juego de baquetas nuevo.



Papá: libro sobre vegetarianismo. Debería comer mejor si quiere que el cáncer siga remitiendo. Lilly: lo que pide siempre, es decir, cintas de vídeo vírgenes para su programa de televisión.

Lars: comprobar si Prada confecciona pistolas de pecho del tamaño de su Glock.

Kenny: ¿guantes? Algo que NO sea romántico.

Fat Louie: bola de nébeda.

Grandmère: ¿qué se le compra a una mujer que tiene de todo, incluso un colgante con un zafiro de 89 quilates, regalo del sultán de Brunei? ¿Jaboncitos con forma de rosa de pitiminí?

4. Romper con Kenny... Solo que ¿cómo voy a hacerlo?
Me AMA

Aunque, por lo visto, no lo suficiente para invitarme a ir con él al Baile Aconfesional de Invierno.



Lunes, 8 de diciembre, aula

Lilly no se cree que Kenny me llamara y me dijera que me ama. Se lo he contado esta mañana, en el coche, de camino al instituto. (Gracias a Dios, Michael tenía que ir al dentista y no ha venido con nosotras. Antes me moriría que hablar de mi vida amorosa en su presencia. Ya es lo bastante malo hablar de ella en presencia de mi guardaespaldas. Si tuviese que hacerlo en presencia de la persona a la que llevo media vida adorando, creo que sufriría un cortocircuito mental.)

En fin, el caso es que Lilly ha dicho:

—Me niego categóricamente a creer que Kenny sea capaz de hacer algo así.

—Lilly —he insistido; tenía que seguir hablando en voz baja para que el chófer no me oyera—, estoy hablando en serio. Me dijo que me ama. «Te amo», eso es lo que dijo. No venía a cuento de nada, ya sé que suena raro...

—Probablemente no dijo eso. Probablemente dijo otra cosa y tú lo entendiste mal.

—¿Otra cosa? ¿Como qué? ¿«Te *gramo*»?

—Pues claro que no —contestó Lilly—. Eso ni siquiera tiene sentido.

—Vale, entonces, ¿qué? ¿Qué podría haber dicho Kenny que sonase como «te amo» pero no fuese «te amo»?

Entonces Lilly se puso furiosa. Me espetó:

—Sabes que llevas un mes comportándote de forma muy rara con Kenny. Prácticamente desde que empezasteis a salir. No sé qué demonios te pasa. Lo único que oía antes era: «¿Por qué no tengo novio? ¿Cómo es posible que todo el mundo tenga novio menos yo? ¿Cuándo voy a tener novio?» ahora que tienes novio, no lo valoras en absoluto.

Aunque lo que decía era verdad, me hice la ofendida, porque me he esforzado mucho para que no se notase que no estoy enamorada de Kenny.

—Eso es mentira —le contesté—. Pues claro que valoro a Kenny, y mucho.

—Ah, ¿sí? Pues yo creo que la verdad es que tú, Mia, sencillamente no estás preparada para tener novio.



Creo que se me encendió la cara después de ese comentario.

—¿Yo? ¿Que no estoy preparada para tener novio? ¿Bromeas? ¡Llevo toda la vida queriendo tener novio!

—Bueno, si es verdad —dijo Lilly con aire de superioridad—, ¿por qué no dejas que te bese en los labios?

—¿Quién te ha dicho eso? —exigí saber.

—Kenny se lo dijo a Boris, y Boris, por supuesto, me lo dijo a mí.

—Ah, fantástico. —Intenté mantener la calma—. De modo que ahora nuestros novios hablan de nosotras a nuestras espaldas. ¿Y tú lo apruebas?

—Pues claro que no —respondió Lilly—, pero me intriga desde un punto de vista psicológico.

Este es el problema de que los padres de tu mejor amiga sean psiquiatras: todo lo que haces les interesa desde un punto de vista psicológico.

—¿Donde deje o no que alguien me bese —exploté— es cosa mía! ¡No tuya, ni de Boris!

—Muy bien —concluyó Lilly—. Solo digo que si Kenny te dijo eso..., ya sabes, si utilizó la palabra con A mayúscula, quizá lo hizo porque no sabe expresar la profundidad de sus sentimientos de otro modo. Ya sabes, de otro modo aparte del verbal, ya que tú no le dejas probar el modo físico.

Así que supongo que técnicamente debería estar agradecida de que Kenny decidiera conformarse con pronunciar las palabras «te amo» en lugar de llevarlas a la práctica, lo cual sin duda habría implicado su lengua.

Oh, Dios, no quiero ni seguir pensando en esto.



Lunes, 8 de diciembre, aula

Acaban de pasarnos el programa de los exámenes finales. Este es el mío:

PROGRAMA DE EXÁMENES FINALES

15 de diciembre

Día de repaso

16 de diciembre

Primera y segunda hora

Para mí, eso significa que los exámenes finales de Álgebra y Lengua caerán el mismo día, pero no pasa nada. Llevo muy bien la Lengua. Bueno, excepto por el análisis gramatical de las oraciones. Como si fuera a necesitarlo en mi futura función de princesa del país más pequeño de Europa.

Por desgracia, me han dicho que probablemente necesitaré saber de Álgebra. ¡MALDICIÓN!

17 de diciembre

Tercera y cuarta hora

Civilizaciones del Mundo: fácil. Quiero decir que Grandmère me ha explicado suficientes historias sobre la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial para aprobar cualquier examen. ¿Es posible que sepa incluso más que el profesor? ¿Y Educación Física? ¿Cómo se les ocurre hacer un examen final de Educación Física? ¡Pero si ya tenemos las Pruebas Físicas Presidenciales! (lo hice todo bien, excepto el espagat).



18 de diciembre

Quinta, sexta y séptima hora

¿Genios y Talentos? No hay examen final. No hacen exámenes finales de las asignaturas que en realidad son horas de estudio. Sería absurdo. En la sexta hora de clase yo tengo Francés. Se me da bien la parte oral, pero no tanto la escrita. Por suerte, Tina va a la misma clase que yo. Tal vez podamos estudiar juntas.

Pero tengo Bío en la séptima hora. Y no va a ser tan fácil. La única razón por la que no suspendo Bío es Kenny: siempre me chiva la mayor parte de las respuestas.

Y, si rompo con él, eso se acabará.

19 de diciembre

Feria y Baile Aconfesional de Invierno

Seguro que la Feria Aconfesional es divertida. Todos los clubes y asociaciones de los institutos de la ciudad tendrán su *stand* y ofrecerán un producto tradicional de invierno, como la sidra caliente. Y después se celebrará el baile al que se supone que iré con Kenny. Si llega a pedírmelo algún día, quiero decir.

A menos, claro está, de que haga lo correcto y rompa con él. En cuyo caso no podré asistir al baile, porque no se puede ir sin acompañante.

Ojalá Sebastiano se diera prisa y se librara de mí ya.



Lunes, 8 de diciembre, Civ. del Mundo.

Está claro lo que tengo que hacer.

Siempre lo he sabido, por supuesto, y de no haber sido por... ya sabes, el baile, lo habría hecho hace mucho tiempo.

Pero ahora está claro que no puedo permitirme esperar hasta después del baile. Tendría que haberlo hecho anoche, cuando llamó, pero algo así no se puede hacer por teléfono. Bueno, una chica como Lana Weinberger quizá sí pudiera, pero yo no.

No, no creo que deba aplazarlo un día más: tengo que romper con Kenny. Sencillamente no puedo seguir viviendo esta mentira.

Por suerte, cuento con el apoyo de al menos una persona en este plan: Tina Hakim Baba.

No quería decírselo. Tenía previsto no decírselo a nadie, pero se me ha escapado en los servicios de chicas entre la segunda y la tercera hora de clase, mientras Tina se maquillaba. Resulta que su padre no la deja maquillarse, así que tiene que esperar a llegar al instituto para hacerlo. Ha hecho un pacto con su guardaespaldas, Wahim: Tina no le dirá a sus padres que Wahim flirtea con mademoiselle Klein, nuestra profesora de Francés, si Wahim no les dice al señor y a la señora Hakim Baba que Tina es adicta a la línea de cosméticos Maybelline.

En fin, el caso es que de pronto ya no pude aguantar más y acabé contándole a Tina lo que Kenny me dijo anoche por teléfono... Y, en realidad, mucho más.

Pero, primero, la parte sobre la llamada de Kenny.

A diferencia de Lilly, Tina me creyó. Pero Tina también tuvo una reacción del todo equivocada: piensa que es genial.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eres tan afortunada, Mia! —repetía una y otra vez—. ¡Ojalá Dave me dijera alguna vez que me ama! Bueno, sé que está totalmente comprometido con nuestra relación, pero su idea del romanticismo consiste en pagarme la hamburguesa doble con patatas fritas cuando vamos al Mickey D.

No era esa la clase de apoyo que yo buscaba.



—Pero, Tina... —dije. Creía que ella, con su inmenso bagaje de novelas románticas, me entendería—. El caso es que yo no le amo.

Tina mostró su perplejidad con un frenético parpadeo de sus largas pestañas, cubiertas de rímel.

—¿No?

—No —confirmé apenada—. Quiero decir que sí, me gusta como amigo, pero no estoy enamorada ni nada de eso. No de él.

—Oh, Dios —exclamó Tina cogiéndome de una muñeca—. Hay otro, ¿verdad?

Apenas nos quedaban unos minutos antes de que sonara el timbre. Teníamos que volver a clase.

Y, aun así, por algún motivo, escogí ese momento para hacerle mi gran confesión. No sé por qué. Quizá el hecho de habérselo soltado ya a mi padre hacía que no pareciese tan difícil confesárselo a alguien más, sobre todo a Tina. Además, tampoco puedo dejar de pensar en lo que me dijo mi padre. Ya sabes, lo de demostrar lo que siento al chico que me gusta. Creía que Tina era la única persona que sabría ayudarme a hacerlo.

Así que le dije:

—Sí.

De la emoción, Tina estuvo a punto de dejar caer el neceser del maquillaje.

—¡Lo sabía! —gritó—. ¡Sabía que había algún motivo por el que no le dejabas besarte!

Me quedé boquiabierta.

—¿Tú también lo sabes?

—Bueno —confesó Tina encogiéndose de hombros—, Kenny se lo dijo a Dave, y Dave me lo dijo a mí.

¡Jo! ¿Qué era eso de lo que siempre se queja Oprah: que los hombres no están en contacto con sus emociones y no las comparten lo suficiente? Pues a mí me parece que Kenny las está compartiendo últimamente lo bastante para compensar varios siglos de reticencias masculinas.

—¿Y quién es él? —preguntó Tina, ansiosa por saberlo, mientras guardaba el rímel y el perfilador de labios—. El chico que te gusta, quiero decir.

—No importa —contesté—. Además, todo es inútil. Tiene una especie de novia, creo.

Tina se volvió hacia mí tan deprisa que la trenza le dio en la cara (regordeta, por cierto, pero de un modo encantador).



—Es Michael, ¿a que sí? —preguntó, después de volver a cogerme de un brazo. Me apretaba tanto que me hacía daño.

Mi reacción instintiva fue, claro está, negarlo. De hecho, incluso abrí la boca, preparada para soltar la palabra «No».

Pero entonces pensé: «¿Y por qué? ¿Por qué tendría que negárselo a Tina? Tina no se lo dirá a nadie. Y Tina podrá ayudarme».

Así que en lugar de decir: «No», cogí aire y dije:

—Si se lo dices a alguien, te mato. ¿Me has entendido? TE MATO.

Entonces Tina hizo algo extraño: me soltó el brazo y empezó a saltar, dando vueltas sobre sí misma.

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía —exclamaba mientras saltaba. Después dejó de saltar y volvió a agarrarme del brazo—. Oh, Mia, siempre he pensado que haríais una pareja fantástica. Bueno, me gusta Kenny y eso, pero ya sabes... —Arrugó la nariz—. No es Michael.

Si anoche me resultó raro decirle a mi padre la verdad de mis sentimientos hacia Michael, eso no fue nada, NADA, en comparación con lo que sentí al confesársela a alguien de mi edad. El hecho de que Tina no se echase a reír o soltase algo como: «Sí, ya» con tono sarcástico significó para mí más de lo que nunca habría esperado.

Y el hecho de que pareciera entender (e incluso aplaudir) mis sentimientos hacia Michael me dio ganas de darle un fuerte abrazo. Solo que no había tiempo para eso, pues el timbre estaba a punto de sonar. En lugar de hacerlo, barboteé:

—¿De verdad? ¿De verdad no te parece ridículo?

—Pues claro que no —insistió Tina—. Michael es genial. Y además, es veterano. —Entonces pareció inquietarse—. Pero ¿y Kenny? ¿Y Judith?

—Lo sé —dije mientras se me hundían los hombros, algo que habría hecho que Grandmère me asestara una colleja si me hubiese visto en ese momento—. Tina, no sé qué hacer.

Tina arrugó la frente, concentrada.

—Me parece que una vez leí un libro en el que pasaba algo parecido —dijo—. Creo que se titulaba *Escucha mi corazón*. Pero no consigo recordar cómo se resolvía aquella historia...

Antes de que lo consiguiera, sonó el timbre. Llegábamos tarde a clase.

Pero ¿sabes qué? Valió la pena. Porque ahora, al menos, no tengo que preocuparme sola: hay alguien más preocupándose conmigo.



Lunes, 8 de diciembre, aula de G y T

El almuerzo ha sido un desastre.

Teniendo en cuenta que todo el mundo en todo el instituto parece saber, con todo lujo de detalles, exactamente lo que he estado haciendo (y no haciendo) con mi lengua últimamente, supongo que no debería sorprenderme. Pero es que ha sido peor incluso de lo que imaginaba.

Y todo porque me he encontrado a Michael en el bufé de las ensaladas. Yo estaba confeccionando mi habitual pirámide de garbanzos—y—frijoles cuando le vi, encaminándose a la parrilla de las hamburguesas (a pesar de mis denodados esfuerzos, los dos Moscovitz siguen siendo tercamente carnívoros).

En serio, lo único que hice fue decir: «Bien» cuando él me preguntó cómo estaba. Ya sabes, por las condiciones en que me había visto la última vez, sangrando por la boca. (Qué estampa tan bonita debió de ser. Me alegro de haber sido capaz de mantener una apariencia de dignidad y delicadeza en todo momento en presencia del hombre al que amo.)

En fin. Después le pregunté yo —solo por educación, ya sabes— cómo le había ido en el dentista. Lo que ocurrió a continuación, no fue culpa mía.

Y es que Michael empezó a contarme que le habían puesto un empaste y que aún tenía los labios entumecidos por la novocaína. Dada la experiencia que he acumulado últimamente en analgésicos, por el boquete en la lengua y eso, me sentí identificada con él y, bueno, sin darme cuenta le miré a los labios mientras hablaba, algo que en realidad nunca había hecho. Quiero decir que he mirado otras partes del cuerpo de Michael (sobre todo cuando aparece en la cocina por la mañana sin camiseta, algo que hace siempre que me quedo a dormir en casa de Lilly). Pero en realidad nunca le había mirado los labios. Ya sabes: de cerca.

Y resulta que Michael tiene unos labios muy bonitos. No son finos, como los míos. No sé si debería decir esto de los labios de un chico, pero los de Michael dan la impresión de que al besarlos deben de ser muy suaves.



Fue mientras me percataba de este detalle de los labios de Michael cuando sucedió lo peor: los miraba, ya sabes, preguntándome si serían suaves al besarlos, y mientras lo hacía empecé a imaginar que nos besábamos... Bueno, ya sabes, solo a imaginarlo. Y justo entonces, justo cuando me empezaba a invadir esa sensación de calidez (de la que hablan todas las novelas románticas de Tina), JUSTO ENTONCES aparece Kenny en busca de su almuerzo habitual: un refresco y un helado.

Sé que Kenny no puede leerme el pensamiento (si pudiese, a estas alturas ya habría roto conmigo), pero quizá captó algo de lo que yo estaba pensando, y por eso no nos devolvió el «hola» cuando Michael y yo le dijimos: «Hola».

Bueno, por eso, y también por haberle contestado: «Hum, vale» después de que me dijese que me amaba.

Kenny debió de suponer que pasaba algo si mi cara estaba solo la mitad de roja de lo que yo notaba. Quizá fue por eso por lo que no nos devolvió el «hola», porque yo tenía toda la pinta de sentirme culpable. Y, sin duda, me sentía culpable. Quiero decir que..., bueno, ahí estaba yo, mirando los labios de otro chico y preguntándome qué debía de sentirse al besarlos, y va y mi novio pasa por mi lado.

Así que está claro que cuando me muera iré al infierno de las chicas malas.

¿Sabes lo que me encantaría? Me encantaría que todos pudiesen leerme los pensamientos, porque entonces Kenny no habría llegado a pedirme que saliera con él. Habría sabido que no pienso en él de esa manera. Y Lilly no se burlaría de mi negativa a que Kenny me bese. Sabría que el motivo por el que me niego es que estoy enamorada de otra persona.

Lo malo es que también sabría quién es esa otra persona.

Y que es probable que esa otra persona no vuelva a dirigirme la palabra, porque lo que menos le apetece a un veterano es salir con una novata. Sobre todo con una novata que va a todas partes acompañada de un guardaespaldas.

Además, estoy casi segura de que está saliendo con Judith Gershner, porque al volver de la parrilla de las hamburguesas fue a sentarse a su lado.

Eso lo confirma.

Ojalá me fuera mañana mismo a Genovia y no dentro de dos semanas.



Lunes, 8 de diciembre, clase de Francés

Pese al desastroso incidente del almuerzo, me lo he pasado bastante bien en la hora de Genios y Talentos. De hecho, casi ha vuelto a ser como en los viejos tiempos. Quiero decir, como antes de que todos empezásemos a salir los unos con los otros y todos se obsesionaran tanto con el funcionamiento del interior de mi boca y todo eso.

La señorita Hill se ha pasado la hora en la sala de profesores, al otro lado del pasillo, gritando por teléfono a algún empleado de la American Express, y dejándonos así libres para hacer lo que solemos hacer en esta clase: lo que queremos. Por ejemplo, aquellos que, como Boris, el novio de Lilly, querían trabajar en proyectos personales (Boris está aprendiendo a tocar una nueva sonata con el violín), que en realidad es para lo que está pensada la clase de Genios y Talentos, pudieron hacerlo.

Aquellos que, sin embargo, como Lilly y yo, no queríamos trabajar en nuestros proyectos individuales (el mío, estudiar Álgebra; el de Lilly, trabajar en el acceso por cable a su programa televisivo), no lo hicimos.

Lo cual resultó especialmente satisfactorio, porque Lilly había olvidado por completo el asunto de los besos entre Kenny y yo. El motivo es que está furiosa con la señorita Spears, su profesora de Lengua, que echó por tierra su propuesta para el trabajo trimestral.

Fue muy injusto que la señorita Spears lo rechazase, porque en realidad estaba muy bien pensado y era muy creativo. Lo he copiado aquí:

CÓMO SOBREVIVIR AL INSTITUTO

por Lilly Moscovitz

Habiendo pasado los dos últimos meses encerrada en esa institución de educación secundaria comúnmente llamada «instituto», me considero ya una autoridad cualificada en el tema. Desde los encuentros de motivación hasta los comunicados matutinos, he



observado la vida cotidiana en el instituto y sus complejidades. En algún momento de los próximos cuatro años, se me otorgará al fin la libertad para abandonar este horrible y degenerado lugar y entonces publicaré mi Guía para sobrevivir al instituto, compilada con sumo esmero.

Poco sabían mis compañeros y profesores que, mientras ellos se afanaban en sus quehaceres diarios, yo estaba tomando nota de sus actividades para someterlas al estudio de futuras generaciones. Con mi práctica guía, la estancia de los jóvenes en el instituto será algo más fructífera. Los alumnos del futuro aprenderán el modo de conciliar sus diferencias con los demás, no por medio de la violencia sino con la venta de una obra teatral de lo más mordaz —con personajes basados en aquellos individuos que los atormentaron durante todos esos años— a uno de los principales estudios de Hollywood. Ese, y no un cóctel molotov, es el sendero hacia la verdadera gloria.

A continuación, para que se deleite en su lectura, incluyo varios ejemplos de los temas que exploraré en *Cómo sobrevivir al instituto*, por Lilly Moscovitz:

1. Las relaciones amorosas en el instituto, o por qué no puedo abrir mi taquilla porque dos adolescentes obsesionados con el sexo están apoyados contra ella, enrollándose.
2. La comida de la cafetería: ¿es legal clasificar las salchichas de maíz como producto cárnico?
3. Cómo comunicarse con los infrahumanos que pueblan el vestíbulo.
4. Consejos prácticos: ¿de qué creen que se ríen?
5. Domina el arte de la falsificación: los pases.

¿No te parece genial? Y ahora mira lo que comentó al respecto la señorita Spears:

Lilly:

Lamento mucho saber que tu experiencia en el Instituto Albert Einstein no está siendo positiva, pero me temo que voy a tener que empeorarla pidiéndote que busques otro tema para el trabajo trimestral. Sin embargo, un sobresaliente a tu creatividad, como de costumbre.

Señorita Spears

¿Puedes creerlo? ¡Es una terrible injusticia! ¡Han censurado a Lilly! Su propuesta debería haber postrado a sus pies a los administradores del instituto. Lilly dice que lo que más le consterna es el hecho de que, teniendo en cuenta lo que cuesta nuestra educación, esta sea la clase de apoyo que podemos esperar de nuestros profesores. Entonces le recordé que el señor Gianini no es así, pues él va más allá de los límites estrictos de sus obligaciones y se queda todos los días después de clase para ofrecer refuerzo a alumnos a quienes, como yo, no les va muy bien en Álgebra.



Lilly dice que el señor Gianini probablemente decidiera sacrificar esas horas para congraciarse con mi madre, y que ahora ya no puede dejar de hacerlo, porque ella se daría cuenta de que todo era un montaje y se divorciaría en el acto de él.

Pero yo no lo creo. Creo que el señor G. se habría quedado después de clase para ayudarme al margen de que saliera o no con mi madre. Es de esa clase de tipos.

En fin, la consecuencia de todo esto es que ahora Lilly ha puesto en marcha otra de sus famosas campañas. En realidad, es algo bueno, pues mantendrá sus pensamientos alejados de dónde pongo (o no pongo) yo los labios. Así es como ha empezado:

Lilly: El verdadero problema en este instituto no son los profesores, sino la apatía del alumnado. Por ejemplo, pongamos por caso que llevamos a cabo un plantón, una huelga de un día.

Yo: ¿Una huelga?

Lilly: Sí, ya sabes: todos nos levantamos al unísono y abandonamos la escuela a la vez.

Yo: ¿Solo porque la señorita Spears te ha tirado por tierra la propuesta del trabajo trimestral?

Lilly: No, Mia: porque intenta arrebatarnos nuestra individualidad obligándonos a doblegarnos al feudalismo corporativista. Una vez más.

Yo: Ah. ¿Y cómo lo está haciendo?

Lilly: Censurándonos cuando nos encontramos en nuestra etapa más fértil, creativamente hablando.

Boris: (Asomando del armario del material, donde Lilly le obligó a esconderse en cuanto empezó a practicar la última de sus sonatas.) ¿Fértiles? ¿Alguien ha dicho «fértiles»?

Lilly: Vuelve al armario, Boris. Michael, ¿podrías enviar esta noche un mensaje masivo a todo el alumnado, convocando una huelga para mañana a las once?

Michael: (Mientras trabaja en el stand que él y Judith Gershner y los demás miembros del Club de Informática instalarán en la Feria de Invierno.) Sí, podría, pero no lo haré.

Lilly: ¿POR QUÉ NO?

Michael: Porque anoche te tocaba vaciar el lavavajillas y no estabas en casa, así que tuve que hacerlo yo.

Lilly: ¡Pero LE DIJE a mamá que tenía que ir al estudio para editar los últimos retoques del programa de esta semana!

El programa de Lilly, *Lilly lo cuenta tal y como es*, es ya uno de los más vistos y



aclamados del canal por cable de Manhattan.

Obviamente, es público, por lo que ella no está ganando dinero con su emisión, pero varias de las cadenas más importantes compraron la entrevista que me hizo una noche, cuando yo estaba medio dormida, y la emitieron. A mí me parecía un poco tonta, pero supongo que muchas otras personas la consideraron buena, porque ahora Lilly recibe toneladas de mensajes por correo electrónico de telespectadores, mientras que antes solo recibía los de su acosador, Norman.

Michael: Mira, si tienes problemas de tiempo y agenda, no te descargues conmigo. No esperes que acceda sumiso a todos tus antojos, y menos aún cuando me debes una.

Yo: Lilly, no te ofendas, pero no creo que esta semana sea el mejor momento para convocar una huelga. Me refiero a que estamos en plenos exámenes finales.

Lilly: ¿¿¿Y???

Yo: Que algunos realmente necesitamos ir a clase. No puedo permitirme el lujo de perder ninguna sesión de refuerzo. Mis notas ya son lo bastante malas.

Michael: ¿De veras? Creí que te iba mejor en Álgebra.

Yo: Si consideras «mejor» un insuficiente alto...

Michael: Venga ya, seguro que apruebas. ¡Tu madre está casada con tu profesor de Álgebra!

Yo: ¿Y qué? Eso no significa nada. Ya sabes que el señor G. no tiene favoritismos.

Michael: Solo creía que quizá echaría una mano a su propia hijastra, eso es todo.

Lilly: EH, VOSOTROS DOS, ¿¿¿QUERÉIS PRESTAR POR FAVOR UN POCO DE ATENCIÓN A LA SITUACIÓN QUE NOS OCUPA, ES DECIR, AL HECHO DE QUE ESTE INSTITUTO NECESITA URGENTEMENTE UNA REFORMA A FONDO???

Por suerte, en ese momento sonó el timbre, así que por lo que sé mañana no habrá huelga. De lo cual me alegro, porque realmente necesito tiempo para estudiar.

¿Sabes? Es gracioso que a la señorita Spears no le guste la propuesta de Lilly para el trabajo trimestral, porque se mostró muy entusiasmada con la mía: «Un juicio contra los árboles de Navidad: por qué debemos restringir el ritual pagano de cortar abetos todos los años en diciembre si queremos reparar la capa de ozono».

Y mi cociente intelectual ni se acerca al de Lilly.



Lunes, 8 de diciembre, clases de Bío

Kenny acaba de pasarme esta nota:

Mia:

Espero que lo que te dije anoche no te haya incomodado. Solo quería que supieses lo que siento. Sinceramente,

Kenny

Oh, Dios. ¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? Está sentado a mi lado, esperando una respuesta. De hecho, eso es lo que cree que estoy escribiendo en este mismo instante. Una respuesta.

¿Qué digo?

Quizá esta sea la oportunidad perfecta para romper con él. «Perdóname, Kenny, pero yo no siento lo mismo. Seamos solo amigos.» ¿Es eso lo que debería decir?

Pero es que no quiero herir sus sentimientos, ¿sabes? Y es mi compañero en clase de Bío. Quiero decir que, pase lo que pase, voy a seguir sentándome a su lado las próximas dos semanas. Y, la verdad, prefiero tener a un compañero en Bío que me aprecie a otro que me odie.

¿Y el baile? Quiero decir que, si rompo con él, ¿con quién voy a ir al Baile Aconfesional de Invierno? Sé que es horrible pensar estas cosas, pero este es el primer baile en toda la historia de mi vida en que tengo acompañante de antemano.

Bueno, claro, si es que llega a pedírmelo algún día.

¿Y el final? ¿Eh? Me refiero al examen final de Bío, claro. Jamás aprobaría sin los chivatazos de Kenny. JAMÁS.

Pero... ¿qué otra cosa puedo hacer? Y más aún teniendo en cuenta lo que ha ocurrido hoy en el bufé de ensaladas...

Muy bien. Está decidido. Adiós, cita para el Baile Aconfesional de Invierno. Hola, programación televisiva del viernes noche.



Querido Kenny:

No es que no te considere un amigo muy apreciado, es solo que...



Lunes, 8 de diciembre, 15.00 h, clase de repaso de Álgebra con el señor Gianini

Vale, el timbre sonó antes de que pudiera acabar la nota.

Eso no significa que no vaya a decirle a Kenny exactamente lo que siento. Por supuesto que voy a hacerlo. Esta noche, sin falta. No me importa si es cruel hacer algo así por teléfono. No lo soporto más.

DEBERES

Álgebra: repasar preguntas del final de los capítulos 1-3.

Lengua: trabajo trimestral.

Civ. del Mundo: repasar preguntas del final de los capítulos 1-4.

G y T: nada.

Francés: repasar preguntas del final de los capítulos 1-3.

Biología: repasar preguntas del final de los capítulos 1-5.



Martes, 9 de diciembre, aula

Sí, vale. No rompí con él.

De verdad que quería.

Y ni siquiera fue porque no me atreviese a hacerlo por teléfono. Qué va. Fue por algo que Grandmère, precisamente ella, dijo.

No es que no considere que sea lo correcto. No romper con él, quiero decir. Es solo que, después de la clase de repaso de Álgebra, tuve que ir al salón donde Sebastiano exhibe y vende sus últimas creaciones y donde sus lacayas iban a tomarme medidas para el vestido nuevo. Grandmère insistía en que, a partir de ahora, solo debería llevar ropa diseñada por creadores de Genovia, para dar muestra de mi patriotismo o lo que sea. Pues va a ser duro, porque, ejem, que yo sepa solo hay un diseñador de moda en Genovia, y es Sebastiano. Y digamos que no se prodiga mucho con la ropa vaquera desgastada.

En fin. Tenía cosas mucho más importantes por las que preocuparme que mi guardarropa primaveral.

Algo que debió de captar Grandmère, porque a media descripción de Sebastiano de los abalorios que iba a hacer coser en el corpiño del vestido, Grandmère gritó:

—Amelia, ¿se puede saber qué te pasa?

El susto me hizo saltar un palmo.

—¿Qué?

—Sebastiano acaba de preguntarte qué escote prefieres: palabra de honor o cuadrado.

La miré, aturdida.

—¿Un escote para qué?

Grandmère me fulminó con la mirada. Lo hace bastante a menudo. Por eso mi padre, aunque en el hotel se aloja en la suite contigua a la nuestra, nunca nos visita durante las lecciones de princesa.



—Sebastiano —dijo mi abuela—, déjame a solas con la princesa un momento, por favor.

Y Sebastiano —que llevaba pantalones de cuero de color mandarina (el nuevo gris, según me dijo; y el blanco, para mi sorpresa, es el nuevo negro)— hizo una reverencia y se ausentó, seguido por las sinuosas señoritas que me habían tomado medidas.

—Muy bien —dijo Grandmère enseguida—, es evidente que te inquieta algo, Amelia. ¿Qué es?

—Nada —contesté mientras me ponía roja. Sabía que estaba poniéndome roja porque: *a*) lo notaba, y *b*) me veía reflejada en los tres espejos de pie que tenía enfrente.

—Sí, hay algo. —Grandmère dio una saludable calada a su Gitanes, aunque le he pedido en repetidas ocasiones que no fume en mi presencia, pues inhalar el humo exhalado puede ocasionar tanto perjuicio a los pulmones como fumar—. ¿De qué se trata? ¿Problemas en casa? Ya, supongo que tu madre y el profesor de Matemáticas ya han empezado a pelearse. Bueno, nunca creí que ese matrimonio fuese a durar. Tu madre es demasiado veleidosa.

Tengo que admitir que me encendí al oír eso. Grandmère siempre critica a mi madre, aunque mi madre me haya educado prácticamente sola y yo todavía no me haya quedado embarazada ni haya disparado a nadie.

—Para tu información —le dije—, mi madre y el señor Gianini son de lo más felices. No estaba pensando en ellos.

—Entonces, ¿qué es? —insistió Grandmère con voz de tedio.

—Nada —casi grité—. Yo solo... bueno, pensaba en el hecho de que esta noche tengo que romper con mi novio. Eso es todo. Nada de tu incumbencia.

En lugar de ofenderse por mi tono, que habría resultado insolente para cualquier abuela con un poco de amor propio, Grandmère se limitó a tomar un sorbo de su copa y, de pronto, pareció muy interesada.

—¡Oh! —exclamó en una voz muy distinta, la misma que emplea cuando alguien menciona una oferta de acciones que ella considera interesante para su cartera—. ¿Y qué novio es ese?

Dios, ¿por qué me ha tocado a mí la maldición de tener una abuela así? En serio. La abuela de Lilly y Michael recuerda el nombre de todos sus amigos, les cocina rugelach a todas horas, y siempre está preocupada por si comen bien, aunque sus padres, los doctores Moscovitz, son absolutamente fiables comprando provisiones, o al menos encargándolas para que se las lleven a casa.



¿Y a mí? Pues a mí me toca una abuela con un caniche alopécico y anillos de diamantes de nueve quilates, y cuya principal afición en la vida es torturarme.

¿Y por qué? Quiero decir que ¿por qué le encanta a Grandmère torturarme? Nunca le he hecho nada. Nada, excepto ser su única nieta, en todo caso. Y no se puede decir que yo vaya por ahí explicando cómo me hace sentir. Ya sabes, en realidad nunca le he dicho que, en mi opinión, es una vieja malvada que contribuye a la destrucción del medio ambiente llevando abrigos de pieles y fumando cigarrillos franceses sin filtro.

—Grandmère —dije, intentando conservar la calma—. Solo tengo un novio. Se llama Kenny.

«Solo te lo he dicho como cinco mil veces», añadí después, para mí.

—Creía que ese tal Kenny era tu compañero de Biología —comentó Grandmère, después de tomar un sorbo de Sidecar, su bebida favorita.

—Y lo es —confirmé, algo sorprendida de que hubiese sido capaz de recordar algo así—, pero también es mi novio. Lo que pasa es que anoche se volvió completamente loco y me dijo que me ama.

Grandmère acarició la cabeza a Rommel, que descansaba en su regazo con aire triste y desgraciado (su expresión habitual) .

—¿Y cuál es el problema? —quiso saber Grandmère—. ¿Qué hay de malo en que un chico te ame?

—Nada —contesté—, solo que yo no estoy enamorada de él, ¿sabes? Así que no sería justo por mi parte dejar que se haga ilusiones.

Grandmère arqueó sus cejas tatuadas.

—No veo por qué.

¿Cómo se me había ocurrido meterme en esa conversación?

—Porque, Grandmère, la gente no va por ahí haciendo esas cosas. Hoy día, no.

—¿De veras? Bien, lo que observo y veo en la gente me dice lo contrario. Con la excepción, obviamente, de si se está enamorado. En tal caso, deshacerse de un pretendiente que no nos interesa podría considerarse sensato, para estar disponibles para el hombre que realmente deseamos. —Me miró—. ¿Es así en tu vida, Amelia? ¿Hay alguien..., ejem, especial?

—No —mentí de forma automática.

Grandmère resopló.

—Mientes.

—No, no miento —volví a mentir.



—Sí, sí mientes. No debería decirte esto, pero supongo que, dado que es un mal hábito para una futura monarca, deberías saberlo, para tratar de evitarlo en el futuro: cuando mientes, Amelia, se te ensanchan los orificios nasales.

Me llevé las manos a la nariz.

—¡Mentira!

—Verdad —insistió Grandmère. Era evidente que estaba disfrutando de lo lindo—. Si no me crees, mírate en el espejo.

Me volví para mirarme en el espejo que tenía más cerca. Me aparté las manos de la cara y me examiné la nariz. No tenía la nariz más ancha. Mi abuela estaba loca.

—Te lo preguntaré una vez más, Amelia —insistió Grandmère, con voz perezosa, sin moverse de la silla—. ¿Estás enamorada de alguien?

—No —mentí de forma automática...

¡Y mi nariz se ensanchó de golpe!

¡Oh, Dios mío! ¡Tantos años mintiendo, y resulta que siempre que lo hago mi nariz me delata! Lo único que tiene que hacer la gente es mirarme la nariz cuando hable y sabrán con total certeza cuándo digo la verdad y cuándo no.

¿Cómo es posible que nadie me lo haya comentado hasta ahora? ¡Y que encima haya sido Grandmère —precisamente Grandmère— la que lo ha descubierto! No mi madre, con la que he vivido catorce años. Tampoco mi mejor amiga, que tiene un cociente intelectual superior al de Einstein. No, Grandmère.

Si esto se sabe, mi vida se acaba.

—¡Vale! —grité dramáticamente, dándole la espalda al espejo para volver a mirarla—. Vale, sí. Sí, estoy enamorada de otro. ¿Satisfecha?

Grandmère alzó sus cejas tatuadas.

—No tienes por qué gritar, Amelia —dijo, con lo que en cualquier otra persona habría interpretado como un aire divertido—. ¿Y quién puede ser ese otro tan especial?

—Oh, no —dije levantando las manos. Si no hubiese sido del todo grosero, habría hecho una cruz con los dos dedos y se la habría puesto delante. ¡Sí, hasta ese punto me asusta! Y, si lo piensas, con sus cejas tatuadas, se parece a Nosferatu—. No vas a sonsacarme esa información.

Grandmère aplastó el cigarrillo en el cenicero de cristal que le había dado Sebastiano y soltó:

—Muy bien. Deduzco, pues, que el caballero en cuestión no te corresponde.

No tenía sentido volver a mentirle. No en ese momento. No con mi nariz flexible.



Se me hundieron los hombros.

—No. Le gusta otra chica. Una chica muy inteligente que sabe clonar moscas de la fruta.

Grandmère resopló.

—Una cualidad muy útil. Bien, eso no importa ahora. Imagino, Amelia, que no estás familiarizada con esa expresión que dice: «Mejor tener agua de fregar sucia que no tener». —Supongo que dedujo de mi expresión perpleja que nunca había oído esa otra, porque añadió—: No te deshagas de ese Kenny hasta que tengas seguro a alguien mejor.

La miré, horrorizada. En serio, mi abuela ha dicho (y hecho) muchas lindeces en su vida, pero esta se llevaba la palma.

—¿Tener seguro a alguien mejor? —No podía creer que se estuviera refiriendo a lo que creía que se estaba refiriendo—. ¿Te refieres a que no debería romper con Kenny hasta que tenga a otro?

Grandmère encendió otro cigarrillo.

—Por supuesto.

—Pero... ¡Grandmère! —Juro por Dios que a veces no estoy segura de si es humana o si alguna clase de fuerza alienígena la envió desde otro planeta para que nos espíe—. No se puede hacer eso. No se puede atar a un chico así, sabiendo que no sientes lo mismo que él.

Grandmère exhaló una larga bocanada de humo azul.

—¿Por qué no?

—¡Porque es absolutamente inmoral! —Sacudí la cabeza—. No. Voy a romper con Kenny. Cuanto antes. En realidad, esta misma noche.

Grandmère acarició el cuello de Rommel, que parecía más desgraciado que nunca, como si, en lugar de acariciarle, ella le estuviese arrancando la piel a tiras. Es el presunto perro más miserable que he visto en la vida.

—Esa —dijo Grandmère— es tu prerrogativa, claro, pero permíteme recordarte que si rompes tu relación con ese joven, tu rendimiento en Biología se verá perjudicado.

Estaba conmocionada, pero sobre todo porque eso era algo en lo que ya había pensado. Me asombraba que Grandmère y yo compartiésemos algo. Lo cual es el único motivo por el que exclamé:

—¡Grandmère!



—Bien —dijo Grandmère, sacudiendo la ceniza del cigarrillo en el cenicero—, ¿acaso no es verdad? En esa asignatura solo estás sacando un... ¿qué? ¿Un suficiente? Y eso gracias a que ese joven te permite copiar los deberes.

—¡Grandmère! —volví a chillar. Por supuesto, tenía razón.

Ella miró al techo.

—Déjame ver... —prosiguió—. Con el insuficiente en Álgebra, si sacas menos de un suficiente en Biología, la nota media bajará bastante este semestre.

—Grandmère... —No daba crédito. ¡Estaba al corriente de todas mis notas! Y tenía razón. Tenía toda la razón. Pero bueno...—. No voy a posponer la ruptura con Kenny hasta después del examen final. Sería algo horrible.

—Tú misma —concluyó Grandmère con un suspiro—, pero sin duda resultaría incómodo tener que sentarse con él las próximas... ¿Cuánto falta para que acabe el semestre?... Ah, sí, dos semanas. Sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que, cuando rompas con él, probablemente dejará de hablarte.

Dios, es verdad. Y no es algo en lo que no hubiese pensado ya. Si Kenny se enfadara conmigo por romper con él hasta el punto de dejar de hablarme, el próximo semestre sería de lo más desagradable.

—¿Y el baile? —Grandmère agitó el Sidecar, y los cubitos de hielo tintinearón—. ¿Ese baile de Navidad?

—No es un baile de Navidad —puntalicé—. Es un baile aconfesional...

Grandmère sacudió una mano en el aire. La pulsera con colgajos que llevaba tintineó.

—Lo que sea —me interrumpió—. Si dejas de ver a ese joven, ¿con quién irás al baile?

—No iré con nadie —contesté con firmeza, aunque, claro está, la idea me partía el corazón—. Me quedaré en casa.

—¿Mientras todos los demás se divierten? De verdad, Amelia, estás siendo muy insensible. ¿Y qué hay de ese otro joven?

—¿Qué otro joven?

—El joven del que aseguras estar tan enamorada. ¿Acaso no irá al baile con la chica de la mosca doméstica?

—Mosca de la fruta —la corregí—. Y no lo sé. Es posible.

No se me había pasado por la cabeza la idea de que Michael pudiera invitar a Judith Gershner a ir con él al Baile Aconfesional de Invierno, pero, en cuanto Grandmère la mencionó, me invadió la misma sensación horrible que en la pista de



patinaje, cuando los vi juntos por primera vez; una sensación muy parecida a la que tuve cuando Lilly y yo cruzábamos la calle Bleecker y aquel repartidor de comida china nos atropello con la bicicleta y yo me quedé sin aire.

Solo que esta vez no solo me dolía el pecho, sino también la lengua. Había mejorado bastante, pero en ese instante empezó a palpitarme de nuevo.

—A mí me parece —opinó Grandmère— que una buena manera de atraer la atención de ese joven es aparecer en el baile del brazo de ese otro joven y con un aspecto divino, gracias a la original creación del diseñador de moda de Genovia, Sebastiano Grimaldi.

Me quedé mirándola. Porque tenía razón. Tenía mucha razón. Aunque...

—Grandmère —dije—. ¿El chico que me gusta? A él le gustan las chicas que saben clonar insectos, ¿vale? Dudo mucho que vaya a sentirse impresionado por un vestido.

Por supuesto, no mencioné que la noche anterior yo había albergado esa misma esperanza. Sin embargo, como si me leyese los pensamientos, Grandmère se limitó a musitar: «Hum», con aire sabihondo.

—Sí, por supuesto —continuó—. Aun así, me parece un poco cruel que lo eches todo a perder con ese joven en esta época del año.

—¿Por qué? —pregunté desconcertada. ¿Acaso había topado involuntariamente Grandmère con algún canal de televisión que emitiera *Qué bello es vivir* o algo así? Nunca antes había dado muestras del menor ápice de espíritu navideño—. ¿Porque es Navidad?

—No —contestó Grandmère. Parecía estar muy disgustada conmigo, imagino que por la sugerencia de que pudiera conmoverla el aniversario del nacimiento de algún salvador—: Por tus exámenes. Si realmente quieres ser amable, creo que lo mínimo que podrías hacer es esperar a que concluyeran los exámenes para partirle el corazón a tu pobre compañerito.

Estaba preparada para rebatir todas las excusas que Grandmère me plantease para no romper con Kenny..., pero esa no me la esperaba.

Me quedé boquiabierta y paralizada. Sé que tenía la boca abierta porque me la vi reflejada en los tres espejos de cuerpo entero.

—No consigo imaginar —prosiguió Grandmère— por qué no te limitas a hacerle creer que le correspondes hasta que concluyan los exámenes. ¿Por qué agravar el estrés del pobre muchacho? Aunque, claro está, debes hacer lo que consideres más oportuno. Supongo que ese tal..., hum..., Kenny es la clase de chico que se recupera pronto de un fracaso sentimental. Es probable que le vayan bien los exámenes, aun con el corazón partido.



¡Oh, Dios! Si me hubiese clavado un tenedor en el estómago y hubiese retorcido los intestinos como si fuesen espaguetis, no me habría hecho sentir peor...

Ni, tengo que admitirlo, más aliviada. Porque está claro que no puedo romper con Kenny ahora. No importan mi nota en Bío ni el baile: uno no puede romper con alguien justo antes de los exámenes finales. Es algo así como lo peor que se le puede hacer a alguien.

Bueno, además de las cosas que hacen Lana y sus amigas. Ya sabes, las cosas propias del vestuario de chicas, como acercarse a alguien que se está cambiando y preguntarle por qué lleva sujetador cuando es evidente que no lo necesita, o reírse de ella porque resulta que no le gusta que su novio la bese. Ese tipo de cosas.

De modo que aquí estoy. Quiero romper con Kenny, pero no puedo.

Quiero decirle a Michael lo que siento por él, pero tampoco puedo.

Ni siquiera puedo dejar de mordirme las uñas. Voy a asquear a todo un país europeo con mis cutículas sanguinolentas.

Soy un desastre patético. No me extraña que esta mañana, en el coche (después de pillarle sin querer a Lars un pie con la puerta), Lilly me dijera que debería plantearme muy seriamente la posibilidad de comenzar una terapia, porque si hay alguien que necesita encontrar la armonía interior entre su consciente y su inconsciente, esa soy yo.

COSAS QUE HACER ANTES DE IR A GENOVIA

1. Comprar comida y tierra para Fat Louie.
2. Dejar de mordirme las uñas.
3. Conseguir realizarme.
4. Buscar la armonía interior entre el consciente y el sub consciente.
5. Romper con Kenny: no hasta después de los exámenes finales y/o el Baile Aconfesional de Invierno.



Martes, 9 de diciembre, clase de Inglés

¿Qué ha sido eso que acabo de oír en el pasillo? ¿Te ha dicho Kenny Showalter lo que creo que te ha dicho?

Sí. ¡Oh, Dios mío, Shameeka! ¿Qué voy a hacer? Tiemblo tanto que apenas puedo escribir.

¿Qué quieres decir con eso de que qué vas a hacer? Ese chico bebe los vientos por ti, Mia. Disfrútalo.

Mira, no se puede dejar que la gente vaya por ahí diciendo cosas como esa. Y menos casi a gritos. Debe de haberlo oído todo el mundo. ¿Crees que lo ha oído todo el mundo?

Vale, sí, lo ha oído todo el mundo. Deberías haber visto la cara de Lilly. Creía que iba a sufrir una de esas crisis sinápticas de las que siempre habla.

¿Crees que lo ha oído TODO EL MUNDO? Quiero decir... ¿incluso los que salían del laboratorio de química? ¿Crees que ellos también lo han oído?

¿Cómo no iban a oírlo? Pero si lo gritó bien alto.

¿Se reían? Me refiero a los que salían del laboratorio de química. No se reían, ¿verdad?

La mayoría se reía.

¡Oh, Dios mío! ¿¿¿Por qué tuve que nacer???

Excepto Michael. Él no se reía.

¿ÉL NO? ¿DE VERDAD? ¿Me tomas el pelo?

No, ¿por qué iba a tomarte el pelo? Y, de todos modos, ¿por qué te importa lo que opine Michael Moscovitz?

No, no, no me importa. ¿Por qué lo crees?

Hum, pues, para empezar, porque no dejas de hablar de eso.

La gente no debería ir por ahí riéndose de las desgracias de otros. Eso es todo.



Pues yo no veo la desgracia por ninguna parte. Así que te ama, ¿eh? A muchas chicas les encantaría que su novio se lo gritara entre clase y clase.

Sí, vale, ¡¡¡PUES A MÍ NO!!!

Utiliza verbos reflexivos para elaborar frases breves y contundentes.

Reflexivo: Él pronto se arrepintió de sus palabras.

No reflexivo: No pasó mucho tiempo antes de que lamentara haber dicho lo que dijo.



Martes, 9 de diciembre, clase de Bío

La hora de Genios y Talentos no ha sido tan divertida hoy. No es que Bío esté yendo mejor, teniendo en cuenta el hecho de que estoy aquí, pegada a Kenny, que parece haberse calmado un poco después de esta mañana.

Aun así, creo de veras que la gente que en realidad no está matriculada en ciertas asignaturas, no debería aparecer por clase.

Por ejemplo, que Judith Gershner tenga una hora libre para estudiar coincidiendo con nuestra hora de Genios y Talentos no es motivo para que se le permita plantarse en el aula durante cincuenta minutos. De hecho, nunca se le debería haber permitido salir del aula de estudio. No creo ni que tenga un pase.

No es que vaya a delatarla, ni nada por el estilo, pero no se debería fomentar esa clase de violación flagrante de las normas. Si Lilly piensa seguir adelante con lo de la huelga, para lo cual está intentando reunir apoyo, debería añadir a su lista de quejas el hecho de que los profesores de este instituto tengan favoritismos. Es decir: que una chica sepa clonar cosas no significa que se le deba permitir vagar por el instituto libremente cuando le dé la gana.

Sin embargo, cuando entré, allí estaba, y ya no me cabe la menor duda: está chiflada por Michael. No sé lo que en realidad siente Michael por Judith, pero ella llevaba medias de color bronce en lugar de los leotardos de algodón negros habituales, así que está claro que algo pasa. Ninguna chica se pone medias sin un buen motivo.

Y, sí, vale, es probable que estén trabajando juntos en el stand para la Feria de Invierno, pero esa no es razón para que Judith apoye el brazo en el respaldo de la silla de Michael de ese modo. Además, él antes me ayudaba con los deberes de Álgebra durante la hora de Genios y Talentos, pero ahora ya no puede, porque Judith monopoliza todo su tiempo. Me extraña que no le moleste tanta intrusión.

Además, Judith no tiene derecho a inmiscuirse en conversaciones privadas. Casi ni me conoce. Pero ¿acaso le impidió eso hacerme saber, cuando supo que Lilly me había pedido perdón formalmente con respecto a la extraña llamada telefónica de Kenny (quien ya se ha ocupado hoy de dispersar cualquier duda acerca de la



veracidad de la misma con su exhibición de pasión desenfrenada en el pasillo de la tercera planta), que sentía lástima por él? Ah, no.

—Pobrecillo —dijo Judith—. He oído lo que te ha dicho en el pasillo. Estaba en el laboratorio de química. ¿Cómo lo ha dicho? ¿«No me importa que tú no sientas lo mismo, Mia; siempre te amaré», o algo parecido?

No contesté. Y no lo hice porque estaba ocupada imaginando el aspecto que tendría Judith con un lápiz asomándole del centro mismo de la frente.

—Es tan dulce... —añadió ella—. Piénsalo. Está loco por ti.

Pues mira, precisamente ese es el problema. Todo el mundo cree que lo que ha hecho Kenny es precioso... Nadie parece entender que no ha sido precioso. En absoluto. Ha sido completamente humillante. No creo que jamás haya sentido tanta vergüenza.

Y, créeme, he pasado por más de una injusticia y más de un incidente embarazoso, sobre todo desde que empezó todo esto de ser princesa.

Pero, por lo visto, soy la única persona de todo el instituto que cree que lo que Kenny ha hecho ha sido una equivocación.

—Es evidente que está muy en contacto con sus emociones. —Incluso Lilly se ha puesto del lado de Kenny—. A diferencia de ciertas personas...

Tengo que admitirlo: me pone furiosa pensarlo, porque la verdad es que, desde que empecé a escribir lo que me ocurría todo en diarios, he estado muy en contacto con mis emociones. Por lo general, suelo saber casi con exactitud lo que siento.

El problema es... que no puedo decírselo a nadie.

No sé quién se sorprendió más cuando Michael salió de pronto en mi defensa contra su hermana: Lilly, Judith Gershner o yo.

—Que Mia no vaya por ahí gritando sus sentimientos en el pasillo de la tercera planta —dijo Michael— no significa que no esté en contacto con sus emociones.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo consigue verbalizar como por arte de magia exactamente lo que siento y, por lo visto, me cuesta tanto decir? ¿Lo ves? Por eso le amo. Vamos, ¿cómo no iba a amarle?

—Sí —convine con aire triunfal.

—Bien, podrías haberle contestado. —Lilly siempre parece contrariada cuando Michael me rescata, sobre todo si lo hace cuando ella me está atacando en todo lo referente a mi falta de sinceridad y de vida emocional—. En lugar de haberle dejado allí colgado.

—¿Y qué —pregunté, imprudente, ahora me doy cuenta— debería haberle dicho?



— ¿Qué te parece? — contestó Lilly —. ¿Que tú también le amas?

¿POR QUÉ? Es lo único que quiero saber. ¿¿¿POR QUÉ me ha caído la maldición de una mejor amiga que no comprende que hay cosas que no se dicen delante de TODO EL MUNDO EN MITAD DEL AULA (LENA) DE GENIOS Y TALENTOS, INCLUIDO SU HERMANO???

El problema es que Lilly nunca ha sentido vergüenza por nada en la vida. Sencillamente, no conoce el significado de la palabra «vergüenza».

—Mira —le dije mientras notaba que se me encendían las mejillas. No podía mentir, por supuesto. ¿Cómo iba a mentir, teniendo en cuenta que entonces ya sabía lo de mi nariz? Vale, Lilly aún no lo sabía, pero solo era cuestión de tiempo. Quiero decir que si Grandmère lo sabía...—, de verdad valoro muchísimo la compañía de Kenny —continué, precavida—, pero... ¿amor? Quiero decir... ¿amor? Eso es algo muy grande. Yo no... quiero decir... no...

Empecé a barbotear en plan patético, plenamente consciente de que todos los presentes en el aula, en especial Michael, estaban escuchándome.

—Ya veo —zanjó Lilly, con los ojos entornados—. Miedo al compromiso.

—No me da miedo el compromiso —insistí—. Es... es... solo que...

Pero en los oscuros ojos de Lilly ya refulgía el ansia de la anticipación. Se disponía a psicoanalizarme, una de sus aficiones favoritas, por desgracia.

—Examinemos la situación, ¿de acuerdo? —propuso—. Veamos, tienes a ese chico gritando por los pasillos cuánto te ama, y tú vas y te quedas mirándolo como un pasmarote. ¿Qué supones que significa eso?

— ¿Se te ha ocurrido pensar —repuse— que quizá el motivo de que no le dijera que le amo es que...?

Estuve a punto de decirlo. De verdad. En serio. Estuve a punto de decir que no amo a Kenny. Pero no pude hacerlo. Porque, si lo hubiese dicho, de algún modo le habría llegado a Kenny, y eso habría sido incluso peor que romper con él. No podía hacerlo.

Así que lo único que dije fue:

—Lilly, sabes perfectamente que no me da miedo el compromiso. Me refiero a que hay muchos chicos que...

—Ah, ¿sí? —Lilly parecía estar disfrutando de lo lindo. Era casi como si estuviese actuando frente a un público. Lo cual, claro está, era lo que estaba haciendo: actuaba frente al público formado por su hermano y la novia de este—. Nombra a uno.

— ¿Un qué?



—Nombra a un chico con quién crees que podrías comprometerte para el resto de la eternidad.

—¿Qué quieres, una lista? —le pregunté.

—Eh, una lista estaría muy bien —contestó Lily.

Así que le ofrecí la siguiente lista:

TÍOS CON LOS QUE MÍA THERMOPOUS PODRÍA COMPROMETERSE POR EL RESTO DE LA ETERNIDAD

1. **Lobezno, de *X-men*.**
2. **El *gladiator* aquel.**
3. **Will Smith.**
4. **Tarzán, de la película de animación de Disney.**
5. **La Bestia de *La Bella y la Bestia*.**
6. **Aquel soldado tan genial de *Mulán*.**
7. **El tipo al que encarnaba Brendan Fraser en *La momia*.**
8. **Ángel, de *Buffy Cazavampiros*.**
9. **Tom, de *Daría*.**
10. **Justin Baxendale.**

Pero esta lista resultó no ser válida, porque Lilly la cogió y la analizó, y resulta que la mitad de los chicos que aparecen en ella en realidad son personajes de ficción: uno es un vampiro, y otro, un mutante capaz de lanzar estiletes por los nudillos.

De hecho, excepto Will Smith y Justin Baxendale (el veterano guaperas que acaba de llegar procedente del Trinity y del que ya están enamoradas un montón de chicas en el Albert Einstein), todos los tíos que he puesto en la lista son ficticios. Por lo visto, el hecho de que no fuese capaz de mencionar a un chico con el que realmente tuviese la esperanza de llegar a compartir una relación seria (o que al menos viviese en la tercera dimensión) es indicio de algo.

Por supuesto, no es indicio del hecho de que el chico que de verdad me gusta estuviese en el aula en ese momento, sentado al lado de su nueva novia, y que por eso no pudiese mencionarlo.



Ah, no. Nadie pensó en eso.

No, la ausencia de nombres factibles en mi lista, al parecer, era indicio de que mis expectativas no son nada realistas en lo que se refiere a los hombres, y una prueba más de mi incapacidad para comprometerme.

Lilly dice que si no bajo un poco mis expectativas, estoy abocada a una vida amorosa insatisfactoria.

Como si en algún momento hubiese esperado otra cosa, viendo cómo va todo...

Kenny acaba de pasarme esta nota:

Mia:

Siento lo que ha pasado hoy en el pasillo. Ahora me doy cuenta de que te he hecho pasar vergüenza. A veces olvido que, aunque eres una princesa, sigues siendo bastante introvertida. Te prometo que nunca volveré a hacer algo así. ¿Puedo recompensarte invitándote a comer en el Big Won el jueves?

Kenny

Le dije que sí, por supuesto. No solo porque me encantan las empanadillas vegetales hervidas del Big Wong y además no quiero que la gente crea que me da miedo el compromiso. Ni siquiera le dije que sí porque sospeche que, después de las empanadillas y del té, Kenny me pedirá al fin que vaya con él al Baile Aconfesional de Invierno.

Le dije que sí porque, a pesar de todo, aprecio mucho a Kenny y no quiero herir sus sentimientos. Y habría hecho lo mismo aunque no fuese una princesa y no tuviese que hacer siempre lo correcto.

DEBERES

Álgebra: revisar las preguntas del final de los capítulos 4-7. Lengua: trabajo trimestral.

Civ. del Mundo: revisar las preguntas del final de los capítulos 5-9.

G y T: nada.

Francés: revisar las preguntas del final de los capítulos 4-6.

Biología: revisar las preguntas del final de los capítulos 6-8.



Martes, 9 de diciembre, 16.00 h, en la limusina camino del Plaza

La siguiente conversación ha tenido lugar esta tarde, después de la clase de repaso de Álgebra:

Sr. G.: ¿Va todo bien, Mia?

Yo: (*Sorprendida.*) Sí. ¿Por qué no iba a ir todo bien?

Sr. G.: Bueno, es solo que he visto que has entendido a la primera la multiplicación de binomios, pero que en el control sorpresa has hecho mal los cinco ejercicios.

Yo: Supongo que tengo muchas cosas en la cabeza.

Sr. G.: ¿El viaje a Genovia?

Yo: Sí, eso y... otras cosas.

Sr. G.: Bueno, si quieres hablar de... hum... las otras cosas, ya sabes que siempre estoy ahí. Y también tu madre. Sé que podemos parecer preocupados por el bebé que está de camino y eso, pero tú siempre encabezas nuestra lista de prioridades. Lo sabes, ¿verdad?

Yo: (*Mortificada.*) Sí, pero todo va bien. De verdad.

Gracias a Dios que no sabe lo de mi nariz.

Y, vamos, ¿qué otra cosa podría haber dicho? ¿«Señor Gianini, mi novio es un caso perdido, pero no puedo romper con él porque los exámenes finales están a la vuelta de la esquina, y además estoy enamorada del hermano de mi mejor amiga»?

Dudo seriamente que hubiese podido darme ningún consejo sensato al respecto.



Martes, 9 de diciembre, 19.00 h

No doy crédito. Estoy en casa antes de que empiece *Los vigilantes de la playa* por primera vez en... creo que meses. Seguro que pasa algo con Grandmère. Aunque durante la lección de hoy parecía bastante normal. Tratándose de ella, quiero decir. Salvo que me ha interrumpido a medio ensayo de la jura de bandera de Genovia (que he memorizado, claro está, para cuando visite las escuelas de Genovia. No quiero quedar como una idiota delante de un montón de niños de cinco años por no sabérmelo) para preguntarme qué había decidido hacer con Kenny.

Resulta algo gracioso que se interese por mi vida personal, dado que jamás lo había hecho. Bueno, en cualquier caso, no demasiado.

Y después no dejó de comentar lo ingenioso que había sido Kenny enviándome esas cartas de amor anónimas en octubre, las que yo creía (vale, muy bien, las que yo esperaba, no creía) que había escrito Michael.

Le solté:

— ¿Qué hay de ingenioso en eso?

A lo que Grandmère se limitó a contestar:

— Bien, ahora eres su novia, ¿no?

Algo en lo que en realidad no me había parado a pensar, pero supongo que tiene razón.

En fin, el caso es que mi madre se ha sorprendido tanto de verme llegar a casa tan temprano que me ha dejado elegir la comida que íbamos a pedir por teléfono (pizza margarita para mí; a ella le he dejado escoger los rigatoni a la boloñesa, aunque seguro que las salchichas de la salsa están saturadas de nitratos que podrían perjudicar el desarrollo del feto). Aun así, ha sido una especie de ocasión especial, por estar yo en casa a la hora de la cena, para variar. Incluso el señor Gianini se ha puesto eufórico y ha pedido algo con champiñones.

Estoy encantada de haber llegado tan pronto a casa, porque no imaginas todo lo que tengo que estudiar; además, debería empezar el trabajo trimestral y después pensar en los regalos de Navidad y Januká, por no hablar del discurso de agradecimiento que tengo que escribir para pronunciar ante el pueblo de Genovia en



la presentación televisada (en Genovia, en cualquier caso) al país que un día gobernaré.

¡Será mejor que me ponga ya mismo manos a la obra!



Martes, 9 de diciembre, 19.30 h

Vale. Resulta que estaba dándome un pequeño respiro del estudio cuando de pronto caí en la cuenta de algo: uno puede aprender muchísimo viendo *Los vigilantes de la playa*. En serio.

He elaborado esta lista:

COSAS QUE HE APRENDIDO VIENDO

LOS VIGILANTES DE LA PLAYA

1. Si estás paralizado de cintura para abajo, solo tienes que ver a un niño agredido por un asesino para poder ponerte en pie y salvarle.
2. Si sufres bulimia, es probable que el motivo sea que dos hombres te aman a la vez. Sencillamente, diles a ambos que solo quieres su amistad y te librarás de inmediato de la bulimia.
3. Siempre es fácil encontrar aparcamiento junto a la playa.
4. Los socorristas se ponen una camisa cuando se van de la playa. Los socorristas no se molestan en ponerse nada.
5. Si conoces a una chica hermosa pero atormentada, probablemente será traficante de diamantes o bien tendrá un trastorno de personalidad múltiple. No aceptes su invitación para cenar.
6. Es muy difícil vencer a puñetazos a Dick van Patten, aunque sea tan mayor.
7. Si está muriendo gente de forma misteriosa en el agua, es posible que la causa sea una anguila eléctrica que se ha escapado de un acuario cercano.
8. Las chicas que se estén planteando abandonar a su bebé, deberían sencillamente dejarlo en la playa. Lo más probable es que un amable socorrista se lo lleve a casa, lo adopte y lo eduque como si fuese su hijo.
9. Es muy fácil nadar más deprisa que un tiburón y librarse de él.
10. Las focas salvajes se transforman con suma facilidad en animales de compañía adorables.



Martes, 9 de diciembre, 20.30 h

Acabo de recibir un correo electrónico de Lilly. En realidad, no soy la única que lo ha recibido. Se las ha apañado para averiguar el modo de enviar un mensaje masivo a todos los alumnos del instituto.

Bueno, supongo que no debería sorprenderme. Lilly es un genio. Sin embargo, es evidente que se le ha atrofiado el cerebro de tanto estudiar, porque mira lo que ha escrito:

¡ATENCIÓN! AVISO A TODOS LOS ALUMNOS DEL
INSTITUTO ALBERT EINSTEIN!

¿Agobiado por el exceso de exámenes, trabajos trimestrales y proyectos finales? ¡No aceptes pasivamente el volumen opresivo de trabajo que nos impone la tiránica administración! Se ha programado una huelga pacífica para mañana a las diez en punto de la mañana. Únete a tus compañeros y juntos hagamos saber a nuestros profesores cómo nos hacen sentir la inflexible programación de exámenes, la censura represiva y el hecho de disponer de un único día libre para preparar los exámenes finales. Abandonad los bolígrafos, abandonad los libros y acudid a la calle Setenta y cinco Este, entre Madison y Park (a ser posible, salid por las puertas situadas junto a las oficinas principales de administración) para participar en la concentración contra la directora Gupta y los demás miembros del consejo de administración. ¡Haz oír tu voz!

Estoy segura: mañana a las diez de la mañana no voy a poder hacer huelga. Estaré a media clase de Álgebra. Heriré terriblemente los sentimientos del señor Gianini si me levanto y me marchó.

Pero si digo que no pienso participar en la concentración, Lilly se pondrá furiosa.



Pero si participo, mi padre me matará. Por no hablar de mamá. Me refiero a que es probable que nos suspendan a todos o algo así. O que nos atropelle un camión de reparto. Circulan muchos por la calle Setenta y cinco a esas horas.

¿Por qué? ¿Por qué tengo yo que cargar con una amiga del alma que es, está claro, una sociópata?



Martes, 9 de diciembre, 20.45 h

Acabo de recibir un mensaje instantáneo de Michael. Dice lo siguiente:

CRACKING: ¿Has recibido el mensaje de mi hermana?

Le he contestado de inmediato:

FTLOUIE: Sí.

CRACKING: No pensarás apuntarte a su estúpida huelga, ¿verdad?

FTLOUIE: Sí, claro. Apenas se enfadará si no voy.

CRACKING: No tienes por qué hacer todo lo que dice, ¿sabes, Mia? Ya te has enfrentado a ella antes. ¿Por qué no ahora?

Hum... porque ya tengo bastantes preocupaciones en estos momentos; por ejemplo, los exámenes finales, el inminente viaje a Genovia y... ¡ah, sí!, el hecho de que te amo. Como para añadir a la lista una pelea con mi mejor amiga. Pero esto no se lo he dicho, claro.

FTLOUIE: Creo que el camino más llano suele ser el más seguro en lo que a tu hermana se refiere.

CRACKING: Pues yo no voy a apuntarme. A la huelga, quiero decir.

FTLOUIE: Es diferente. Tú eres su hermano. Ella tiene que seguir hablándote. Vivís juntos.



CRACKING: No por mucho tiempo, gracias a Dios.

Ah, claro. Pronto se irá a la universidad. Vale, no demasiado lejos, pero de todos modos. A unos cuantos cientos de manzanas de aquí.

FTLOUIE: Es verdad. Te han aceptado en Columbia. Tu primera opción. Aún no te he felicitado, así que: felicidades.

CRACKING: Gracias.

FTLOUIE: Debes de estar contento por saber que al menos ya pronto tendrás a una persona allí. A Judith Gershner, me refiero.

CRACKING: Sí, supongo que sí. Oye, todavía estarás por aquí para la Feria de Invierno, ¿verdad? Quiero decir que no te irás a Genovia antes del día 19, ¿no?

Lo único que he podido pensar es: «¿Por qué me pregunta esto? Es imposible que vaya a invitarme al baile. Debe de saber que voy a ir con Kenny. Bueno, si es que Kenny se decide a pedirme que vaya con él, claro. Además, tampoco es, que Michael esté libre. ¿No va a ir con Judith? ¿Y bien? ¿NO VA A IR CON JUDITH?».

FTLOUIE: Me iré a Genovia el 20.

CRACKING: Ah, qué bien, porque realmente deberías pasar por el stand del Club de Informática en la feria y echarle un vistazo al programa en el que he estado trabajando. Creo que te gustará.

Debería haberlo sabido: Michael no va a invitarme a ningún baile. En cualquier caso, no va a hacerlo en esta vida. Debería haber sabido que solo se trataba de su estúpido programa informático. ¿A quién le importa? Supongo que una serie de descerebrados vestidos de militar me irán saliendo al paso y yo tendré que dispararles, o algo así. Estoy segura de que ha sido idea de Judith.

Quería escribirle: «¿Tienes la menor idea de lo que estoy pasando? ¿De que la única persona con la que me imagino comprometida por el resto de la eternidad eres TÚ? ¿¿¿Todavía no lo SABES???».

Pero en lugar de eso, he escrito:



FTLOUIE: Estoy impaciente. Bueno, tengo que irme. Adiós.

A veces me odio profundamente.



Miércoles, 10 de diciembre, 3.00 h de la madrugada

No vas a creerlo. Algo que dijo Grandmère me está impidiendo dormir.

En serio. Me había dormido como un tronco (bueno, todo lo dormida que se puede estar con un gato de doce kilos encima de la barriga y ronroneando) cuando, de pronto, me he despertado con una frase, totalmente aleatoria, rondándome la cabeza: «Bueno, ahora tú eres su novia, ¿no?».

Eso es lo que Grandmère dijo cuando le pregunté qué tenía de ingenioso que Kenny me hubiese enviado todas aquellas cartas de amor anónimas.

¿Y sabes qué?

TIENE RAZÓN.

Me resulta de lo más extraño admitir que Grandmère pueda tener razón en algo, pero creo que esta vez es así. Las cartas de amor anónimas de Kenny funcionaron. Es decir, ahora soy su novia.

Entonces, ¿qué me impide escribir cartas de amor anónimas al chico que me gusta? En serio, ¿qué me lo impide... aparte del hecho de que ya tengo novio y de que el chico que me gusta ya tiene novia?

Creo que es un plan digno y que podría surtir efecto. Aún hay que perfeccionarlo, claro está, pero ¡eh!, los momentos desesperados requieren medidas desesperadas. O algo así... Demasiado sueño para idear ningún plan ahora...



Miércoles, 10 de diciembre, aula

Vale, me he pasado toda la noche despierta pensando y estoy bastante segura de que ya he dado con el plan ideal. Incluso mientras estoy aquí sentada, mi plan empieza ya a ponerse en marcha gracias a Tina Hakim Baba y una parada en el Ho's Deli antes de clase.

En realidad, Ho no tenía lo que quería. Quería una tarjeta con el interior en blanco y una ilustración en la parte frontal que fuera sofisticada, pero no demasiado atrevida. Sin embargo, las únicas tarjetas en blanco que tenía Ho (las que no estaban repletas de fotografías de mininos) eran las de las fotos de fruta bañada en salsa de chocolate.

Intenté escoger entre las de frutas no fálicas, pero hasta la fresa que me quedé es algo más sexy de lo que buscaba. Yo no sé qué tiene de sexy la fruta cubierta de chocolate, pero Tina exclamó algo como: «Uaaau...» cuando la vio.

Aun así, accedió encantada a reproducir mi poema en el interior de la tarjeta, para que Michael no reconozca mi letra. A Tina le ha encantado mi poema, que se me ocurrió a las cinco de la mañana:

*Las rosas son rojas,
las margaritas son blancas.
Tal vez no lo sepas,
pero hay alguien que te ama.*

Vale, admito que no es la mejor de mis obras, pero era imposible crear algo mejor habiendo dormido solo tres horas.

Dudé un poco antes de decantarme por la Gran Palabra. Pensé que tal vez debería reemplazar el verbo «amar» por «gustar». No quiero que crea que alguien repulsivo le acecha y le acosa y todo eso.



Pero Tina dijo que «amar» es perfectamente adecuado, porque, según sus propias palabras: «Es lo que de verdad sientes, ¿no?».

Y, como es anónimo, supongo que tampoco importa que esté abriendo mi alma de par en par.

El caso es que Tina se acercará a la taquilla de Michael justo antes de la clase de Educación Física e introducirá en ella la tarjeta.

No puedo creer que me esté rebajando de esta manera. Pero, como papá bien me dijo una vez, «el mundo es de los audaces».



Miércoles, 10 de diciembre, aula

Lars acaba de puntualizar que no se puede decir que esté arriesgando nada, al ver que no he firmado la tarjeta y que incluso he llegado al extremo de que alguien escriba el poema por mí (Lars lo sabe todo, pues tuve que explicarle por qué teníamos que ir al Ho's Deli a las ocho y cuarto de la mañana). Me ayudó a escoger la tarjeta, pero habría preferido que su contribución a este peculiar proyecto acabara ahí. Siendo un hombre, la verdad, no creo que su aportación tenga ningún valor.

Además, ha estado casado como cuatro veces, así que dudo mucho que sepa nada de las relaciones románticas.

Y más aún: debería saber ya que no se nos permite hablar en clase.



Miércoles, 10 de diciembre, clase de Álgebra, 9.30 h

Acabo de ver a Lilly en el pasillo. Me ha susurrado: «¡No te olvides! ¡A las diez en punto! ¡No me defraudes!».

Bueno, pues la verdad es que me olvidé. ¡La huelga! ¡La estúpida huelga!

Y el pobre señor Gianini ahí, de pie, explicando el capítulo 5, sin sospechar nada. No es culpa suya que a la señorita Spears no le gustara el tema del trabajo trimestral de Lilly. Lilly no puede castigar de forma arbitraria a todos los profesores de la escuela por algo que hizo uno.

Ya son las 9.35 h. ¿Qué voy a hacer?



Miércoles, 10 de diciembre, clase de Álgebra, 9.45 h

Lana acaba de inclinarse hacia atrás y susurrar: «¿Vas a ir a la concentración con la gorda de tu amiga?».

¡Protesto, y mucho! Solo en una cultura tan decadente como la nuestra, en la que se erige a chicas como Christina Aguilera en modelos de belleza cuando es evidente que están sufriendo alguna clase de malnutrición (¿escorbuto?), podría considerarse gorda a Lilly. Porque Lilly no está gorda. Solo es redonda, como un cachorrito.

Odio esta sociedad.



Miércoles, 10 de diciembre, clase de Álgebra, 9.50 h

Faltan diez minutos para la huelga. No lo soporto. Me voy.



Miércoles, 10 de diciembre, 9.55 h

Vale. Estoy de pie en el pasillo, junto a la alarma antiincendios que está al lado de la fuente de la segunda planta. El señor Gianini me ha dado un pase para salir de clase. Le dije que tenía que ir al servicio. Lars está conmigo, claro. Ojalá dejara de reírse. Por lo visto, no capta la gravedad de la situación. Además, Justin Baxendale acaba de pasar con otro pase como el mío, y nos ha mirado de una forma muy extraña.

Y, ¡sí!, es probable que tenga un aspecto un poco raro aquí, en el pasillo con mi guardaespaldas, que en este instante está sufriendo un ataque de risa disimulada, pero, aun así, no tengo por qué ser la diana de las miradas extrañadas de Justin Baxendale.

Tiene las pestañas muy largas y oscuras, y además le dan un aire grisáceo a sus ojos...

¡OH, DIOS MÍO! ¡NO PUEDO CREER QUE ESTÉ ESCRIBIENDO SOBRE LAS PESTAÑAS DE JUSTIN BAXENDALE EN UN MOMENTO COMO ESTE!

Quiero decir que estoy en un verdadero aprieto.

Si no voy a la huelga con Lilly, perderé a mi mejor amiga.

Pero si voy a la huelga con todos, defraudaré profundamente a mi padrastro.

Así que solo tengo una opción.

Lars se acaba de ofrecer para hacerlo, pero no puedo permitirselo. No puedo permitir que asuma la responsabilidad si nos pillan. Yo soy la princesa. Tengo que hacerlo sola.

Le he dicho que se prepare para echar a correr. Esta es una de esas ocasiones en que ser tan alta va a resultar muy útil. Doy zancadas muy largas.

Vale, allá vamos.



Miércoles, 10 de diciembre, 10.00 h, calle Setenta y cinco Este, debajo de unos andamios

No entiendo por qué está tan enfadada. Me refiero a que... sí, de acuerdo: que todo el mundo evacuó el edificio porque ha sonado la alarma antiincendios no es lo mismo que todo el mundo salga en protesta por las técnicas docentes represivas de algunos de los profesores.

El caso es que seguimos todos de pie, en mitad de la calle, bajo la lluvia y sin chaqueta, porque no nos han dejado parar en las taquillas por temor a que todos feneciésemos abrasados en un incendio feroz, así que es muy probable que todos suframos una hipotermia y acabemos feneciendo de frío.

Eso es lo que ella quería, ¿no?

Pero no, ni siquiera puede alegrarse de eso.

«¡Alguien nos ha delatado! —grita una y otra vez—. ¡Alguien se ha ido de la lengua! ¿Por qué, si no, iban a programar un simulacro de incendio exactamente a la misma hora que mi huelga? Oídme bien: estos burócratas no se detendrán ante nada para impedirnos que hablemos en su contra. ¡Nada! Son capaces incluso de tenernos aquí congelados bajo la lluvia, confiando en que nuestros sistemas inmunitarios se debiliten y ya no tengamos fuerzas para enfrentarnos a ellos. Pues bien, ¡yo, al menos, me niego a resfriarme! ¡Me niego a someterme a sus mezquinos abusos!»

Le he sugerido a Lilly que dedique el trabajo trimestral a las sufragistas, porque ellas, como nosotras, tuvieron que soportar innumerables humillaciones en su lucha por la igualdad de derechos.

Lilly, sin embargo, me ha contestado que no sea tan frívola.

¡Ay, Señor! Qué difícil es ser la mejor amiga de un genio.



Miércoles, 10 de diciembre, hora de G y T

¡¡¡Todavía no sé si Michael ha visto la tarjeta o no!!!

Peor aún: la estúpida de Judith Gershner está aquí OTRA VEZ. ¿Por qué no podrá quedarse en su aula? ¿Por qué se pasa el día merodeando por la nuestra? Todos nos llevábamos muy bien hasta que apareció ella.

Mi vida es lamentable.

He considerado la posibilidad de cruzar el pasillo en dirección a la sala de profesores y preguntar a la señorita Hill cualquier cosa (como, por ejemplo, por qué hizo que los bedeles quitaran la puerta del armario del material para que no pudiéramos seguir encerrando a Boris dentro) con la esperanza de que viniese a echar un vistazo al aula y viese que hay una chica que no debería estar aquí.

Pero me han faltado agallas, por Michael. Me refiero a que es evidente que Michael quiere que ella esté aquí, porque, si no fuera así, le habría dicho que se marchara.

¿¿¿¿¿NO??????

En fin. Con Michael tan ocupado y eso con la señorita Gershner, supongo que voy a tener que repasar Álgebra yo sola.

No pasa nada. No pasa nada de nada. Soy perfectamente capaz de estudiar sola. Mira:

A, B, C = división inconexa de un conjunto universal Grupo de subconjuntos no vacíos de U que son pares e inconexos y cuya suma es igual al conjunto de U.

Lo entiendo. Entiendo perfectamente lo que significa.

¿Quién necesita la ayuda de Michael? Yo no. Me encanta el grupo de subconjuntos no vacíos. ME ENCANTA.



*Oh, Michael, mi corazón
has logrado convertir
en una inconexa división.*

*¿Acaso nunca verás
que hemos nacido para ser
un conjunto universal?*

*Aunque te parezca un lío,
has transformado mi alma
en subconjuntos no vacíos.*

*No puedo ni quiero creer
que una división par
nuestro amor vaya a ser,*

*en lugar de una unión:
igual al conjunto
de tú y yo.*



Miércoles, 10 de diciembre, clase de Francés

¿Quieres saber otra cosa en la que acabo de caer? Que si esto funciona (ya sabes, si consigo alejar a Michael de Judith Gershner, si rompo con Kenny y si acabo, ya sabes, en una situación potencialmente romántica con el hermano de Lilly), no sabré qué hacer.

En serio. Pongamos los besos, por ejemplo. Solo he besado a una persona antes: Kenny. No puedo creer que lo que Kenny y yo hicimos abarque toda la experiencia del besarse, porque la verdad es que no fue tan divertido como la gente que sale en la tele pretende hacer creer.

Es un pensamiento muy perturbador, y me ha llevado a una conclusión igualmente perturbadora: sé muy poco de besos.

De hecho, me parece que si tengo intención de llegar a besarme con alguien, debería buscar consejo antes. Me refiero a un experto en la materia. Por lo cual estoy consultando a Tina Hakim Baba. Puede que no le permitan venir maquillada al instituto, pero lleva besándose con Dave Farouq el-Abar (que va al Trinity) cerca de tres meses ya, y disfrutándolo, así que la considero una experta en la materia.

Incluyo a continuación los resultados de este documento altamente científico para futuras consultas.

Tina:

Necesito información sobre besos. ¿Serías tan amable de responder a cada una de las siguientes preguntas CON TODO LUJO DE DETALLES? Ah, ¡¡¡y NO le enseñes esto a nadie!!! ¡¡¡NO pierdas este papel!!!

Mia

1. *¿Puede saber un chico que la persona con la que está tiene o no experiencia? ¿Cómo besa alguien sin experiencia (para no hacerlo yo, claro)?*

El chico podría percibir cierto nerviosismo en ti, o quizá cierta incomodidad, pero todo el mundo se pone nervioso cuando está a punto de besar a alguien por primera



vez. ¡Es natural! Sin embargo, es muy fácil aprender a besar, ¡créeme! Alguien sin experiencia podría separarse demasiado deprisa por miedo o algo así, pero también eso es normal. TIENE QUE resultar extraño. Eso es lo que hace que sea divertido.

2. *¿Existe en verdad el gran besador? En tal caso, ¿qué requisitos cumple? (Para saber qué tengo que practicar.)*

Sí, existe el gran besador. Un gran besador siempre es afectuoso y amable, y paciente y nada exigente.

3. *¿Cuánta presión se ejerce con los labios? Es decir, ¿hay que empujar o, como al estrechar la mano, basta con mantenerse firme? ¿O quizá no haces nada y esperas a que él lo haga todo?*

Si quieres un beso tierno (cariñoso), no ejerzas demasiada presión (tampoco si el otro lleva un corrector dental, no es plan de causar ningún desgarro). Si das un beso «duro» (con excesiva presión), el otro podría creer que estás desesperada o que quieres llegar más lejos de lo que en realidad quieres.

Obviamente, no tienes que quedarte pasiva y dejar que él lo haga todo: ¡devuélvele el beso! Pero bésale siempre de la forma en que TÚ quieres que te besen a ti. Así es como aprenden los chicos. Si no les enseñáramos a hacerlo todo, ¡nunca iríamos a ninguna parte!

4. *¿Cuándo sabes que ha llegado el momento de parar?*

Para cuando él pare, o cuando sientas que ya has tenido suficiente o que no quieres llegar más lejos. Muy suavemente (para no asustarlo), retira hacia atrás la cabeza o, si el momento es propicio, transforma el beso en un abrazo, y después retócate.

5. *Si estás enamorada de él, ¿sigue siendo desagradable?*

¡Pues claro que no! ¡Besarse nunca es desagradable! Bueno, vale, supongo que quizá podría serlo con Kenny. Siempre es preferible besarse con alguien que te gusta de verdad.

Por supuesto, incluso con alguien que te gusta de verdad, a veces los besos pueden resultar desagradables.

Una vez Dave me dio un lametón en la barbilla y le grité que se alejara de mí. Pero creo que fue accidental (el lametón).



6. *Si él está enamorado, ¿de verdad le importará que beses mal? (Define a un mal besador. Véase más arriba.)*

Si le gustas o te ama, no le importará que beses bien o mal. De hecho, aunque beses mal, probablemente opinará que besas bien. Y al contrario. Deberías gustarle por lo que eres, no por cómo besas.

DEFINICIÓN DE MAL BESADOR: Un mal besador es aquel que te deja toda la cara mojada, te babosea, introduce la lengua en tu boca cuando tú aún no estás preparada, le huele el aliento, O QUIZÁ tiene la lengua seca y rasposa como un cactus, aunque yo nunca he conocido a ninguno; solo he oído hablar de ellos.

7. *¿Cuándo sabes que ha llegado el momento de abrir la boca (de convertir el beso en un beso con lengua)?*

Probablemente notarás que su lengua tantea tus labios. Si quieres seguir adelante, abre un poco la boca. Si no, mantenla cerrada.

Y mañana... Capítulo 2: ¡¡¡«Cómo besar con lengua»!!!

DEBERES

Álgebra: repasar preguntas del final de los capítulos 8-10.

Lengua: diario, Los libros que he leído.

Civ. del Mundo: repasar preguntas del final de los capítulos 10-12.

G y T: nada.

Francés: repasar preguntas del final de los capítulos 7-9.

Biología: repasar preguntas del final de los capítulos 9-12.



Miércoles 10 de diciembre, 21.00 h, en la limusina, camino de casa después de ver a Grandmère

Estoy tan cansada que apenas puedo escribir. Grandmère me ha hecho probarme hasta el último vestido del salón de Sebastiano. No creerías la cantidad de vestidos que me he puesto hoy: cortos, largos, rectos, con vuelo, blancos, rosa, azules, e incluso uno de color verde lima (el cual, según Sebastiano, ha resaltado el «col» de mis mejillas).

La finalidad de toda esta actividad probadora era escoger uno para Nochebuena, el que me pondré en mi primer discurso oficial televisado al pueblo de Genovia. Debo tener un aire regio, pero no demasiado regio. Debo estar hermosa, pero no demasiado hermosa. Sofisticada, pero no demasiado sofisticada.

Te prometo que ha sido una auténtica pesadilla: mujeres de mejillas hundidas y vestidas de blanco (el nuevo negro) subiendo y bajando cremalleras, abrochando y desabrochando botones, poniéndome y quitándome vestidos... Ahora ya sé cómo deben de sentirse todas esas supermodelos. No me extraña que consuman tantas drogas.

De hecho, ha sido más bien difícil escoger el vestido para mi primer gran acontecimiento televisado, porque, para mi sorpresa, Sebastiano ha resultado ser un diseñador bastante bueno. Había varios vestidos que ciertamente no me importaría tener en el armario...

Glups. Se me ha ido la lengua. Sin embargo, me pregunto si lo que en realidad pretende Sebastiano no es matarme. Parece que le gusta lo de ser diseñador de moda, algo a lo que no podría dedicarse si fuera príncipe de Genovia: estaría demasiado ocupado redactando proyectos de ley y cosas por el estilo.

Aun así, es evidente que le encantaría llevar una corona. Claro que tampoco es que, como soberano de Genovia, fuera a tener que hacerlo. Nunca he visto a mi padre con corona. Solo con traje. Y con pantalones cortos cuando juega al frontenis con otros líderes mundiales.

Hum..., me pregunto si tendré que aprender a jugar al frontenis.



Pero si Sebastiano se convirtiese en príncipe de Genovia, seguro que llevaría corona a todas horas. Me ha dicho que nada hace refulgir las chispas en los ojos de alguien como los diamantes con forma de pera. Prefiere los de Tiffany's. O, como él dice, «los de Tiff».

Como ya estábamos cogiéndonos confianza y eso, le he hablado a Sebastiano del Baile Aconfesional de Invierno y le he dicho que no tengo nada que ponerme. Sebastiano pareció decepcionado al saber que no me pondré una diadema para asistir al baile, pero se repuso enseguida y empezó a hacerme un sinfín de preguntas sobre el evento, como por ejemplo «¿Con quién asistirás?» y «¿Cómo es él?» y cosas por el estilo.

No sé por qué ha ocurrido, pero me he sorprendido explicándole a Sebastiano toda mi vida sentimental. Ha sido tan raro... No quería hacerlo, pero fue brotando de mi boca como un torrente. Gracias a Dios que Grandmère no estaba allí. Había ido a buscar más cigarrillos y a pedir que le sirvieran otro Sidecar.

Le he contado a Sebastiano todo sobre Kenny, que me quiere pero a quien yo no quiero, y que en realidad a mí me gusta otro, pero que ese otro ni siquiera sabe que estoy viva.

Y resulta que Sebastiano sabe escuchar. No sé cuánto entendió —si es que entendió algo— de lo que le expliqué, pero no apartó la mirada de mi reflejo mientras yo hablaba, y, cuando acabé, él me miró de arriba abajo en el espejo y dijo:

—Ese chico que te gusta, ¿cómo sabes que tú no gustas a él?

—Porque... —contesté— a él le gusta otra chica.

Sebastiano hizo un gesto de impaciencia con las manos. El gesto resultó aún más dramático por los volantes de encaje que llevaba en las mangas.

—No, no, no, no, no —repuso—. Te ayuda con el Al. Tú gustas a él, o no haría eso. ¿Por qué hace eso, si no gustas a él?

Interpreté «Te ayuda con el Al» como «Te ayuda con los deberes de Álgebra». Pensé un minuto sobre por qué Michael se había mostrado siempre tan dispuesto a hacerlo. A ayudarme con los deberes de Álgebra, quiero decir. Supongo que la razón es solo que soy la mejor amiga de su hermana, y que él no es la clase de persona capaz de quedarse sentado viendo que la mejor amiga de su hermana catea y acaba expulsada del instituto sin al menos, ya sabes, intentar hacer algo para remediarlo.

Pensaba en esto y no pude evitar recordar cómo las rodillas de Michael a veces rozan las mías por debajo de los pupitres mientras me habla de las integrales. O cómo otras veces se inclina sobre mí y se me acerca tanto para corregir algo que he escrito mal que alcanzo a oler el aroma agradable y limpio de su jabón. O cómo en ciertas ocasiones (cuando imito a Lana Weinberger, por ejemplo), echa la cabeza atrás y se troncha de risa.



Los labios de Michael son todavía más bonitos cuando sonrío.

—Díselo a Sebastiano —me insistió Sebastiano—. Dile a Sebastiano por qué ese chico te ayuda, si tú no gustas a él.

Suspiré.

—Porque soy la mejor amiga de su hermana pequeña —contesté apesadumbrada. En serio, ¿podría haber algo más humillante? Me refiero a que es evidente que a Michael nunca le han impresionado mi agudo intelecto ni mi deslumbrante físico, dado mi promedio de notas y, por supuesto, mi gigantismo.

Sebastiano me tiró de una manga y dijo:

—No preocupes. Yo hago un vestido para baile. Ese chico no pensar en ti como mejor amiga de hermana pequeña.

Sí. Ya. Claro. ¿Por qué tienen que ser tan raritos todos mis parientes?

El caso es que ha elegido lo que voy a llevar en mi presentación oficial retransmitida por la televisión nacional de Genovia: llevaré el de tafetán con la falda enorme de vuelo y la banda azul celeste (los colores reales son el azul y el blanco). De todos modos, Sebastiano ha hecho que uno de sus ayudantes me hiciese fotos con todos los vestidos, para que yo viera cómo me quedaban y eligiese uno. Me parece algo bastante profesional para un tipo que se refiere al desayuno como «desa».

Pero no es de nada de esto de lo que quería escribir. Estoy tan cansada que apenas sé lo que hago. De lo que quería escribir era de lo que ha pasado hoy después del repaso de Álgebra.

Y es que el señor Gianini, cuando todos se habían marchado ya y solo quedaba yo, me soltó: «Mia, he oído el rumor de que se había programado para hoy una especie de huelga de alumnos. ¿Sabías algo?».

Yo: (*Petrificada.*) Hum... no.

Señor G.: Ah. Entonces no sabrás si alguien, quizá como protesta a la protesta, activó la alarma antiincendios de la segunda planta, la que está al lado de la fuente...

Yo: (*Deseando que Lars dejara de toser deforma insinuante.*) Hum... no.

Señor G.: Ya me parecía a mí, porque tú ya sabes que el castigo por activar la alarma antiincendios sin que en realidad haya el menor indicio de incendio es la expulsión...

Yo: Oh, sí. Lo sé.

Señor G.: Creía que tal vez habrías visto a quien lo hizo, pues creo que te di un pase para ausentarte de clase poco antes de que se disparara la alarma.



Yo: Oh, no. No vi a nadie.

Excepto a Justin Baxendale y sus pestañas grisáceas. Pero eso no se lo dije.

Señor G.: Eso creía yo. Bueno, si te enteras de quién lo hizo, por favor, dile de mi parte que no vuelva a hacerlo nunca.

Yo: Hum... vale.

Señor G.: Y también dale las gracias de mi parte. Lo último que necesitamos ahora mismo, con la tensión de los exámenes finales, es una huelga de alumnos. (*El señor Gianini cogió entonces la maleta y la chaqueta.*) Te veré en casa.

Y me guiñó un ojo. ME GUIÑÓ UN OJO, como si supiese que era yo quien lo había hecho. Pero no puede saberlo. Quiero decir que no sabe lo de mi nariz (que se me ensanchó como nunca, ¡¡¡lo estaba notando!!!), ¿verdad?, ¿¿¿verdad???



Martes, 11 de diciembre, aula.

Lilly va a volverme loca.

En serio. Como si no tuviera ya suficientes preocupaciones entre los exámenes finales y la presentación a Genovia y mi vida sentimental y todo lo demás. Encima tengo que oír a Lilly quejarse de que la administración del Albert Einstein le tiene ojeriza. Esta mañana se ha pasado todo el trayecto hasta el instituto con la tabarra de que todo es un complot para acallarla porque en una ocasión se quejó de la máquina de refrescos que hay junto a la puerta del gimnasio. Por lo visto, en opinión de Lilly, la máquina de refrescos es un indicativo de los esfuerzos de la administración para convertirnos a todos en bebedores tontos e insensatos, en clones sin personalidad.

Si quieres saber mi opinión, esto no tiene nada que ver con los refrescos ni con las tentativas de la administración del instituto por convertirnos en personas tontas e insensatas: es solo que Lilly sigue furiosa por no poder presentar como trabajo trimestral el capítulo del libro que está escribiendo sobre la experiencia en el instituto.

Le he recordado a Lilly que si no propone un tema nuevo, va a suspender el semestre. Sumando ese suspenso a los sobresalientes que ha sacado en las últimas nueve semanas, tendrá como nota media un triste bien, lo cual reducirá significativamente su promedio general y pondrá en peligro sus posibilidades de acceder a Berkeley, su primera opción.

Ni siquiera me escuchó. Dice que ha programado una reunión con un grupo nuevo (del cual es presidenta): Alumnos Contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein (ACCIAE), a la que tengo que asistir porque soy la secretaria.

No me preguntes cómo ha ocurrido. Lilly dice que, de todos modos, siempre lo anoto todo y que por eso no debería suponer ningún problema para mí.

Ojalá hubiera estado presente Michael para defenderme de su hermana, pero, como lleva haciendo toda la semana, había ido en metro al instituto, muy temprano, para trabajar en su proyecto para la Feria de Invierno.



No me cabe la menor duda de que Judith Gershner también se ha presentado antes de hora en el instituto esta semana.

Y, hablando del rey de Roma: ya he escogido la postal de esta semana. La compré ayer en la tienda de souvenirs del Plaza, de camino al salón de Sebastiano. Es mucho mejor que la estúpida fresa. Esta lleva la fotografía de una elegante joven llevándose un dedo a los labios. Dentro pone: «Chissst».

Y, debajo, voy a pedir a Tina que escriba:

*Las rosas son rojas,
y las cerezas, carmesí.
Ella sabrá clonar moscas,
pero yo te prefiero a ti.*

Lo que quiero decir es que me gusta más de lo que le gusta a Judith Gershner, pero no estoy segura de que el mensaje del poema quede claro. Tina dice que sí, pero cree que debería haber empleado el verbo «amar» en lugar de «preferir», así que no sé si su opinión tiene algún valor. Este poema pide más afecto y cariño que amor.

Debería saberlo. Escribo bastantes.

Poemas, quiero decir.

DIARIO DE LENGUA

Este semestre hemos leído varias novelas, entre ellas *Matar a un ruiseñor*, *Huckleberry Finn* y *La letra escarlata*. Anota en tu diario los sentimientos que han despertado en ti dichos libros, y los libros en general. ¿Cuáles han sido tus experiencias más significativas como lector? ¿Cuáles son tus libros favoritos? ¿Y el que menos te ha gustado?

Por favor, emplea verbos transitivos.

LIBROS QUE HE LEÍDO Y LO QUE HAN SIGNIFICADO PARA MÍ *por Mia Thermopolis*

Libros que me parecen buenos



1. *Tiburón*. Apuesto a que no sabías que en el libro Richard Dreyfuss y la mujer de Roy Scheider se acuestan, pues lo hacen.
2. *El guardián entre el centeno*. Buenísimo. Contiene montones de tacos.
3. *Matar a un ruiseñor*. Es un libro excelente. Deberían hacer la película, con Mel Gibson en el papel de Atticus, que al final debería cargarse a Ewell con un lanzallamas.
4. *Una arruga en el tiempo*. Aunque no llegamos a descubrir lo más importante: si Meg tiene pecho. Yo creo que sí, teniendo en cuenta el hecho de que ya llevaba gafas y corrector dental. Quiero decir que... todo eso ¿y encima plana? Dios no sería tan cruel.
5. *Emmanuelle*. El año pasado, mi mejor amiga y yo encontramos este libro coronando una papelería en la calle Tercera Este. Lo leímos por turnos en voz alta. Es muy, muy bueno. Mi madre nos pilló y nos lo quitó antes de que pudiéramos acabarlo.

*Libros que me parecen un bodrio**

1. *La letra escarlata*. ¿Sabes qué habría estado bien? Que hubiera habido una grieta en el continuo espacio—tiempo, y uno de esos terroristas a los que Bruce Willis se pasa el día persiguiendo en las películas de acción lanzara una bomba nuclear sobre la ciudad donde vivían Arthur Dimmesdale y todos esos fracasados y la hiciera volar por los aires. Es lo único que se me ocurre que podría hacer de este libro algo mínimamente interesante.
2. *Nuestra ciudad*. Vale, es una obra de teatro y no un libro, pero aun así nos la hicieron leer, y solo puedo decir que, en definitiva, cuando te mueres descubres que no le importabas a nadie y que estamos eternamente solos. ¡Vale! ¡Muchas gracias por hacérmelo saber! ¡Me siento mucho mejor!
3. *El molino a orillas del Floss*. No quiero desvelar nada, pero hacia la mitad del libro, justo cuando todo parece ir bien y se producen todos esos romances acalorados (bueno, no tanto como en *Emmanuelle*, así que no te hagas ilusiones), alguien muy importante en el argumento MUERE, lo cual, si quieres saber mi opinión, es un escaqueo del autor para poder cumplir con el plazo de entrega del libro.
4. *Ana, la de Tejas Verdes*. Todo un blablablá sobre la imaginación. Intenté imaginar persecuciones en coche o explosiones que hicieran que el libro fuese bueno, pero debo de ser como todas las amigas de Ana: sosa y sensiblera, porque no lo conseguí.
5. *La casa de la pradera*. La ñoña de la soñera. Tengo los noventa y siete mil libros, porque todo el mundo se empeñaba en regalármelos cuando era pequeña, y lo único que tengo que decir es que si Laura Ingalls hubiese vivido en Manhattan, la habrían enviado de una patada ya-sabes-dónde a la Avenida D.



* Señorita Spears: creo que el verbo «parecer» es transitivo en esta oración.



Jueves, 11 de diciembre, cuarta hora de clase

¡Hoy no tenemos gimnasia!

Hoy hay asamblea.

Y no es que vaya a celebrarse un acontecimiento deportivo que quieran que todos apoyemos, ¡no! Tampoco se trata de un encuentro de motivación. No había ninguna animadora a la vista. Bueno, vale, había animadoras a la vista, pero no llevaban el uniforme ni nada. Estaban sentadas en las tribunas, con todos los demás. Bueno, no exactamente con todos los demás, puesto que ocupaban los mejores asientos, los del centro, empujándose para ver quién conseguía sentarse al lado de Justin Baxendale, que, por lo visto, ha desbancado a Josh Richter como chico más atractivo del instituto. En fin.

No. Por lo visto, en el instituto Albert Einstein se ha producido una falta disciplinaria grave. Un acto de vandalismo aleatorio que ha zarandeado la fe que nos profesaba la administración. Ese ha sido el motivo por el que nos han convocado a una asamblea, para poder transmitirnos mejor sus sentimientos de (como acaba de susurrarme Lilly al oído) desilusión y traición.

¿Y cuál ha sido ese acto que ha enfurecido de tal modo a la directora Gupta y sus acólitos?

Pues que alguien activara ayer la alarma antiincendios. Eso ha sido.

Glups.

Tengo que decir que nunca antes había hecho nada malo de verdad (bueno, hace un par de meses tiré una berenjena desde un piso de la planta decimosexta, pero no hice daño a nadie ni nada), aunque reconozco que todo esto tiene algo de emocionante. Claro que nunca haría nada demasiado malo, nada que, por ejemplo, pudiese herir a alguien.

Sin embargo, tengo que confesar que resulta tremendamente gratificante ver a toda esta gente acercándose al micrófono y censurando mi conducta.

Claro que es probable que no me sintiera tan bien si me hubiesen pillado.



Mientras escribo esto, se me insta a ponerme en pie y confesar que fui yo. Por lo visto, la culpa por mi mala acción me va a perseguir hasta que tenga veintitantos, o quizá incluso más.

Muy bien. ¿Quieres que te diga cuánto NO voy a pensar en el instituto cuando tenga veintitantos? Para entonces, estaré demasiado ocupada salvando ballenas con Greenpeace para preocuparme por una estúpida alarma antiincendios que activé en el instituto.

La administración está ofreciendo una recompensa a cambio de cualquier información que ayude a conocer la identidad de quien ha perpetrado el atroz delito. ¡Una recompensa! ¿Sabes en qué consiste la recompensa? Pues en una entrada gratis para el cine Sony Imax. ¡Eso es lo que valgo! ¡Una entrada de cine!

La única persona que podría delatarme ni siquiera está prestando atención a la asamblea. Veo que Justin Baxendale ha sacado una Gameboy y que está jugando con el sonido desconectado, mientras que Lana y sus compinches animadoras miran por encima de sus anchos hombros, probablemente jadeando de tal manera que incluso empañan la pantalla.

Supongo que Justin aún no ha atado cabos. Me refiero al hecho de haberme visto en el pasillo justo antes de que saltara la alarma. Con un poco de suerte, no llegará a hacerlo.

Sin embargo, el señor Gianini... Eso es otra historia. Le veo desde aquí, hablando con la señorita Hill. Es obvio que no le ha dicho a nadie que sospecha de mí.

Quizá no sospecha de mí. Quizá cree que lo hizo Lilly y que yo lo sé. Podría ser. Estoy segura de que Lilly desearía haberlo hecho, porque sigue mascullando que, cuando descubra quién lo hizo, le matará, etcétera, etcétera.

Tiene envidia, por supuesto. Porque ahora parece una proclama política, en lugar de lo que en realidad era: un modo de impedir una proclama política.

La directora Gupta nos mira con mucha severidad. Dice que es normal querer descargar un poco de tensión antes de los exámenes finales, pero que confía en que optemos por medios positivos de hacerlo, como la campaña que está llevando a cabo el Club Social de la Comunidad con la finalidad de recaudar fondos para los damnificados de la tormenta tropical Fred, que el pasado noviembre inundó varios suburbios del extrarradio de Nueva Jersey.

¡Ja! Como si contribuyendo a una campaña de recaudación de fondos se pudiese sentir la misma emoción que cometiendo un acto de desobediencia civil totalmente aleatorio.



Lista de Lilly Moscovitz de las 10 mejores películas de todos los tiempos

(con comentarios de Mia Thermopolis)

Un gran amor: El iconoclasta del kick-boxing Lloyd Dobler, interpretado por John Cuándo-Va-a-Presentarse-a-Presidente-para-que-Tengamos-al-fin-a-Alguien-Guapo-en-el-Despacho-Oval Cusack, va detrás del cerebro de la clase (la solitaria Skye), quien pronto descubre lo que todas sabemos ya: Lloyd es la pareja con que todas soñamos. Él nos comprende. Él desea protegernos de los cristales rotos en el aparcamiento del local Seven Eleven. ¿Es preciso añadir algo? (Esta película también contiene una canción clásica: Joe Lies.)

Rebeldes temerarios: Rebelde de origen humilde (Aidan Quinn) va detrás de una animadora algo inocente pero honesta (Daryl Hannah). Un ejemplo clásico de jóvenes de diecitantos luchando por librarse del yugo de las expectativas paternas. (Además, ¡podrás verle ya-sabes-qué a Aidan Quinn!)

Buscando a Susan desesperadamente: Un ama de casa aburguesada y aburrida encuentra al hombre de sus sueños en el East Village. Un manifiesto de los ochenta sobre la liberación y el fortalecimiento de la condición femenina. Protagonizada también por Madonna y esa chica que hacía de Jackie, la hermana de Roseanne. (Protagonizada también por Aidan Quinn en el papel del guapo del East Village, aunque en esta no se le ve el ya-sabes-qué. ¡Pero se le ve el trasero!)

Lady Halcón: Dos desventurados amantes quedan atrapados en un cruel maleficio que solo Matthew Broderick puede ayudar a romper.

Rutger Hauer encarga al poderoso Navarre, un caballero que vive únicamente para vengarse del hombre que agravió a su dulce Isabeau, interpretada por Michelle Pfeiffer. Una historia de amor elegante y conmovedora. (Pero ¿qué le pasa al pelo de Matthew Broderick?)



Dirty Dancing: Una adolescente consentida, Baby, aprende mucho más que a bailar el chachachá de un profesor de baile de pelo largo que trabaja en el complejo turístico. La clásica historia de la niña que se hace mujer, con mensajes importantes sobre el sistema social de clases estadounidense. (Aunque no se le ve el culo a nadie.)

Flashdance: Soldadora de día y bailarina exótica de noche, la Alex de Jennifer Beals es una feminista comprometida, la Elizabeth Candy Stanton del baile, que anhela presentarse a una audición para el ballet de Pittsburg. (Pero antes se acuesta con su jefe, Michael Nouri, que está buenorro, y ¡y le rompe la ventana de una pedrada!)

Pasión por el triunfo: Antiguo jugador de hockey, a D. B. Sweeney le emparejan con la brillante, además de remilgada y ricachona, patinadora Moira Nelly en una encarnizada competición por la medalla de oro en los Juegos Olímpicos. Interesante por la creciente tensión sexual entre las parejas de patinadores.

Una maravilla con clase: Victoria de la poco femenina Mary Stuart Masterson sobre la remilgada Lea Thompson en el corazón de Eric Stolz. Otro agudo retrato de la estructura psicológica y social de los adolescentes por parte de John Hughes. (Última película en la que Eric Soltz sale mono de verdad.)

Bocados de realidad: ¿A qué director independiente iba a elegir Winona Ryder: al omnielegante y vago Ethan Hawke o al apañado y vital Ben Stiller? (¿No es evidente?)

Footloose: Chico de ciudad desafía las leyes que prohíben el baile en un pequeño pueblo. Protagonizada por Kevin Bacon, que salva a Lori Singer de su novio paleta y maltratador. Destacaba sobre todo por la escena en la sede de la asociación de padres y alumnos, en la que el personaje de Kevin Bacon demuestra que en realidad sí ha hecho los deberes citando pasajes de la Biblia en los que se defiende el baile. (En las películas Juegos salvajes y El hombre sin sombra se le puede ver el ya-sabes-qué a Kevin Bacon.)



Jueves, 11 de diciembre, aula de G y T

Hoy tocaba comida con Kenny en el Big Wong.

Ciertamente, no tengo nada que decir al respecto, salvo que no me ha pedido que vaya con él al Baile Aconfesional de Invierno. Y no solo eso: parece que la pasión de Kenny hacia mí ha disminuido de forma considerable desde su cénit, el martes.

Empezaba a sospecharlo, por supuesto, pues ya no me llama después de clase ni ha vuelto a enviarme un mensaje instantáneo desde antes de la Gran Debacle en la Pista de Hielo. Dice que todo se debe a que está muy ocupado estudiando para los exámenes finales y eso, pero sospecho que el motivo es otro: lo sabe. Sabe lo de Michael.

Claro que... ¿cómo no va a saberlo?

Bueno, vale, quizá no sabe lo de Michael en particular, pero Kenny debe de saber en general que no es él quien me enciende la chispa.

Si tuviera chispa, claro.

No, Kenny solo está siendo amable.

Cosa que agradezco y eso, pero ojalá se arrancara a decirlo. Tanta amabilidad, tanta delicadeza... solo hace que me sienta peor. Quiero decir que... ¿cómo pude hacerlo? En serio. ¿Cómo pude acceder a salir con Kenny, sabiendo perfectamente que me gustaba otro chico? Kenny está en su derecho de ir a la revista *Majesty* y largarlo todo. «Traición real», podrían titularlo. Si lo hiciera, lo entendería perfectamente.

Pero no lo hará. Porque es demasiado amable.

En lugar de hacer eso, ha pedido pasta con verduras para mí y lomo de cerdo para él (una señal esperanzadora de que ya no me ama tanto como solía decir con insistencia: vuelve a comer carne), y ha hablado de la asignatura de Bío y de lo que ocurrió en la asamblea (no le he dicho que fui yo quien activó la alarma, y él tampoco me ha preguntado, por lo que no ha habido necesidad de taparme la nariz). Ha vuelto a pedirme perdón por lo de mi lengua y me ha preguntado cómo me va en



Álgebra, y se ha ofrecido a darme clases, si yo quiero (Kenny es el mejor de la clase en esa asignatura), aunque es evidente que vivo con un profesor de Álgebra. Aun así, está claro que ha querido ser amable. Lo cual me hace sentir peor; por lo que voy a tener que hacer después de los exámenes finales.

Pero no me ha invitado al baile. No sé si eso significa que no vamos a ir o si significa que da por hecho que vamos a ir.

Lo juro: no entiendo en absoluto a los chicos.

Como si el almuerzo no hubiera sido ya suficientemente malo, G y T tampoco es que esté yendo de maravilla. No, Judith Gershner no está aquí... pero Michael tampoco. Está haciendo novillos. Nadie sabe dónde se ha metido. Lilly ha tenido que decirle a la señorita Hill, cuando ha pasado lista, que su hermano estaba en el servicio.

Me pregunto dónde andará. Lilly dice que desde que empezó a trabajar en ese programa nuevo que el Club de Informática dará a conocer en la Feria de Invierno, apenas le ha visto.

Lo cual tampoco es un cambio tan grande, pues, de todos modos, Michael apenas sale de su habitación. Aun así... debería pasar por casa de vez en cuando para estudiar, ¿no?

Aunque imagino que, sabiendo que ya le han aceptado en la primera universidad que solicitó, ahora sus notas no tienen mayor importancia.

Además, como Lilly, Michael es un genio. ¿Para qué necesita estudiar? A diferencia del resto de nosotros.

Ojalá volvieran a colocar la puerta en el armario del material. Es extremadamente difícil concentrarse con Boris rasgueando el violín a unos pasos. Lilly dice que es otra táctica de los miembros de la administración para debilitar nuestra resistencia y que sigamos siendo los esclavos idiotizados en los que intentan convertirnos, pero yo creo que tiene que ver más con aquella vez en que olvidamos sacarle y se quedó encerrado en el armario hasta que el bedel nocturno oyó sus angustiadas súplicas para que le liberasen.

Lo cual creo que es culpa de Lilly, ahora que lo pienso. Me refiero a que es su novia. Desde luego, debería cuidarle un poco mejor.



DEBERES

Álgebra: practicar el examen.

Lengua: trabajo trimestral.

Civ. del Mundo: practicar el examen.

G y T: nada.

Francés: *Examen pratique.*

Biología: practicar el examen.



Jueves, 11 de diciembre, 21.00 h

Grandmère está gravemente descontrolada. Esta noche ha empezado a interrogarme sobre los nombres y las responsabilidades de todos los ministros del gabinete de mi padre. No solo tengo que saber con exactitud qué hacen, sino también su estado civil y los nombres y las edades de sus hijos, si los tienen. Se trata de los hijos con los que se supone que voy a tener que relacionarme durante la celebración de la Navidad en palacio. Imagino que probablemente me odiarán tanto, si no más, como me odiaron los sobrinos del señor Gianini el día de Acción de Gracias.

Por lo visto, a partir de ahora, voy a tener que pasar todas las vacaciones en compañía de chicos que me odian.

¿Sabes?, me encantaría recordar a todo el mundo que ser una princesa no es en absoluto culpa mía. No tienen ningún derecho a odiarme tanto. He hecho todo lo que he podido por llevar una vida normal, a pesar de mi condición real. He rechazado oportunidades de aparecer en las portadas de *CosmoGirl*, *Teen People*, *Seventeen*, *YM y Girl's Life*. He rechazado invitaciones para presentar en la MTV el mejor videoclip del país, y cuando el alcalde me preguntó si quería ser yo quien pulsara el botón que hace descender la bola en Times Square por Fin de Año, le dije que no (además del hecho de que por Fin de Año estaré en Genovia, me opongo en redondo a la campaña de fumigación antimosquito del alcalde, porque los residuos del pesticida que ha usado para matar a los mosquitos que podrían ser portadores del virus del Nilo occidental han contaminado a la población local de cangrejo herradura. Un componente presente en la sangre de los cangrejos herradura, que habitan la costa oriental, se utiliza para probar la pureza de todos los medicamentos y las vacunas que se administran en Estados Unidos. Rutinariamente, se atrapan infinidad de cangrejos, se les extrae un tercio de la sangre y se les devuelve al mar..., un mar que ahora los está matando, como a muchos otros artrópodos, como las langostas, gracias a la cantidad de pesticida que se está vertiendo en él).

En fin, como iba diciendo, todos los chicos que me odian deberían calmarse un poco, pues ni una sola vez he buscado el protagonismo que se me ha impuesto. Jamás he convocado una rueda de prensa.



Pero estoy divagando...

El caso es que Sebastiano estaba allí, tomando aperitivos y escuchando mi retahíla de nombres (Grandmère ha confeccionado tarjetas con las fotografías de todos los ministros, esa clase de tarjetas como las de los Backstreet Boys que regalan con los chicles, solo que los ministros no visten tan a menudo de cuero). Empezaba a pensar que quizá me había equivocado con lo de la dedicación de Sebastiano a la moda y que quizá estaba allí para reunir unas cuantas pistas; ya sabes, para después de que me haya empujado bajo las ruedas de una limusina en marcha o algo así.

Pero cuando Grandmère ha hecho una pausa para contestar a una llamada telefónica de su viejo amigo el general Pinochet, Sebastiano ha empezado a hacerme todas esas preguntas sobre ropa, en particular, qué tipo de prendas nos gusta ponernos a mis amigas y a mí. ¿Qué me parecen, ha querido saber, los pantalones de terciopelo elástico? ¿Y los tops elásticos? ¿Y las lentejuelas?

Le he contestado que todo eso suena bien para..., ya sabes, Halloween o Carnaval, pero que por lo general, en mi vida cotidiana, prefiero el algodón. Mi respuesta ha parecido entristecerle, por lo que le he dicho que creía firmemente que el naranja iba a ser el próximo rosa, y eso le ha animado, y ha escrito un montón de cosas en la libreta que siempre lleva consigo. Más o menos como hago yo, ahora que lo pienso.

Cuando Grandmère ha soltado el teléfono, la he informado (con bastante diplomacia, debo añadir) de que, teniendo en cuenta lo mucho que he progresado en los últimos tres meses, me sentía más que preparada para mi inminente presentación al pueblo de Genovia, y que no consideraba necesario asistir a clases de princesa la próxima semana, pues tengo que preparar CINCO exámenes finales.

¡Pero Grandmère se ha puesto como una furia!

— ¿De dónde has sacado la idea de que tu educación académica es más importante que tu adiestramiento real? De tu padre, supongo. Para él siempre es educación, educación, educación. No se da cuenta de que la educación ni de lejos es tan importante como la conducta.

—Grandmère —le he dicho—, necesito una educación si quiero gobernar bien Genovia.

Sobre todo si quiero transformar el palacio en un refugio gigante para animales..., algo que no voy a poder hacer hasta que Grandmère haya muerto, así que no veo la necesidad de mencionárselo ahora... ni nunca, en realidad.

Grandmère he soltado unos cuantos tacos en francés; para ser sincera, algo que no me parece nada propio de una princesa viuda. Por suerte, justo en ese instante mi padre ha entrado buscando su medalla de las Fuerzas Aéreas de Genovia, ya que tenía que asistir a una cena de Estado en la embajada. He aprovechado para decirle lo



de los exámenes finales y que realmente necesito más tiempo libre para estudiar, al margen de todo esto de ser princesa, y él ha dicho:

—Sí, por supuesto.

Cuando Grandmère ha protestado, él ha añadido:

—Por el amor de Dios, si a estas alturas aún no lo domina, no lo hará nunca.

Grandmère ha apretado los labios y no ha dicho nada más. Sebastiano ha aprovechado la ocasión para preguntarme qué me parece el rayón. Le he dicho que no tenía nada de rayón.

Por una vez, estaba diciendo la verdad.



Viernes, 12 de diciembre, aula

ESTO ES LO QUE TENGO QUE HACER:

1. Dejar de pensar en Michael, sobre todo cuando debería estar estudiando.
2. No contarle a Grandmère nada de mi vida personal.
3. Empezar a comportarme de forma más:
 - a) madura,
 - b) responsable,
 - c) real.
4. Dejar de morderme las uñas.
5. Escribir todo lo que mamá y el señor G. deben saber sobre cómo cuidar de Fat Louis mientras yo no esté.
6. ¡REGALOS DE NAVIDAD/JANUKÁ!
7. Dejar de ver *Los vigilantes de la playa*, cuando debería estar estudiando.
8. Dejar de jugar al Pod-Racer, cuando debería estar estudiando.
9. Dejar de escuchar música, cuando debería estar estudiando.
10. Romper con Kenny.



Viernes, 12 de diciembre, despacho de la directora Gupta

Bien, supongo que ya es oficial: yo, Mia Thermopolis, soy menor y delincuente.

En serio. Por lo visto, la alarma antiincendios que activé solo fue el principio.

De verdad que no sé qué me está pasando últimamente. Es como si cuanto más cerca estuviera de ir a Genovia y cumplir con mis primeras responsabilidades como princesa, menos me comportara como tal.

Me pregunto si me expulsarán.

Si me expulsan, será totalmente injusto. Fue Lana quien empezó. Yo estaba allí sentada, en clase de Álgebra, oyendo al señor Gianini hablar del plano cartesiano, cuando de pronto Lana se volvió en el asiento y me plantó un ejemplar del *USA Today* delante de los morros. Este es el titular que aparecía en él:

LA ENCUESTA DEL USA TODAY

El príncipe o la princesa más popular

El setenta y cinco por ciento de los lectores afirma que Guillermo de Inglaterra es su príncipe favorito, seguido de su hermano Enrique, con un veintiocho por ciento. Nuestra princesa, Mia Renaldo de Genovia, aparece en tercer puesto, con el trece por ciento de los votos, y las hijas del príncipe Andrés y Sarah Ferguson, Beatriz y Eugenia, cierran la votación con un uno por ciento cada una.

¿Cuáles son los motivos por los que la princesa Mia ocupa el tercer lugar? La respuesta más común es: «No es extravertida». Irónicamente, se considera que la princesa Mia es tan tímida como lo era la princesa Diana



(madre de Guillermo y Harry) cuando apareció por vez primera bajo los cegadores focos de la prensa.

Está previsto que la princesa Mia, que sabe desde hace muy poco tiempo que es heredera al trono de Genovia, un pequeño principado ubicado en la Costa Azul, efectúe su primera visita oficial al país la próxima semana. Un representante de la casa real afirma que la princesa «espera con impaciencia» la visita. La princesa proseguirá con sus estudios en Estados Unidos y residirá en Genovia únicamente en los meses estivales.

Leí el estúpido artículo y le devolví el periódico a Lana.

—¿Y? —le susurré.

—Y —susurró Lana—. Me pregunto cuál sería tu grado de popularidad, especialmente entre la población de Genovia, si supieran que su futura regente va por ahí activando alarmas antiincendios cuando no hay ningún incendio.

Por supuesto, solo hacía conjeturas. Era imposible que me hubiese visto... A menos que...

¡A menos que Justin Baxendale hubiese atado cabos! Ya sabes, por haberme visto en el pasillo justo antes de que se disparara la alarma, y que se lo hubiese dicho a Lana...

No. No es posible. Estoy lo bastante lejos de la conciencia de Justin Baxendale para que ni siquiera sepa que existo. No le ha dicho nada a Lana. Lana, igual que el señor G., cree que es mucha casualidad que en ese fatídico miércoles la alarma antiincendios saltara justo dos minutos después de que yo hubiese desaparecido de clase para ir al servicio con un permiso del profesor.

Y sin embargo... Aunque solo estuviera haciendo conjeturas, me dio la impresión de que lo sabía y de que iba a asegurarse de que yo no supiera cómo se había enterado.

No sé qué fue lo que me dio. No sé si fue:

- a) el estrés de los exámenes finales,
- b) el inminente viaje a Genovia,
- c) el tema de Kenny,
- d) el hecho de que estoy enamorada de un chico que está saliendo con una mosca de la fruta humana, el hecho de que mi madre vaya a tener un bebé de mi profesor de Álgebra,



- f) el hecho de que Lana haya estado incordiándome toda la vida y saliéndose con la suya casi siempre, o
- g) todo lo anterior.

Fuera cual fuese la razón, estallé. Sencillamente, estallé. De pronto, me sorprendí cogiendo el teléfono móvil de Lana, que estaba en su pupitre, al lado de la calculadora.

Y, casi sin darme cuenta, ya había tirado aquella cosa diminuta y rosa al suelo y la había reducido a astillas con la suela de mi bota militar del número 42.

Supongo que en realidad no puedo culpar al señor G. por enviarme al despacho de la directora Gupta.

Aun así, cabría esperar cierta compasión por parte de tu padrastro, ¿no?

Oh, oh..., aquí llega la directora Gupta.



Viernes, 12 de diciembre, 17.00 h, apartamento

Muy bien. Pues ya está. Estoy temporalmente expulsada.

¡Expulsada! No puedo creerlo. ¡YO! ¡Mia Thermopolis! ¿Qué me está pasando? ¡Yo era muy buena niña!

Sí, vale, solo por un día, pero ni aun así. ¡Va a constar para siempre en mi expediente! ¿Qué van a decir los ministros del gabinete de Genovia?

Me estoy convirtiendo en Courtney Love.

Sí, vale, no es que vayan a denegarme el acceso a la universidad porque un día, en el primer semestre de mi primer curso en el instituto, me expulsaron, ¡pero es muy bochornoso! La directora Gupta me ha tratado como si fuese una delincuente o algo por el estilo.

Y ya sabes lo que se dice por ahí: trata a una persona como un delincuente, y en poco tiempo lo será. Bueno, al menos creo que es eso lo que se dice por ahí. Según están yendo las cosas, no me sorprendería que pronto me diera por ponerme medias de malla rotas y teñirme el pelo de negro. Tal vez incluso empiece a fumar y me haga piercings o algo así. Y entonces filmarán una película de serie B sobre mí y la titularán *Escándalo real*. En la película saldré yo yendo a ver al príncipe Guillermo y diciéndole: «A ver, ¿quién es ahora el más popular, eh, chulo?», y después dándole un cabezazo o algo así.

Claro que estuve a punto de desmayarme la primera vez que me perforaron las orejas, y fumar es muy perjudicial, y siempre he creído que los cabezazos deben de doler mucho.

Me parece que, al fin y al cabo, no reúno las condiciones para ser una delincuente juvenil.

Mi padre opina lo mismo. Está dispuesto a enviar a los abogados de la corte de Genovia al despacho de la directora Gupta. El único problema, claro está, es que yo nunca le diré a nadie qué fue lo que dijo Lana que me hizo arremeter contra su teléfono móvil. Debe de ser difícil demostrar que una agresión ha sido provocada si el agresor no desvela la provocación. Mi padre me suplicó un buen rato cuando fue a



recogerme al instituto, después de recibir la llamada de la directora Gupta. Pero, al ver que yo no tenía intención de confesar lo que quería saber y que Lars se mantenía cautelosamente inexpresivo, mi padre se limitó a decir: «Muy bien», y entonces se le arrugó la boca como le ocurre siempre que a Grandmère se le va la mano con los Sidecar y empieza a llamarle Papá Bola de Billar.

Pero ¿cómo voy a decirle lo que me dijo Lana? Si lo hago, ¡todo el mundo sabrá que soy culpable no solo de un delito, sino de dos!

En fin. Ahora estoy en casa, viendo el canal Lifetime en la televisión con mi madre. No se ha prodigado mucho en su estudio de pintura desde que se quedó embarazada. Está agotada. Es bastante difícil pintar en posición horizontal, según ha descubierto. Así que en lugar de pintar, se ha dedicado a hacer bocetos en la cama, la mayoría carboncillos de Fat Louie, que parece disfrutar teniendo a alguien en casa todo el día. Se pasa horas sentado en su cama, contemplando cómo las palomas que se posan en la escalera de incendios escapan al otro lado de la ventana.

Sin embargo, desde que he llegado, mamá ha hecho varios bocetos de mí. Creo que me está dibujando la boca demasiado grande, pero no le he dicho nada, pues el señor Gianini y yo hemos comprobado que es mejor no molestar a mi madre en su actual estado hormonal. Incluso la más ínfima crítica (como preguntarle por qué dejó la factura del teléfono en el cajón de las verduras de la nevera) puede provocar una sesión de llanto de una hora de duración.

Mientras me dibujaba, he visto una película excelente titulada *Durmiendo con el peligro*, protagonizada por Tori Spelling, famosa por *Sensación de vivir*, que encarna a una chica que tiene un novio maltratador. Realmente no entiendo por qué una chica sigue con un chico que le pega, pero mi madre dice que es una cuestión de amor propio y de la relación que se haya tenido con el padre. Sin embargo, mi madre no tiene una relación precisamente fantástica con el abuelo y, si alguien intentara darle un tortazo, estoy segura de que le enviaría al hospital, para que te hagas una idea.

Mientras mi madre dibujaba, intentaba tirarme de la lengua; ya sabes, sobre lo que Lana había dicho y había provocado en mí un arrebato destrozador de teléfonos móviles. Era evidente que se esforzaba por ser como esas madres que salen en la televisión.

Supongo que funcionó, porque de pronto me sorprendí contándoselo todo, hasta el último detalle: lo de Kenny, que no me gusta besarle y que él se lo ha dicho a todo el mundo, y mis planes para romper con él en cuanto acaben los exámenes finales.

Y, de paso, mencioné a Michael y a Judith Gershner y a Tina y las tarjetas y la Feria de Invierno y a Lilly y a su grupo de protesta y mi cargo de secretaria del mismo y todo lo demás, excepto lo de la alarma antiincendios.

Al cabo de un rato, mi madre dejó de dibujar y se quedó mirándome.



Al final, cuando acabé de hablar, me dijo:

— ¿Sabes lo que creo que necesitas?

— ¿Qué? —le dije yo.

— Unas vacaciones —dijo ella.

Así que nos tomamos unas vacaciones allí mismo, en su cama. Me refiero a que no me dejó estudiar. Me dijo que pidiera una pizza y vimos juntas el satisfactorio pero absolutamente increíble final de *Durmiendo con el peligro*, a la que siguió, para nuestro regocijo, el mayor churro de película jamás filmada para la televisión: *Midwest Obsession*, en la que Courtney Thorne-Smith encarna a la Miss Guapa del lugar, que va por ahí en un Cadillac rosa con pendientes con forma de vaca y matando a personas como Tracey Gold (aún sumida en la agonía de la anorexia que sufrió después de participar en *Los problemas crecen*) por tontear con su novio. Y lo mejor de todo es que... ¡está basada en hechos reales!

Por un momento, allí, en la cama de mi madre, fue como en los viejos tiempos. Ya sabes, como antes de que mamá conociera al señor Gianini y yo supiera que soy princesa.

Aunque, obviamente, no del todo, porque ella está embarazada y yo estoy expulsada.

Pero ¿de qué sirve quejarse?



Viernes, 12 de diciembre, 20.00 h, apartamento

¡Oh, Dios mío! Acabo de entrar en mi cuenta de correo electrónico. ¡Mis amigos me están abrumando con infinidad de mensajes de apoyo!

Todos quieren felicitarme por mi decisiva reacción frente a Lana Weinberger. Sienten lo de mi expulsión y me animan a mantenerme firme en mi resistencia contra la administración. (¿Qué resistencia contra la administración? Lo único que hice fue destrozar un teléfono móvil. Esto no tiene nada que ver con la administración.) Lilly ha llegado incluso a compararme con María Estuardo, a quien Isabel I encarceló y después decapitó.

Me pregunto si Lilly seguiría opinando lo mismo de saber que el motivo por el que aplasté el teléfono era que Lana me amenazaba con levantar la liebre y contarle a todo el mundo que yo activé la alarma antiincendios que desbarató su huelga.

Lilly dice que es una cuestión de principios, que se me ha desterrado del instituto por negarme a renunciar a mis creencias. Pero, en realidad, se me ha desterrado del instituto por destruir una propiedad privada ajena, y encima solo lo hice para encubrir otro delito que ya había cometido.

Sin embargo, solo lo sé yo. Bueno, y Lana. Y ella ni siquiera está segura de que fuera yo quien lo hizo. Es decir, podría haberse tratado de uno más de esos actos de violencia aleatoria que se producen de vez en cuando.

Sin embargo, todos los demás lo están interpretando como un acto político. Mañana, en la primera reunión de los Alumnos contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein, se expondrá mi caso, como ejemplo de una de las muchas decisiones injustas de la administración de Gupta.

Creo que mañana voy a sufrir uno de esos casos de inflamación de garganta que se dan a veces los fines de semana.

En fin. Les he contestado a todos y les he dicho cuánto agradezco su apoyo, y que no le den al asunto más importancia de la que en realidad tiene. Es que no estoy nada orgullosa de lo que hice. Preferiría NO haberlo hecho y seguir yendo al instituto.



Una novedad importante: Michael ha recibido las tarjetas que le he enviado. Hoy, después de gimnasia, Tina pasó por delante de su taquilla ¡y le vio coger la última y guardársela en la mochila! Por desgracia, según Tina, no lucía una expresión de pasión obnubilada al guardar la tarjeta en la mochila, ni tampoco la miró con ternura. Ni siquiera la puso aparte con mucho cuidado: Tina lamenta comunicarme que, acto seguido, Michael metió el iMac portátil en la misma mochila y sin duda espachurró la tarjeta.

Pero, se ha apresurado a asegurarme Tina, no lo habría hecho de haber sabido que es mía. Quizá, si la hubiese firmado...

Pero, si la firmara, ¡sabría que me gusta! Más aún: sabría que le amo, pues creo que la Gran Palabra aparecía en al menos una de las tarjetas. ¿Y si él no siente lo mismo que yo? ¡Qué bochorno! ¡Sería mucho peor que ser expulsada!

¡Oh, no! ¡Mientras escribo esto, acabo de recibir un mensaje instantáneo precisamente del mismísimo Michael! Me he sobresaltado tanto, que he soltado un grito y he asustado a Fat Louie, que dormía en mi regazo hasta hace un instante. Antes de saltar, me ha clavado las garras y ahora tengo las piernas llenas de pequeñas marcas, como pinchazos.

Michael ha escrito:

CRACKING: Eh, Thermopolis, ¿qué es eso que he oído de que te han expulsado?

Le he contestado:

FTLOUIE: Solo por un día.

CRACKING: ¿Qué has hecho?

FTLOUIE: Aplastar el móvil de una animadora.

CRACKING: Tus padres deben de estar muy orgullosos.

FTLOUIE: Si lo están, de momento disimulan muy bien.

CRACKING: ¿Estás desanimada?

FTLOUIE: Sorprendentemente, no. La agresión al móvil fue provocada.



CRACKING: Entonces, ¿irás a la Feria la semana que viene?

FTLOUIE: Como secretaria de los Alumnos Contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein, creo que se requiere mi asistencia. Tu hermana quiere que tengamos un stand.

CRACKING: Esta Lilly... siempre abogando por la bondad del ser humano.

FTLOUIE: Sí, es un modo de decirlo.

Probablemente habríamos seguido charlando, pero justo entonces mi madre me gritó que me desconectara porque esperaba una llamada del señor Gianini, que, para mi sorpresa, aún no había vuelto a casa del instituto, aunque ya pasaba de la hora de la cena.

Esta es la segunda vez que Michael me pregunta si voy a ir a la Feria de Invierno. ¿Qué significará?



Viernes, 12 de diciembre, 21.00 h, apartamento

Ahora ya sabemos por qué el señor G. ha llegado hoy tan tarde a casa: ha parado a comprar un árbol de Navidad.

Y no cualquier árbol de Navidad, ¡qué va!: un árbol de más de tres metros y medio de alto, que debe de tener una base de al menos dos de ancho.

No he hecho ningún comentario negativo, claro, porque mi madre estaba contentísima y emocionadísima, y ha ido corriendo a buscar sus Ornamentos Navideños de Famosos Muertos. (Mi madre no cuelga bolas de colores ni oropeles en el árbol de Navidad, como hace la gente normal. En lugar de eso, pinta en pedacitos de latón el retrato de personas famosas que han fallecido ese año y los cuelga en el árbol. Probablemente, por eso somos los únicos que tenemos un árbol en todo el país con ornamentos que conmemoran a Richard y a Pat Nixon, a Elvis Presley, a Audrey Hepburn, a Kurt Cobain, a Jim Henson, a John Belushi, a Rock Hudson, a Alee Guinness, a Divine, a John Lennon, y a muchos, muchos más.)

Y el señor Gianini no hacía más que mirarme para ver si yo también estaba contenta. Ha comprado el árbol, dice, porque sabe que he tenido un mal día y no quería que acabara igual de mal.

Obviamente, el señor G. no tiene ni idea del tema sobre el que versa mi trabajo trimestral de la asignatura de Lengua.

¿Qué se suponía que tenía que decir? Me refiero a que él ya ha ido y lo ha comprado, e imagino que un árbol de ese tamaño debe de haber costado un dineral. Y su intención era buena. De verdad.

Aun así, ojalá la gente que me rodea me consultara las cosas antes de hacerlas. Como el asunto del embarazo, y ahora el árbol. Si el señor G. me hubiese preguntado, le habría contestado algo así como: «Vamos al Big Kmart del Astor Place a comprar un árbol artificial, para no contribuir a la destrucción del hábitat natural del oso polar, ¿vale?».

Pero no me preguntó.



Y la verdad es que, aunque lo hubiese hecho, mi madre no habría accedido. Lo que más le gusta de la Navidad es tumbarse en el suelo con la cabeza debajo del árbol, mirar por entre las ramas e inhalar el dulce y penetrante olor de la savia de abeto. Dice que es el único recuerdo que le gusta de su infancia en Indiana.

Es difícil pensar en los osos polares cuando tu madre dice algo así.



Sábado, 13 de diciembre, 14.00 h, apartamento de Lilly

Vale, la primera reunión de los Alumnos Contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein está siendo un descalabro total.

El motivo es que no se ha presentado nadie, salvo Boris Pelkowski y yo. Me ha molestado un poco que Kenny no haya venido. Sería lógico que, si realmente me quiere tanto como dice, aprovechara cualquier oportunidad para estar cerca de mí, aunque sea una tediosa reunión de Alumnos Contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein.

Pero supongo que el amor de Kenny no es tan grande, algo que ya debería saber, teniendo en cuenta el hecho de que faltan exactamente seis días para el Baile Aconfesional de Invierno, y Kenny **TODAVÍA NO ME HA PEDIDO QUE VAYA CON ÉL.**

No es que me preocupe ni nada. Quiero decir... una chica que activó la alarma antiincendios y aplastó el teléfono móvil de Lana Weinberger, ¿preocupada por no tener con quién ir a un estúpido baile?

Vale. Sí. Estoy preocupada.

Pero no lo bastante preocupada para poner un anuncio o algo así.

Lilly está desconsolada después de ver que solo Boris y yo hemos venido para participar en la reunión. He intentado hacerle entender que todo el mundo está demasiado ocupado estudiando para los exámenes finales y que ahora nadie puede interesarse por la privatización, pero creo que no la he convencido. Ahora mismo está sentada en el sofá y Boris le habla con voz tranquilizadora. Puede que Boris sea un poco burdo a veces (metiéndose siempre el jersey por los pantalones y con ese extraño corrector dental que el dentista le hace llevar), pero es incuestionable que ama de verdad a Lilly. Basta con ver la ternura con que la mira mientras ella le dice entre sollozos que va a llamar al Defensor del Pueblo.



Me duele el corazón al ver cómo Boris mira a Lilly. Supongo que son celos. Quiero que un chico me mire así. Y no me refiero a Kenny. Me refiero a un chico que me guste de verdad, más que como amigo.

No lo soporto más. Me voy a la cocina a ver qué está haciendo Maya, la asistenta de los Moscovitz. Seguro que incluso ayudar a limpiar es mejor que esto.



Sábado, 13 de diciembre, 14.30 h, apartamento de Lilly

Maya no estaba en la cocina. Está aquí, en la habitación de Michael, guardando su uniforme escolar, que acaba de planchar. Maya va de un lado a otro ordenando cosas de Michael y hablándome de su hijo Manuel. Gracias a la ayuda de los doctores Moscovitz, hace poco Manuel salió de la cárcel en la República Dominicana, donde se le había encerrado injustamente bajo sospecha de haber cometido delitos contra el Estado. Ahora Manuel ha fundado su propio partido político y Maya está que no cabe en sí de orgullo, aunque le preocupa que acabe otra vez en la cárcel si no modera un poco sus proclamas antigubernamentales.

Creo que Manuel y Lilly tienen mucho en común.

Las historias que Maya cuenta de Manuel siempre son interesantes, pero es mucho más interesante estar en la habitación de Michael. Ya había estado aquí antes, claro, pero nunca en su ausencia. (Ahora está en el instituto, aunque es sábado, trabajando en el laboratorio de informática en su proyecto para la Feria; por lo visto, el módem del instituto es más rápido que el suyo. Supongo, aunque odio admitirlo, que allí también puede bajarse lo que quiera con Judith —de internet, quiero decir—, sin temor a sufrir una interrupción paterna.)

Me he tendido en la cama de Michael mientras Maya trajinaba a mi alrededor, doblando camisas y musitando cosas sobre el azúcar, uno de los principales productos de exportación de su país natal y, por lo visto, origen de cierta consternación para la plataforma política de su hijo, y el perro de Michael, Pavlov, que está sentado a mi lado, me jadeaba en la cara. No puedo dejar de pensar: «Esto es lo que se siente siendo Michael: esto es lo que Michael ve cuando mira al techo por la noche» (ha pegado estrellas fluorescentes con la forma de la galaxia espiral Andrómeda), y: «Así es como huelen las sábanas de Michael» (frescor primaveral, gracias al detergente que utiliza Maya), y: «Así es como se ve el escritorio de Michael desde su cama».

Pero, al contemplar el escritorio, de pronto he visto algo: ¡era una de mis tarjetas! ¡La de la fresa!



No es que estuviese expuesta en primer plano ni nada parecido. Descansaba sobre el escritorio. Pero, ¡eh!, es muy diferente a que estuviese espachurrada en el fondo de su mochila. Esto demuestra que las tarjetas significan algo para él, que no las ha enterrado debajo de todos los demás trastos (los manuales de lenguajes de programación y tratados antiMicrosoft) ni las ha tirado a la basura.

Es algo esperanzador.

Oh, oh. Acabo de oír la puerta de la calle. ¿¿¿Michael???

¿¿¿O los doctores Moscovitz???

Será mejor que salga de aquí. Michael no ha colgado en vano todas esas señales de «Prohibido el paso» en la puerta.



Sábado, 13 de diciembre, 15.00 h, con Grandmère

¿Cómo, te preguntarás, he conseguido llegar del apartamento de los Moscovitz a la suite de mi abuela en el Plaza en solo media hora?

Muy bien, te lo diré: la tragedia ha ocurrido. Y en forma de Sebastiano.

Siempre sospeché, por supuesto, que Sebastiano no era el ingenuo de buen carácter que finge ser. Pero ahora parece que el único asesinato por el que Sebastiano debe preocuparse es el suyo. Porque como mi padre llegue a ponerle las manos encima, Sebastiano es diseñador muerto.

Pensándolo objetivamente, creo estar en disposición de decir que preferiría que me hubiesen matado. Quiero decir que ya estaría muerta, lo cual sería triste (sobre todo teniendo en cuenta que no he escrito las instrucciones de cuidado de Fat Louie en mi ausencia), pero al menos no tendría que aparecer por el instituto el lunes.

Y ahora no solo tendré que aparecer por el instituto el lunes, sino que además tendré que aparecer por el instituto el lunes sabiendo que todos y cada uno de mis compañeros de clase habrán visto el suplemento que publica hoy el *Sunday Times*: un suplemento con veinte fotografías MÍAS frente a un espejo triple con vestidos de Sebastiano, coronadas por las palabras «Pase de moda de una princesa» estampadas por todas partes.

Ah, sí, no bromeo: «Pase de moda de una princesa».

Supongo que en realidad no puedo culparle. A Sebastiano, me refiero. Supongo que la oportunidad era demasiado tentadora para que pudiera resistirse. Al fin y al cabo, es un empresario, y tener a una princesa luciendo tus modelos... bueno, es imposible pagar tanta publicidad.

Porque, ya sabes, todos los demás periódicos van a hacerse eco de la historia: «La princesa de Genovia debuta como modelo» o algo parecido.

Así que con unas cuantas páginas de fotografías, la línea de ropa de Sebastiano va a llegar a todo el mundo.

Una línea de ropa que, por lo visto, yo he promocionado.



Grandmère no entiende por qué mi padre y yo estamos tan disgustados. Bueno, creo que sí entiende por qué mi padre está tan disgustado. Ya sabes, el «se está utilizando a mi hija» y todo eso. Pero no entiende por qué yo estoy tan afectada. «¡Si sales preciosa!», repite una y otra vez.

Ya. Como si eso ayudara.

Grandmère cree que mi reacción está siendo desproporcionada. Pero... ¡eh!, ¡hola!, ¿acaso he aspirado yo alguna vez a seguirle los pasos a Claudia Schiffer? Me parece que no. No es la moda lo que me interesa. ¿Qué hay del medio ambiente? ¿Qué hay de los derechos de los animales? ¿¿¿Qué hay de los CANGREJOS HERRADURA???

La gente no va a creer que no posé para esas fotos. La gente va a pensar que soy una vendida. La gente va a pensar que soy una modelo presumida y arrogante.

Pues no sé si preferiría que me considerasen una delincuente juvenil, la verdad.

Poco imaginaba yo que cuando oí la puerta de la calle en el apartamento de los Moscovitz y salí a toda prisa de la habitación de Michael, estaba a punto de toparme con la desastrosa noticia. Al final solo eran los padres de Lilly, que volvían del gimnasio, donde habían tenido una sesión con sus entrenadores personales. Después, pararon a tomar un café con leche y a leer el *Sunday Times*, cuyos principales reportajes se publican para los suscriptores, por razones que nadie entiende, el sábado.

Se llevaron una sorpresa monumental cuando abrieron el periódico y vieron a la princesa de Genovia luciendo la rompedora nueva colección de primavera de un diseñador.

Y yo me llevé otra sorpresa monumental cuando los doctores Moscovitz me felicitaron por mi nueva profesión de modelo, a lo que yo respondí: «¿De qué me están hablando?».

Así que, con Lilly y Boris mirándonos atónitos, el doctor Moscovitz abrió el periódico y me lo mostró: y allí estaba yo, impresa a todo color.

No voy a mentir y decir que salgo fea. Salgo pasable. Lo que habían hecho era coger todas las fotografías que el ayudante de Sebastiano me hizo mientras intentaba decidir qué vestido me pondría en la presentación al pueblo de Genovia y colocarlas sobre un fondo de color morado. En las fotos no salgo sonriendo ni nada. Solo me miro en el espejo, obviamente preguntándome en silencio: «Hum, ¿podría parecerme más a un palillo de dientes andante?».

Pero, claro, si no me conocieras ni supieras POR QUÉ me estaba probando todos esos vestidos, parecería un bicho raro MUY preocupado por cómo le queda un vestido de gala.



Sí, ya, exactamente la clase de persona que siempre he querido que asocien conmigo.

¡¡¡NO!!!

Tengo que admitirlo: estoy un poco dolida. Cuando Sebastiano me hizo todas aquellas preguntas sobre Michael, creía que se había creado entre nosotros una especie de conexión. Pero supongo que no es así. No, si ha sido capaz de hacer algo así.

Mi padre ya ha llamado al *Times* y ha exigido que retiren el suplemento de todos los periódicos que aún no han repartido. Ha llamado al conserje del Plaza y le ha insistido en que se considere a Sebastiano persona *non grata*, lo que significa que al primo del príncipe de Genovia no se le permitirá volver a poner un pie en el recinto del hotel.

Pensé que era una medida un poco drástica, pero no lo era tanto como lo que mi padre quería hacer: llamar a la policía y denunciar a Sebastiano por utilizar la imagen de una menor sin el consentimiento de sus padres. Gracias a Dios, Grandmère le disuadió. Le dijo que el asunto ya tendría suficiente repercusión sin la humillación añadida de un arresto real.

Mi padre sigue tan furioso que no puede quedarse quieto. Camina sin descanso de un extremo a otro de la suite. Rommel le observa muy nervioso desde el regazo de Grandmère, moviendo la cabeza adelante y atrás, adelante y atrás, y siguiendo con la mirada a mi padre como si estuviese asistiendo a un partido del Open de Estados Unidos o algo así.

Estoy segura de que si Sebastiano estuviese aquí, mi padre le haría lo mismo que le hice yo al móvil de Lana Weinberger.



Sábado, 13 de diciembre, 17.00 h, apartamento

Vale.

Solo puedo decir que esta vez Grandmère la ha hecho buena.

En serio. Creo que mi padre jamás volverá a dirigirle la palabra.

Y sé que yo jamás volveré a dirigirle la palabra.

Y, sí, ya, es una anciana y no sabía que lo que hacía estaba mal, y yo debería ser más comprensiva.

Pero, después de lo que ha hecho (después de no tener la menor consideración por mis sentimientos), francamente, no creo que llegue a ser capaz de perdonarla.

Lo que ha ocurrido es que Sebastiano llamó justo cuando me disponía a irme. Se quedó estupefacto al saber que mi padre estaba furioso con él. Intentó subir a vernos, según dijo, pero los de seguridad del Plaza se lo impidieron.

Cuando mi padre, que fue quien contestó al teléfono, le dijo que el motivo por el que los de seguridad del Plaza le habían impedido subir era que en adelante se le consideraba persona *non grata* y le explicó por qué, Sebastiano se quedó aún más estupefacto. Repitió una y otra vez:

— ¡Pero tenía permiso! ¡Tenía permiso, Phillipe!

— ¿Permiso para utilizar la imagen de mi hija en la publicidad de tus harapos horteras? — Mi padre estaba asqueado—. ¡Por supuesto que no lo tenías!

Pero Sebastiano siguió insistiendo en que sí.

Y, poco a poco, resultó que sí tenía permiso, en cierto modo. Solo que no tenía mi permiso. Ni tampoco el de MI PADRE. ¿Adivinas al parecer, quién se lo dio?

Grandmère soltó, toda indignada:

— Phillipe, lo hice solo porque, como bien sabes, Amelia tiene un concepto pésimo de su imagen y necesita una inyección de confianza.

Pero mi padre estaba tan iracundo que ni siquiera la escuchaba, y bramó:



—¿Y para reparar el concepto que tiene de su imagen diste permiso a sus espaldas para que se utilizaran sus fotografías en un anuncio publicitario de ropa de mujer?

Grandmère no tenía mucho que decir a eso. Se quedó allí, de pie, balbuceando: «Eh... hum... eh...», como un personaje de película de terror a quien han clavado a la pared con un machete pero que aún no ha muerto del todo (siempre cierro los ojos en escenas como esa, así que sé exactamente cómo suenan).

Quedó claro que aunque Grandmère tenía una buena excusa para justificar su comportamiento, mi padre no estaba dispuesto a escucharla, ni tampoco a dejar que yo la escuchara. Se me acercó como una bala, me agarró de un brazo y me sacó de la suite.

Creía que íbamos a tener un momento de proximidad emocional, como siempre les ocurre a los padres y a las hijas en la televisión, y que él me diría que Grandmère estaba muy enferma y que él la enviaría a algún lugar donde pudiese descansar y disfrutar de una larga y plácida recuperación... Sin embargo, lo que dijo fue:

—Vete a casa.

Me dejó con Lars, después de cerrar con FURIA la puerta de la suite de Grandmère y antes de salir disparado hacia su propia suite.

¡Uf!

Es evidente: incluso las familias de la realeza pueden ser desestructuradas.

¿No nos imaginas en un programa del corazón?

Presentador: Díganos, Clarisse: ¿por qué permitió que Sebastiano publicara las fotografías de su nieta en aquel suplemento publicitario del *Times*?

Grandmère: Para ti soy Su Alteza Real. Lo hice para fomentar su amor propio.

Yo solo sé que cuando llegue al instituto el lunes, todos van a soltar comentarios como: «Oh, mirad, aquí viene Mia, la FARSANTE, con su vegetarianismo y su activismo en defensa de los derechos de los animales y su el-aspecto-no-importa-lo-que-importa-es-el-interior. Pero supongo que posar para una sesión de fotos de moda sí que es lícito, ¿verdad, Mia?».

Como si no fuera ya suficiente con haber sido expulsada. Ahora mis compañeros también iban a burlarse de mí.

Ahora estoy en casa, intentando fingir que nada de esto ha ocurrido. Es difícil, claro, porque al entrar en el apartamento he visto que mi madre ya había sacado el



suplemento del periódico y había dibujado pequeños cuernos en mi cabeza en todas las fotografías, y después lo había guardado en la nevera.

Aunque este curioso antojo es de agradecer, no facilita el trago de enseñar la cara (una cara que ahora empapela la ciudad con todos los suplementos publicitarios) en el instituto el lunes.

Para mi sorpresa, de todo esto ha salido algo bueno: ahora ya estoy segura de que el vestido que mejor me queda es el de tafetán blanco con el fajín azul. Mi padre dice que solo me lo pondré (ese o cualquier otro diseño de Sebastiano) pasando por encima de su cadáver. Pero no hay en Genovia otro diseñador que trabaje tan bien, por no hablar de que pueda acabar el vestido a tiempo. Así que mucho me temo que voy a acabar poniéndome el vestido que Sebastiano me ha enviado a casa hoy.

Lo cual, de todos modos, tampoco me preocupa demasiado ahora.

Creo.



Sábado, 13 de diciembre, 20.00 h, apartamento

Ya he recibido diecisiete mensajes de correo electrónico, seis llamadas telefónicas y una visita (Lilly) en relación con el asunto de las fotografías. Lilly dice que no es tan malo como creo, y que la mayoría de la gente tira los suplementos sin hojearlos.

Si eso es verdad, le he contestado, ¿por qué me está llamando y escribiendo todo el mundo?

Ha intentado darle la vuelta diciendo que son miembros de Alumnos Contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein, que quieren transmitirme su solidaridad por mi expulsión, pero creo que las dos sabemos que se trata de otra cosa: todos quieren saber en qué estaba pensando al venderme así.

¿Cómo voy a explicar que no he tenido nada que ver con esto, que ni siquiera lo sabía? Nadie me creerá. De hecho, la prueba está en las fotografías: llevo puesta la prueba. Hay una prueba fotográfica.

Mi reputación se va a ir al garete desde este mismo instante. Mañana por la mañana, millones de suscriptores de *The New York Times* abrirán el periódico y exclamarán: «¡Oh, mira, la princesa Mia! Ya se ha vendido. Me pregunto cuánto le habrán pagado, aunque no parece que necesite el dinero, perteneciendo a una familia de la realeza y eso».

Al final he tenido que pedirle a Lilly que por favor se fuera, porque tenía un dolor de cabeza terrible. Ha intentado aliviármelo con shiatsu, una técnica que sus padres emplean a menudo con sus pacientes, pero no ha funcionado. Lo único que ha acabado pasando es que creo que me ha hecho reventar una vena o algo así entre los dedos pulgar e índice, ya que me duele mucho la mano.

Ahora estoy decidida a empezar a estudiar, aunque sea sábado por la noche y todos los de mi edad estén divirtiéndose por ahí.

Ah, ¿no lo sabías? Las princesas no tenemos derecho a divertirnos.

ESTO ES LO QUE TENGO QUE HACER:



Álgebra: repasar capítulos 1-10.

Lengua: trabajo trimestral, 10 páginas, a doble espacio, dejar márgenes generosos; también, repasar capítulos 1-7.

Civ. del Mundo: repasar capítulos 1-12.

GyT: nada.

Francés: *revue chapitres un-neuf*.

Biología: repasar capítulos 1-12.

Escribir las instrucciones de cuidado de Fat Louie.

Compras de Navidad/Januká:

Mamá: camiseta premamá de Bon Jovi.

Papá: libro sobre el control de la ira.

Señor G.: navaja suiza.

Tina Hakim Baba: copia de *Emmanuelle*.

Kenny: televisor con DVD incorporado (no creo que sea demasiado extravagante; y no, no es sentimiento de culpa: quiere uno de verdad).

Grandmère: jiiiiNADA!!!!!!

Pintarme las uñas (quizá el esmalte, que tiene un sabor asqueroso, me disuade de mordérmelas). Romper con Kenny. Ordenar el cajón de los calcetines.

Voy a empezar por el cajón de los calcetines, porque es evidente que es lo más importante. No hay manera de concentrarse en nada si los calcetines no están ordenados.

Luego me pondré con el Álgebra, porque es la asignatura que peor llevo y el primer examen que tendré. Voy a aprobarla aunque sea la última cosa que haga en mi vida. NADA va a distraerme. Ni el asunto con Grandmère, ni el hecho de que cuatro de los diecisiete mensajes de correo electrónico sean de Michael, ni el hecho de que dos sean de Kenny, ni el hecho de que vaya a viajar a Europa a finales de la próxima semana, ni el hecho de que mi madre y el señor Gianini estén en la habitación de al lado viendo *La jungla de cristal*, mi película navideña favorita. NADA.

jiiiiVOY A APROBAR ÁLGBRA ESTE SEMESTRE y NADA VA A DISTRAERME DE ESTUDIAR PARA EL EXAMEN FINAL!!!!!!



Sábado, 13 de diciembre, 21.00 h, apartamento.

Acabo de salir para ver la parte en que Bruce Willis arroja los explosivos por el hueco del ascensor, pero ahora ya estoy de vuelta al trabajo.



Sábado, 13 de diciembre, 21 30 h, apartamento

Sentía mucha curiosidad por lo que pudiera querer Michael, así que acabo de leer sus mensajes. Solo los suyos. Uno hablaba del suplemento (Lilly se lo había dicho y él quería saber si estaba pensando en abdicar; ja, ja). Y los otros tres eran chistes que, supongo, tenían la intención de hacerme sentirme mejor. No eran muy graciosos, pero, de todos modos, me he reído.

Apuesto a que Judith Gershner no se ríe con los chistes de Michael. Está demasiado ocupada clonando cosas.



Sábado, 13 de diciembre, 22.00 h, apartamento

CÓMO CUIDAR DE FAT LOUIE EN MI AUSENCIA

Por la mañana:

Por la mañana, por favor, llenad el cuenco con PIENSO. Aunque quede comida en el cuenco, a Fat Louie le gusta encontrar una primera capa de pienso fresco, porque así tiene la sensación de estar desayunando como nosotros.

En la bañera de mi cuarto de baño hay un CUENCO DE PLÁSTICO AZUL. Por favor, llenadlo todas las mañanas con agua del grifo del lavamanos. Es importante que sea agua del grifo del lavamanos, porque la de la cocina no está lo bastante fresca. Y debéis usar el CUENCO AZUL porque es el cuenco en el que está acostumbrado a beber Fat Louie mientras yo me cepillo los dientes.

Hay otro cuenco en el pasillo, junto a la puerta de mi habitación. Lavadlo y llenadlo con AGUA FILTRADA DE LA JARRA, que hay en la nevera. Debe ser AGUA FILTRADA DE LA JARRA porque, aunque se afirma que el agua corriente de Nueva York no contiene contaminantes, es conveniente que Fat Louie beba al menos un poco de agua pura. Los gatos necesitan beber mucha agua para purgar sus sistemas y prevenir infecciones de riñón y orina, de modo que aseguraos de que siempre tenga agua a su disposición por todas partes, no solo junto a los cuencos de la comida, sino también en otros sitios.

No confundáis el cuenco del pasillo con el CUENCO QUE HAY AL PIE DEL ÁRBOL DE NAVIDAD. Ese cuenco está allí para que Fat Louie no beba del macetero del árbol. Un exceso de resina podría provocarle estreñimiento.

Por la mañana, a Fat Louie le gusta sentarse en el alféizar de la ventana de mi habitación y observar a las palomas que se posan en la escalera de incendios. NO ABRÁIS NUNCA ESA VENTANA, pero dejad siempre descorridas las cortinas para que pueda ver el exterior.



A veces también le gusta mirar por las ventanas que hay junto al televisor. Si maúlla mientras lo hace, significará que necesita que lo acariciéis.

Por la tarde:

A la hora de la cena, dadle COMIDA ENLATADA. A Fat Louie solo le gustan tres sabores: BANQUETE DE POLLO Y ATÜN (DESMENUZADOS), BANQUETE DE GAMBA Y PESCADO (DESMENUZADOS) y BANQUETE DE PESCADO AZUL (DESMENUZADO).

No comerá nada que lleve TERNERA ni CERDO. Debéis verter el contenido de la lata en un cuenco LIMPIO, o no se lo comerá. Tampoco comerá si el contenido no conserva la FORMA DE LA LATA una vez que lo volquéis en el cuenco, de modo que no lo desmenucéis.

Después de cenar, a Fat Louie le gusta tumbarse en la alfombra que hay frente a la puerta de la calle. Es un buen momento para que lo ayudéis a hacer ejercicio. Cuando se tumbe, ponedle las manos debajo de las patas delanteras y tirad de ellas (le gusta) hasta que se arquee como una coma. Luego presionadle con los pulgares entre los omóplatos y aplicadle un masaje como si fuese un minino. Si lo hacéis bien, ronroneará. Si lo hacéis mal, lo sabréis enseguida por que os morderá.

Fat Louie se aburre con mucha facilidad, y cuando se aburre no para de deambular por ahí maullando, así que aquí tenéis algunos juegos que le gustan:

Coged varias bolitas de PIENSO y alineadlas delante del equipo de música, para que Fat Louie las tire y las persiga.

Subid a Fat Louie a mi SILLA DE ESTUDIO y después escondedlos detrás de la estantería. Luego lanzad el extremo de un cordón de zapatos al respaldo de la silla para que no pueda ver de dónde sale.

Fabricad un FORTÍN en mi cama con almohadas y meted dentro a Fat Louie. Luego introducid la mano por los huecos que queden entre las almohadas (os sugiero que antes os pongáis una manopla de cocina).

Poned un poco de nébeda dentro de un calcetín viejo y arrojádselo a Fat Louie. Luego dejadlo solo unas cuatro o cinco horas, porque la nébeda le descontrola un poco las garras.

La tierra



Para el señor Gianini: mamá no debe limpiar la tierra de Fat Louie ni tocar nada que pueda haber estado en contacto con ella, pues podría contraer la toxoplasmosis y el bebé podría enfermarse. Hay que lavarse siempre las manos a conciencia con jabón y agua caliente después de limpiarle la tierra a Fat Louie, aunque no se haya tocado nada directamente.

Hay que limpiarle la tierra a Fat Louie TODOS LOS DÍAS, amontonándola primero y tirándola después en una bolsa de basura ecológica. No podría ser más fácil. Suele «aliviarse» unas dos horas después de cenar. Lo sabréis por el «aroma» que empieza a flotar sobre la caja en mi cuarto de baño.

Lo más importante

Recordad que no debéis tocar la ZONA ESPECIAL SITUADA DETRÁS DEL RETRETE de mi cuarto de baño. Ese es el rincón donde guarda su colección de objetos brillantes. Si os quita algo y lo encontráis allí, procurad no rescatarlo si él anda cerca, o, de lo contrario, se pasará semanas intentando morderos cada vez que os vea. Se lo comenté al veterinario, pero dice que, aparte de un tratamiento con un veterinario conductista a setenta dólares la hora, no hay nada que hacer. Solo nos queda sobrellevarlo lo mejor que podamos.

¡¡¡¡¡SOBRE TODO, ASEGURAOS DE COGER EN BRAZOS A FAT LOUIE VARIAS VECES AL DÍA Y ABRAZARLO Y ACHUCHARLO!!!!!! (LE GUSTA.)



Sábado, 13 de diciembre, 12.00 h, apartamento

¡¡¡No puedo creer que ya sean las doce y aún vaya por el capítulo uno: introducción al Álgebra!!!

Este libro es incomprensible. Sinceramente, espero que quienquiera que lo escribiese no ganase mucho dinero.

Debería ir y preguntarle al señor G. qué va a salir en el examen, y punto.

No, eso sería hacer trampas.



Domingo, 14 de diciembre, 10.00 h, apartamento

A solo cuarenta y ocho horas del examen final de Álgebra, y todavía por el capítulo uno.



Domingo, 14 de diciembre, 10.30 h, apartamento

Lilly acaba de venir otra vez. Quiere que estudiemos juntas Civilizaciones del Mundo. Le he dicho que ahora no puedo preocuparme por Civilizaciones del Mundo porque todavía voy por el capítulo uno en el repaso de Álgebra, pero ella dice que podemos alternarlo: ella me preguntará Álgebra durante una hora y después yo le preguntaré a ella Civilizaciones del Mundo durante otra hora. Le he dicho que sí, aunque en realidad no es justo: ella saca sobresaliente en Álgebra, así que el hecho de que me pregunte no la va a ayudar en nada, mientras que preguntarle Civilizaciones del Mundo me va a ayudar a mí a estudiar. Pero supongo que por eso somos amigas.



Domingo, 14 de diciembre, 11.00 h, apartamento

Acaba de llamar Tina. Por lo visto, sus hermanas y hermanos pequeños la están volviendo loca. Quería saber si podía venir a estudiar aquí. Le he dicho que por supuesto.

¿Qué otra cosa podía decir? Además, me ha prometido parar por el camino a comprar bagels y tofu. Y también ha comentado que las fotos del suplemento le parecen muy bonitas y que no debería importarme que la gente me considere una vendida, porque salgo guapísima.



Domingo, 14 de diciembre, por la tarde, apartamento

Michael le dijo a Boris dónde estaba Lilly, así que ahora Boris también está aquí.

Con Lilly va bien, pero Boris realmente respira demasiado fuerte. Me distrae.

Y preferiría que no pusiera los pies en mi cama. Lo mínimo que podría hacer es quitarse los zapatos. Pero, cuando se lo he sugerido a Lilly, a ella no le ha parecido buena idea.

Uf. No sé por qué Lilly soporta a un novio que no solo respira por la boca sino a quien, además, le huelen los pies.

Puede que Boris sea un genio musical, pero, en mi opinión, tiene mucho que aprender sobre higiene.



Domingo, 14 de diciembre, 12.30 h, apartamento

Ahora Kenny también está aquí. No sé cómo se supone que voy a estudiar con tanta gente alrededor. Además, el señor Gianini ha decidido que ahora es un buen momento para practicar con la batería.



Domingo, 14 de diciembre, 20.00 h, apartamento

Le dije a Lilly, y ella estuvo de acuerdo, que con Boris y Kenny aquí, el plan de estudio se había ido al garete. Además, las prácticas del señor G. con la batería no ayudaban. Así que decidimos que sería mejor tomarnos un respiro e ir a picar algo a Chinatown.

Nos lo pasamos muy bien en el Great Shanghai comiendo empanadillas vegetales y judías verdes salteadas con salsa de ajo. Acabé sentada al lado de Boris y me reí mucho con él; siempre se las apañaba para que, cuando los camareros venían con algo nuevo, el único espacio libre en la mesa fuera el que tenía delante y tuvieran que dejarlo allí, y así Boris y yo fuéramos los primeros en catarlo.

Eso me hizo caer en la cuenta de que, pese a los jerséis y lo de respirar por la boca, Boris es muy divertido y agradable. Lilly es muy afortunada, porque el chico al que ama también la ama. ¡Si pudiese hacer lo mismo yo con Kenny!

Pero, al parecer, no controlo en absoluto de quién me enamoro. Créeme: si lo controlara, NO me habría enamorado de Michael. Me refiero a que, por un lado, es el hermano mayor de mi mejor amiga, y si Lilly se enterara de que me gusta, NO lo entendería. Además, claro está, es un veterano y pronto se graduará e ingresará en la universidad.

Y, ah, sí, ya tiene novia.

Pero ¿qué voy a hacer? No puedo obligarme a enamorarme de Kenny ni hacer nada por dejar de gustarle en ese sentido especial, ya sabes.

Aunque aún no me ha invitado a ir al baile con él. Ni siquiera lo ha mencionado. Lilly dice que debería llamarle y soltarle algo así como: «¿Vamos a ir al baile o no?». Al fin y al cabo, en su opinión, tuve suficientes agallas para aplastar el teléfono móvil de Lana. ¿Por qué no iba a tener agallas para llamar a mi propio novio y preguntarle si piensa llevarme o no al baile del instituto?

Pero aplasté el teléfono móvil de Lana en un arrebato pasional. Soy incapaz de sentir pasión en nada concerniente a Kenny. Hay una parte de mí que no quiere ir al baile con él, y esa parte de mí se siente aliviada de que aún no me lo haya pedido.



Vale, es una parte muy pequeña, pero está ahí.

De modo que, en realidad, aunque me estaba divirtiendo al lado de Boris en el restaurante y eso, también me resultaba un poco deprimente, por lo de Kenny.

Y entonces todo se volvió aún más deprimente. Porque algunas chicas de rasgos orientales se me acercaron mientras yo abría mi galletita de la suerte y me pidieron un autógrafo. Me tendieron bolígrafos y el suplemento del *Times* para que se lo firmara.

Consideré seriamente la posibilidad de suicidarme, aunque no se me ocurría cómo, salvo quizá apuñalándome el corazón con un palillo chino.

En lugar de suicidarme, les firmé el estúpido suplemento e intenté sonreír, aunque por dentro, claro está, estaba ATERRORIZADA, sobre todo cuando vi lo contentas que las chicas se habían puesto al verme. Y... ¿por qué? No, no por mi infatigable trabajo en defensa de los osos polares o las ballenas o los niños que sufren hambre (que en realidad aún no he hecho, pero que tengo la firme intención de hacer).

No: porque he salido en una revista con un montón de vestidos bonitos, y soy alta y delgada como una modelo. ¡Lo cual no es ningún cumplido!

Después de eso, volví a sentir dolor de cabeza y dije que tenía que irme a casa.

Nadie protestó demasiado, creo que porque todos se percataron del tiempo que habíamos perdido y de lo que aún nos quedaba por estudiar. Así que nos marchamos, y ahora vuelvo a estar en casa, y mi madre dice que, mientras estaba fuera, Sebastiano ha llamado cuatro veces, y que ha enviado otro vestido. Y no cualquier vestido, sino uno que diseñó expresamente para mí, para que lo llevara en el Baile Aconfesional de Invierno. No es sexy. No es nada sexy. Es de terciopelo verde oscuro con manga larga y escote cuadrado.

Pero cuando me lo he puesto y me he mirado en el espejo de mi habitación, ha pasado algo gracioso: me he visto guapa. Muy guapa.

El vestido llevaba una nota enganchada con un alfiler:

Por favor, perdóname.

Te prometo que este vestido no le hará verte como la mejor amiga de su hermana pequeña.

S.

Muy dulce. Triste, pero muy dulce. Es imposible que Sebastiano sepa, por supuesto, que las esperanzas con Michael son completamente nulas y que ningún vestido va a cambiar eso, por muy bien que me quede.



Pero al menos Sebastiano se ha disculpado. Y, de momento, eso es mucho más de lo que ha hecho Grandmère.

Por supuesto que perdono a Sebastiano. En realidad, nada de esto ha sido culpa suya.

Y supongo que algún día llegaré a perdonar a Grandmère, pues es demasiado mayor para entender que debería comportarse de otra manera.

Pero la persona a quien nunca, jamás perdonaré es a mí misma, por haber provocado esta situación. Debería haberlo imaginado. Debería habérselo dicho a Sebastiano: «Nada de fotos, por favor». Pero estaba tan absorta mirándome en el espejo con todos aquellos vestidos bonitos, que olvidé que ser princesa consiste en algo más que en llevar vestidos hermosos: consiste en ser un ejemplo para muchas personas..., personas a las que ni siquiera conoces y a las que quizá no llegues a conocer nunca.

Motivo por el cual, sí no apruebo Álgebra, estoy muerta.



Lunes, 15 de diciembre, aula

He aquí el número de alumnos del Instituto Albert Einstein que (hasta el momento) han sentido el impulso de hacerme comentarios sobre el hecho de haber aplastado el móvil de Lana Weinberger el pasado viernes: 37.

He aquí el número de alumnos del Instituto Albert Einstein que (hasta el momento) han sentido el impulso de mencionar mi expulsión del pasado viernes: 59.

He aquí el número de alumnos del Instituto Albert Einstein que (hasta el momento) han sentido el impulso de hacerme comentarios sobre mi aparición en el suplemento publicitario de *The New York Times* del fin de semana: 74.

Cantidad total de comentarios que alumnos del Instituto Albert Einstein me han hecho (hasta el momento): 170.

Curiosamente, después de hacer este recuento, cuando llegué a mi taquilla encontré algo que me pareció totalmente insólito: una rosa amarilla asomando por la rejilla de la puerta.

¿Qué puede significar? ¿Es posible que en este instituto haya alguien que no me desprecie?

Por lo visto, sí. Pero, al mirar a mi alrededor, preguntándome quién podría ser la persona que me apoyaba, solo vi a Justin Baxendale, acosado (como de costumbre) por una horda de chicas babeantes.

Supongo que mi regalador de rosa anónimo debe de ser Kenny, que intenta animarme. ¿Qué otro podría ser si no?

Hoy es día de estudio, lo que significa que tenemos que quedarnos en el aula (excepto a la hora del almuerzo) estudiando para los exámenes finales, que empiezan mañana. Me va a venir de perlas, puesto que así, al menos, no tropezaré con Lana; su aula está en otra planta.

El único problema es que Kenny está en la mía. Tenemos que sentarnos por orden alfabético, por lo que él está en la fila de delante, pero no deja de pasarme notas. Notas con comentarios del tipo: «¡Sigue sonriendo!» y «¡Ánimo, mi sol!».



Pero no suelta prenda de la rosa.

Por cierto, ¿quieres saber la cantidad total de comentarios que me ha hecho (hasta el momento) Michael Moscovitz? Pues uno.

Y ni siquiera ha sido un comentario: me ha dicho en el pasillo que llevaba una bota desatada.

Mi vida está acabada.

Cuatro días para el Baile Aconfesional de Invierno, y aún sin acompañante.



Fórmula de la distancia: $d = r \cdot t$

$$r = 10$$

$$t = 2$$

$$d = 10 + (10)(2)$$

$$= 10 + 20 = 30$$

Las variables (letras) se corresponden con números Ley distributiva:

$$5x + 5y = 5(x + y)$$

$$2a - 2b + 2c$$

$$2(-1) - 2(-2) + 2(5)$$

$$-2 + 4 + 10 = 12$$

Un número se suma cuatro veces a tres. El resultado es cinco veces el número. Encuentra el número.

x = el número

$$4x + 3 = 5x \quad \underline{-4x} \quad \underline{-4x} \quad 3 = x$$

Regarde les oiseaux stupides.

El sistema de coordenadas cartesianas divide el plano en cuatro partes llamadas cuadrantes.

Cuadrante 1 (positivo, positivo)

Cuadrante 2 (negativo, positivo)

Cuadrante 3 (negativo, negativo)

Cuadrante 4 (positivo, negativo)

Inclinación: la inclinación de una línea es la línea denominada *ni*.

Halla la pendiente

pendientes negativas

pendientes positivas



inclinación cero

Una línea vertical *no* tiene inclinación

Una línea horizontal tiene una inclinación 0

Colíneos: puntos pertenecientes a la misma línea

Las líneas paralelas tienen la misma pendiente

$$4x + 2y = 6 \quad 2y = -4x + 6 \quad y = -2x + 3$$

La voz activa indica que el sujeto del verbo está actuando. La voz pasiva indica que el sujeto del verbo es el objeto de la acción.



Martes, 16 de diciembre

Ya he hecho los exámenes de Álgebra y de Lengua. Solo quedan otros tres, y el trabajo trimestral, para acabar.

76 comentarios hoy, 53 de ellos negativos:

«Vendida»: 29 veces

«Debo-de-tenérmelo-muy-creído»: 14 veces

«Aquí llega Miss Creída»: 6 veces

Lilly dice: «¿Y a quién le importa lo que diga la gente? Tú sabes cuál es la verdad, ¿no? Pues eso es lo único que importa».

Es fácil de decir para Lilly. No es de Lilly de quien están diciendo esas maldades, sino de mí.

Alguien ha dejado otra rosa amarilla en mi taquilla. ¿De qué va todo esto? He vuelto a preguntarle a Kenny si ha sido él, pero dice que no. Curiosamente, me ha dado la impresión de se ponía muy rojo... Pero seguro que el motivo era que Justin Baxendale, que justo entonces pasaba por ahí, pisó a Kenny. Kenny tiene los pies muy grandes, más que los míos.

Faltan tres días para el Baile Aconfesional de Invierno, y ninguna novedad en el frente de los acompañantes.



Miércoles, 17 de diciembre

Examen de Civ. del Mundo: *finis*.

Dos más, y el trabajo trimestral, para acabar.

62 comentarios, 34 negativos:

«No dejes de contonearte»: 12 veces

«Vendida»: 5 veces

«Si yo fuera tan plana como tú, Mia, también podría ser modelo»: 6 veces

Otra rosa amarilla. Ni la menor pista de quién la ha dejado. Quizá alguien esté confundiendo mi taquilla con la de Lana. Al fin y al cabo, ella siempre ronda por esa zona, esperando a Josh Richter, cuya taquilla es contigua a la mía, para poder succionarse con él. Es posible que alguien crea que le está dejando rosas a ella.

Dios sabe que nadie en todo el Instituto Albert Einstein querría dejarme flores a mí. A menos que estuviera muerta. Entonces, quizá. Así podrían lanzarlas a mi tumba y decir:

«Hasta nunca, Miss Creída».

Faltan dos días para el baile. Nada aún.



Jueves, 18 de diciembre, 13.00 h

Se me acaba de ocurrir: quizá Kenny esté mintiendo con respecto a las rosas. Quizá las rosas en realidad sean tuyas. Quizá las esté dejando a modo de rompecabezas, un enigma que me llevará a la invitación para el baile de mañana por la noche.

Lo cual es ciertamente insultante. Me refiero a haber esperado tanto tiempo para acabar pidiéndomelo... La verdad, a estas alturas ya podría haber dicho que sí a otro.

Como si alguien me lo hubiese pedido. ¡JA!



Jueves, 18 de diciembre, 16.00 h, limusina, camino del Plaza

¡¡¡POR FIN!!!

¡¡¡SE ACABÓ!!!

¡¡¡SE ACABARON LOS EXÁMENES!!!

¿Y sabes qué?

Estoy bastante segura de que los he aprobado todos. Incluso Álgebra. Las notas no saldrán hasta mañana, durante la Feria de Invierno, pero he estado dando tanto la tabarra al señor G., que al final me ha dicho: «Mia, lo has hecho bien. Ahora déjame en paz, ¿vale?».

¿¿¿Has visto???

 ¡¡¡¡¡Ha dicho que lo he hecho BIEN!!!!!! Sabes lo que significa «bien», ¿verdad?

¡¡¡¡¡SIGNIFICA QUE HE APROBADO!!!!!!

Gracias a Dios que todo se ha acabado ya. Ahora ya puedo concentrarme en lo que es importante de verdad:

Mi vida social.

Hablo en serio. Se encuentra en un estado lamentable. En el instituto, todo el mundo (con la excepción de mis amigos) cree que soy una vendida. No paran de decir: «No se puede decir que prediques con el ejemplo, Mia».

Bien, pues voy a demostrárselo. Ayer, justo después del examen de Civ. del Mundo, de pronto lo vi clarísimo. Supe exactamente qué es lo que tenía que hacer. Es lo que haría Grandmère.

Bueno, vale, quizá no es exactamente lo que haría Grandmère, pero solucionará el problema. Está claro que a Sebastiano no va a gustarle mucho, pero tendría que



haberme preguntado a MÍ, y no a Grandmère, si era correcto publicar esas fotografías en un suplemento que en realidad iba a publicitar sus creaciones, ¿cierto?

Tengo que decir que esto es lo más principesco que he hecho hasta el momento. Estoy nerviosísima. En serio. No te imaginas cómo me sudan las manos.

Pero no puedo seguir mintiendo y soportar dócilmente este abuso. Hay que hacer algo al respecto, y creo que ya sé qué.

Lo mejor es que lo estoy haciendo sola, sin la ayuda de nadie.

Bueno, vale, el conserje del Plaza me ha ayudado a conseguir una habitación y Lars me ha ayudado a hacer todas las llamadas con su teléfono móvil.

Y Lilly me ayudó a redactar lo que iba a decir, y Tina acaba de maquillarme y peinarme.

Pero, por lo demás, lo he hecho todo sola.

Muy bien, allá vamos.

Uf.



Jueves, 18 de diciembre, 19.00 h

Acabo de verme en las cuatro cadenas principales, además de la New York 1, la CNN, la Headline News, la MSNBC y la Fox News Channel. Por lo visto, también van a emitirlo en los programas *Entertainment Tonight*, *Access Hollywood* y *E! Entertainment News*.

Y tengo que admitir que, para ser una chica que supuestamente sufre problemas con su imagen, creo que salgo bastante airosa. No se me traba la lengua ni una sola vez. Quizá hablo un poco demasiado deprisa... pero, bueno, supongo que, aun así, se me entiende. A menos, claro está, que no entiendas mi idioma o algo por el estilo.

También creo que salgo favorecida. Tal vez debería haberme puesto otra cosa en lugar del uniforme del instituto, pero, ya sabes, el azul marino favorece en televisión.

El teléfono no ha parado de sonar desde la emisión de la rueda de prensa. La primera vez contestó mi madre y era Sebastiano, gritando de forma incomprensible que le he arruinado.

Aunque no dijo «arruinado» sino «arruin».

Me sentí fatal, porque mi intención no era arruinarle. Menos aún después de haber sido tan amable de diseñarme ese vestido para el baile.

Pero ¿qué se supone que tenía que hacer? Intenté que viera la parte buena: «Sebastiano —le dije cuando me puse al teléfono—, no te he arruinado. De verdad. Es solo que los beneficios que se deriven de la venta de los modelos que luzco en el suplemento publicitario se destinarán a Greenpeace».

Pero Sebastiano era incapaz de comprenderlo. «¡Arruin! ¡Estoy arruin!»

He puntualizado que, lejos de arruinarle, el hecho de donar a Greenpeace todos los beneficios de las ventas de los vestidos que lucí será percibido por la industria como una táctica de marketing brillante, y que no me extrañaría que esos modelos volaran de los escaparates, ya que las chicas como yo, que realmente son el público al que van destinados sus diseños, están muy comprometidas con la preservación del medio ambiente.



He debido de aprender un par de cosas durante mis clases de princesa con Grandmère, pues al final la gané por goleada. Cuando colgué, creo que Sebastiano casi creía que todo había sido idea suya.

La siguiente llamada fue de mi padre. Creo que voy a tener que olvidar la idea de regalarle un libro sobre cómo gestionar la ira, ya que se estaba tronchando de risa. Quería saber si había sido idea de mi madre, y cuando le dije: «No, ha sido solo mía», él contestó: «Definitivamente, has captado por completo lo de ser princesa».

Así que, en cierto modo (en un modo extraño), tengo la sensación de haber aprobado también ese examen final.

Salvo por el detalle de que, por supuesto, aún no me hablo con Grandmère. Ni una sola de las llamadas que he recibido esta noche (de Lilly, Tina y los abuelos desde Indiana, que me han visto en un canal afiliado) ha sido suya.

La verdad, creo que es ella quien debería disculparse, porque su comportamiento fue bastante turbio.

Casi tanto, señaló mi madre al volver de cenar en el Number One Noodle Son, como lo que he hecho yo.

Algo que resulta un poco chocante. Me refiero a que no lo había pensado hasta ahora, pero es verdad: lo que he hecho esta noche... ha sido tan taimado como cualquiera de las cosas que jamás haya hecho Grandmère.

Pero supongo que no debería sorprenderme. Al fin y al cabo, somos parientes.

De hecho, ahora que lo pienso, también lo eran Luke Skywalker y Darth Vader.

Tengo que irme. *Los vigilantes de la playa* ya ha empezado. Hace tiempo que no llegaba a casa a tiempo para verlo.



Jueves, 18 de diciembre, 21.00 h

Tina llamó hace un rato. No quería conocer los detalles de la rueda de prensa. Quería saber qué me ha regalado mi amigo invisible.

— ¿Mi amigo invisible? ¿De qué me estás hablando?

— Ya sabes — me contestó Tina —. Tu amigo invisible. ¿No te acuerdas, Mia? Nos apuntamos hará un mes. Tenías que introducir tu nombre en una caja y luego alguien lo sacaba y se convertía en tu amigo invisible durante la semana previa a las vacaciones de Navidad. Se supone que tiene que sorprenderte con pequeños regalos y cosas así. Ya sabes, lo hacen como distracción para sobrellevar mejor los exámenes finales y todo eso.

Apenas lo recordaba. Un día antes de Acción de Gracias, Tina me había arrastrado a un rincón de la cafetería; allí había una mesa plegable a la que estaban sentados varios chicos del consejo de alumnos con pinta de empollones, y una caja grande llena de trocitos de papel. Tina me había hecho escribir mi nombre en uno y sacar otro de la caja.

— ¡Oh, Dios mío! — grité —. ¡Con el ajetreo de los exámenes lo había olvidado por completo!

Y peor aún: había olvidado que el nombre que saqué era el de Tina. En realidad no fue casualidad, pues ella acababa de dejar su papelito en la caja justo antes de que me tocara a mí sacar uno. Aun así, ¿qué clase de amiga soy, olvidando algo así?

Entonces caí en la cuenta de algo más: las rosas amarillas. ¡No las habían puesto en mi taquilla por equivocación! ¡Y era verdad que no eran de Kenny! Tenían que ser de mi amigo invisible.

Algo que en cierto modo resultaba inquietante, porque todo indica que Kenny no tiene la menor intención de invitarme a ir con él al baile de mañana por la noche.

— No puedo creer que lo hayas olvidado — dijo Tina con aire divertido —. Pero tú sí le habrás regalado algo a tu amigo invisible, ¿no?

Sentí una punzada de culpa. Se me había ido de la cabeza. ¡Pobre Tina!



—Hum, claro —contesté, preguntándome si conseguiría encontrar algún regalo para ella antes de mañana, el último día de la cosa esta del amigo invisible—. Sí, claro.

Tina suspiró.

—Yo creo que nadie sacó mi nombre —dijo—, porque no he recibido nada.

—No te preocupes —dije, confiando en que mi voz no delatara mi tremendo sentimiento culpa—. Seguro que recibes algo. Quizá tu amigo invisible esté esperando..., ya sabes, al último día porque... te ha comprado algo muy especial.

—¿Eso crees? —preguntó algo nostálgica.

—Oh, sí —barboteé.

Esperanzada, Tina recuperó el pragmatismo.

—Bueno —dijo—, ahora que se han acabado los exámenes...

—Hum..., ¿sí?

—¿Cuándo piensas decirle a Michael que fuiste tú quien le enviaste las postales?

Perpleja, le contesté:

—Nunca, por supuesto.

A lo que Tina repuso, cortante:

—Mia, si no se lo dices, ¿qué sentido tiene haberle enviado las postales?

—Hacerle saber que le gusta a otras chicas, además de Judith Gershner.

Tina prosiguió con voz severa:

—Mia, no es suficiente. Tienes que decirle que fuiste tú. ¿Cómo vas a conseguir salir con él si no sabe lo que sientes? —Sorprendentemente, Tina Hakim Baba tiene mucho en común con mi padre—. ¿Te acuerdas de lo que hizo Kenny? Así fue como Kenny consiguió salir contigo. Primero te envió notas anónimas, pero luego confesó que había sido él.

—Sí —dije, sarcástica—. Y mira qué bien nos ha ido.

—Sería diferente con Michael —insistió Tina—, porque estáis predestinados el uno para el otro. Lo presiento. Tienes que decírselo, y tienes que decírselo mañana, porque pasado mañana te vas a Genovia.

¡Oh, Dios mío! Congratulándome por haber salido airoso de mi primera conferencia de prensa perpetrada por mí misma, también he olvidado eso. ¡Pasado mañana me voy a Genovia! ¡Con Grandmère! ¡Con quien ni siquiera me hablo!

Le dije a Tina que se lo confesaría a Michael mañana. Ella colgó, muy feliz.



Pero es una suerte que no haya podido verme la nariz, porque se me ha ensanchado más que nunca mintiéndole como una bellaca.

Porque de ningún modo voy a decirle a Michael Moscovitz lo que siento por él. Diga lo que diga mi padre. No puedo.

No a la cara.

Jamás.



Viernes, 19 de diciembre, aula

Nos tienen encerrados en el aula como rehenes hasta que nos den las notas de los exámenes finales del semestre. Después podremos pasar el resto del día en la Feria de Invierno, en el gimnasio, y después, por la noche, en el baile.

De verdad. Ya no tengo más clases. Se supone que podemos divertirnos.

Ja. Pues yo no voy a volver a divertirme en la vida.

Y el motivo es que (ya sabes, aparte de mis muchos otros problemas, entre ellos el hecho de que no amo a mi novio, quien por lo visto tampoco me ama ya, al menos no lo suficiente para invitarme a ir con él al baile del instituto, sino que amo al hermano mayor de mi mejor amiga, que ni remotamente imagina lo que siento) creo que sé quién es mi amigo invisible.

En serio, no hay otra explicación. ¿Por qué, si no, iba Justin Baxendale (que, pese a estar recién llegado, es súper popular, por no hablar de su guapura) a merodear tan a menudo por mi taquilla? En serio. Es la tercera vez esta semana que le veo acecharla. ¿Por qué iba a rondar por ahí si no es para dejarme esas rosas?

A menos que esté planeando chantajearme por lo de la alarma antiincendios...

Pero no me parece que Justin Baxendale sea de los que chantajean. Quiero decir que me parece más alguien que debe de tener mejores cosas que hacer que chantajear a una princesa.

Lo cual solo deja una explicación posible a que pase tanto tiempo merodeando por mi taquilla: es mi amigo invisible.

Qué vergüenza voy a pasar cuando salga ahí fuera después de que suene el timbre y Justin se me acerque para confesarme (porque resulta que esa es la regla del juego: hoy hay que desvelar la identidad de uno a su amigo invisible) y tenga que mirarle a esos ojos grisáceos de largas pestañas y forzar una amplia sonrisa y decir: «Oh, ejem, gracias, Justin. ¡No tenía ni idea de que fueras tú!».

En fin. En cualquier caso, este es el menor de mis problemas, ¿no? Quiero decir, teniendo en cuenta que soy la única chica de todo el instituto que no tiene



acompañante para el baile de esta noche. Y que mañana tengo que viajar a un país del que soy princesa, con mi abuela lunática, que no se habla con mi padre y que, lo sé por experiencia, es muy capaz de fumar en el lavabo del avión si tiene un apretón.

En serio. Mi abuela es la peor pesadilla de un séquito real.

Pero eso ni siquiera es la mitad del asunto. De hecho, ¿qué hay de mi madre y del señor Gianini? Está claro que se comportan como si no les importara que vaya a pasar las vacaciones en otro país, y, sí, vamos a tener una pequeña celebración navideña privada antes de que me vaya, pero, en serio, estoy segura de que les importa un pimiento.

¿Y la nota de Álgebra? Ah, el señor Gianini dice que está bien, pero ¿qué significa «bien» exactamente? ¿Un suficiente? Un suficiente no está bien. No si tenemos en cuenta la cantidad de horas que he dedicado a subir de un deficiente. Un suficiente no es aceptable.

¿Y qué (oh, Dios, ¡qué!) voy a hacer con Kenny?

Al menos ya he solucionado lo del regalo de Tina. Anoche me conecté a internet y la suscribí a un club de lectura de literatura romántica para adolescentes. Imprimí el certificado que garantiza que ya es miembro oficial del club y se lo daré cuando suene el timbre.

Cuando suene el timbre... momento en que tendré que salir ahí fuera y enfrentarme a Justin Baxendale.

No sería tan malo si no fuese por esos ojos suyos. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Y por qué tuvo que sacar mi nombre? ¿Por qué tiene que ser mi amigo invisible alguien tan guapo? Es inevitable que las personas guapas, como Lana y Justin, sientan rechazo por las personas de aspecto vulgar y corriente como yo.

Es probable que ni siquiera sacara mi nombre de la caja. Es probable que sacara el de Lana y que haya estado dejando las rosas en mi taquilla por equivocación, porque ella casi nunca visita su propia taquilla.

Lo peor de todo es que, según me dijo Tina, las rosas amarillas significan amor eterno.

Motivo por el cual, a fin de cuentas, supuse que era Kenny.

Oh, genial. Ya están entregando las notas. No pienso mirarlas. No me importa. NO ME IMPORTA QUÉ NOTAS HE SACADO.

Gracias al cielo que ya ha sonado el timbre. Voy a escabullirme de aquí (sin mirar mis notas, sin mirar ni por un segundo mis notas) y seguir con mis cosas como si nada fuera de lo común estuviera ocurriendo.

Pero, ¡cómo no!, cuando llego a mi taquilla, Justin está ahí, buscando a alguien. Lana también está ahí, esperando a Josh.



¿Sabes? No necesito esto. Quiero decir que no necesito que Justin confiese que es mi amigo invisible delante de Lana. A saber qué es capaz de decir una chica que, desde que llegamos a la pubertad, ha ido sugiriendo por ahí que en lugar de sujetador uso tiritas. Además, no ha estado precisamente lo que se dice amable conmigo después de lo del móvil. Apuesto a que ya debe de tener alguna artimaña preparada...

—Eh, tío —dice Justin.

¿Tío? Yo no soy un tío. ¿A quién se dirige Justin?

Me doy la vuelta. Josh está ahí, detrás de Lana.

—Tío, llevo toda la semana buscándote —le dice Justin a Josh—. ¿Vas a dejarme los apuntes de trigonometría o no? Tengo el examen final dentro de una hora.

Josh contesta algo, pero no le oigo.

No le oigo porque un ruido estruendoso me ensordece. Un ruido estruendoso me ensordece porque detrás de Justin está Michael. Michael Moscovitz.

Y en una mano lleva una rosa amarilla.



Viernes, 19 de diciembre, Feria de Invierno

Oh, Dios.

Estoy metida en un buen lío.

Otra vez.

Y ni siquiera es culpa mía. Quiero decir que... no he podido evitarlo. Ha ocurrido sin más, ¿sabes? Y no significa nada. Ha sido... ya sabes... una de esas cosas que suelen pasar.

Y, además, no es lo que Kenny cree. En absoluto. Quiero decir que... si lo piensas, es un verdadero chasco. Para mí, en cualquier caso.

Porque, por supuesto, lo primero que Michael dijo cuando me vio ahí, de pie, mirándole boquiabierto, mientras él me tendía la flor, era: «Toma. Acaba de caerse de tu taquilla».

La cogí, totalmente aturdida. Juro por Dios que tenía el corazón tan acelerado que pensaba que iba a morirme allí mismo.

Porque creía que era él quien las había dejado en mi taquilla. Las rosas, quiero decir. Por un minuto, creí de verdad que Michael Moscovitz había estado dejando rosas en mi taquilla.

Pero, claro, esta vez la rosa llevaba una tarjeta. Y la tarjeta decía:

¡Buena suerte en tu viaje a Genovia! Te veré a la vuelta.

Tu amigo invisible,

Boris Pelkowski

Boris Pelkowski. Boris Pelkowski es quien me ha dejado todas esas rosas. Boris Pelkowski es mi amigo invisible.



Está claro que Boris no sabe que una rosa amarilla simboliza el amor eterno. Boris ni siquiera sabe dejar de meterse el jersey por los pantalones. ¿Cómo va a conocer el lenguaje secreto de las flores?

Y no sé qué era más fuerte: la sensación de alivio por que no fuese Justin Baxendale quien dejaba las rosas...

... o la sensación de decepción por que no fuese Michael Moscovitz.

Entonces Michael dijo:

—Y bien, ¿cuál es el veredicto?

A lo que contesté con una mirada inexpresiva. Aún no lo había superado. Ya sabes, esos pocos segundos en que había creído (y lo había creído de verdad, así de tonta soy) que me amaba.

—¿Qué has sacado en Álgebra? —me preguntó despacio, como dirigiéndose a alguien un poco corto.

Cosa que, obviamente, soy. Tan corta que no supe lo muy enamorada que estoy de Michael Moscovitz hasta que Judith Gershner apareció y se lo llevó delante de mis narices.

En fin. Saqué la hoja con las notas y... ¿puedes creer que había subido de un deficiente a un notable bajo en Álgebra?

Lo cual demuestra que si uno dedica hasta el último minuto que pasa despierto a estudiar algo, lo más probable es que consiga retener, al menos, un poquito.

En cualquier caso, lo suficiente para sacar un notable bajo en el examen final.

Estoy haciendo verdaderos esfuerzos por no regodearme, pero es difícil. Es que... ¡estoy tan contenta!

Bueno, salvo por el detalle de no-tener-con-quién-ir-al-baile.

Aun así, es difícil no estar contenta. De ningún modo he sacado esta nota porque el profesor casualmente sea mi padrastro. En Álgebra, o das la respuesta correcta o no la das. No hay nada subjetivo, como en Lengua. No hay interpretación de los hechos. O aciertas, o no.

Y yo acerté. En el ochenta por ciento de los casos.

Por supuesto ayudó que acertara la respuesta a la pregunta extra del examen: «¿Qué instrumento tocaba Ringo, de los Beatles?».

Pero solo valía dos puntos.

En fin. Aquí viene la parte en que me metí en un lío. Aunque, por supuesto, no fue culpa mía.



Estaba tan contenta con mi notable bajo que por un instante olvidé por completo lo enamorada que estoy de Michael. Incluso olvidé, para variar, lo tímida que me vuelvo en su presencia. Así que, en vez de comportarme como siempre, hice algo muy poco propio de mí.

Me abalancé sobre él con los brazos abiertos. En serio. Me abalancé sobre él y le rodeé el cuello con los brazos gritando: «¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡!!!».

No pude evitarlo. ¡Estaba tan contenta! Vale, sí, lo de la rosa había sido un chasco, pero el notable bajo lo compensó. Bueno, casi.

Solo fue un abrazo inocente. Eso es lo que fue. Al fin y al cabo, Michael me había dado clases todo el semestre. Ese notable bajo también era suyo.

Pero supongo que Kenny, que, según me informa ahora Tina, asomó por la esquina justo en el momento en que lo hacía (abrazar a Michael, quiero decir), no lo interpretó así. Según Tina, Kenny cree que entre Michael y yo hay algo más.

A lo que, obviamente, solo puedo decir: ¡¡¡OJALÁ!!!

Pero no puedo decirlo. Tengo que encontrar a Kenny y hacerle entender, ya sabes, que solo fue un abrazo amistoso.

Tina no para de insistirme: «¿Por qué? ¿Por qué no le dices la verdad: que no sientes por él lo mismo que él siente por ti? ¡Es tu gran oportunidad!».

Pero uno no puede romper con alguien durante la Feria de Invierno. En serio. ¡Es cruel!

¿Por qué tiene que estar mi vida tan llena de dificultades?



Viernes, 10 de diciembre, aún en la Feria de Invierno

Bueno, todavía no he encontrado a Kenny, pero realmente tengo que decir esto en favor de los administradores: puede que sean demasiado exigentes, pero sin duda saben organizar fiestas. Hasta Lilly está impresionada.

Eso no quita que haya símbolos de corporativismo por todas partes: un dispensador de refresco de naranja de McDonald's en cada planta e infinidad de mesas repletas de pasteles y galletas.

Aun así, es evidente que su intención es que nos lo pasemos bien. Todos los clubes disponen de stand propio y organizan actividades. Han convertido el gimnasio en un salón de baile, cortesía del Club de Baile; en el auditorio se imparten clases de esgrima, gracias al Club de Interpretación; incluso en el vestíbulo de la primera planta se ofrecen clases para ser animadora, impartidas (lo has adivinado) por «mis amigas».

No he conseguido encontrar a Kenny, pero sí me he encontrado a Lilly en el stand de los Alumnos por la Amnistía Internacional (los Alumnos Contra el Corporativismo del Instituto Albert Einstein no entregaron a tiempo la solicitud para disponer de stand propio, de modo que Lilly está a cargo del de Amnistía Internacional). ¿Y sabes qué? ¿Adivinas quién ha sacado un deficiente?

Bingo.

Lilly. No podía creerlo.

—¿Que la señorita Spears te ha puesto un deficiente en Lengua? ¿Que TÚ has sacado un deficiente?

Sin embargo, a ella no parecía preocuparle.

—Tuve que posicionarme, Mia —contestó—. Y, a veces, cuando crees en algo, tienes que hacer sacrificios.

—Claro —dije—. Pero... ¿un deficiente? Tus padres te matarán.



—No, no me matarán —dijo Lilly—, solo intentarán psicoanalizarme.

Lo cual es verdad.

¡Oh, Dios! Aquí llega Tina.

Espero que no se acuerde de...

Se acuerda.

Ahora mismo vamos al stand del Club de Informática.

Y yo no quiero ir al stand del Club de Informática. Ya le he echado un vistazo y sé lo que está pasando. Michael y Judith y los demás pirados por la informática están sentados detrás de todos esos monitores. Cuando se les acerca alguien, le hacen sentarse delante de uno y probar un juego que ha programado el club, que consiste en pasear por el instituto e ir topando con profesores ataviados con disfraces ridículos. La directora Gupta, por ejemplo, lleva un traje de cuero de dominatrix y un látigo, y el señor Gianini aparece en pijama, con un osito de peluche idéntico a él.

En la solicitud para participar en la feria presentaron otro programa, claro, de modo que ningún profesor ni ningún miembro de la administración sabe lo que ve quien se sienta allí. Aunque sería lógico que se preguntasen por qué todo el mundo se ríe tanto...

Aun así, no quiero ir. No quiero ni acercarme al stand.

Pero Tina dice que tengo que hacerlo.

—Es el momento perfecto para decírselo —insiste—. Además, Kenny no te verá.

Oh, Dios. Esto es lo que pasa cuando le cuentas algo a tus amigas.



Viernes, 19 de diciembre, aún más tarde, aún en la Feria de Invierno

Vale. Vuelvo a estar en los servicios de chicas. Y creo que puedo afirmar con total certeza que jamás saldré de aquí.

No, creo que voy a quedarme hasta que todos se hayan ido a casa. Hasta que sea seguro salir. Gracias a Dios que mañana me voy del país. Quizá, cuando vuelva, todos los implicados en este incidente lo hayan olvidado ya.

Aunque lo dudo. Con la suerte que tengo...

¿Por qué siempre me pasan estas cosas? En serio. ¿Por qué? ¿Qué he hecho para poner a los dioses en mi contra? ¿Por qué no le pasan estas cosas a Lana Weinberger? ¿Por qué me pasan a mí? ¿Por qué siempre a mí?

Vale, esto es lo que ha pasado.

Por supuesto, no tenía la menor intención de decirle nada a Michael. Me refiero a soltárselo todo de golpe y precisamente allí. Solo acompañaba a Tina porque, bueno, habría resultado extraño que no visitara el stand del Club de Informática. Además, Michael me había pedido infinidad de veces que pasara por allí. Así que no había manera de evitarlo.

Pero en ningún caso tenía intención de decir nada sobre ya-sabes-qué. Tina iba a tener que aprender a vivir con la decepción. Uno no ama a alguien tanto tiempo como, pongamos, llevo yo amando a Michael y se acerca a él en mitad de una fiesta en el instituto y le suelta: «Ah, por cierto, sí: te amo».

¿Vale? Eso no se hace.

En fin. El caso es que fui con Tina al maldito stand. Todos los que estaban allí se reían, y parecían emocionados porque su programa estaba teniendo tanto éxito que se había formado una cola larguísima. Pero Michael nos vio y gritó: «¡Eh, venid!».

Sí, claro, como si pudiésemos colarnos delante de tanta gente... Bueno, pues lo hicimos, aunque todos los que dejamos atrás empezaron a protestar... y con razón. Llevaban mucho rato esperando.



Pero, supongo que por lo de la noche anterior (ya sabes, cuando expliqué en la televisión estatal que el único motivo por el que había lucido todos esos modelos era porque el diseñador iba a donar los beneficios a Greenpeace), ahora soy bastante más popular (hasta el momento, comentarios positivos: 243, negativos: 1, de Lana, por supuesto). De modo que las protestas de los de la cola no fueron tan malas como podrían haber sido.

En fin. El caso es que Michael me dijo: «Mia, siéntate aquí», y colocó una silla para mí delante de uno de los monitores.

Me senté y esperé a que la tontería empezara, y a mi alrededor un montón de chavales se reían de lo que veían en las pantallas. Y, mientras esperaba, por algún motivo, me puse a pensar: «El mundo es de los audaces».

Algo absurdo, porque: primero, NO iba a decirle a Michael que me gusta, y segundo, yo no pretendo conquistar el mundo. Ni siquiera tengo muy claro qué significa ser audaz.

Entonces oí que Judith decía: «Espera, ¿qué haces?».

Y después oí que Michael decía: «No, no pasa nada. Tengo algo especial para ella».

El monitor parpadeó. Suspiré. «Vale —pensé—. Aquí llega la tontería esa de los profesores. No olvides reír para que crean que te gusta.»

De modo que allí seguía sentada, y algo deprimida, porque en realidad no tenía nada que esperar. Me refiero a que todos los demás estaban emocionados porque un rato después iban a ir al baile, pero nadie me había invitado a ir (ni siquiera mi presunto novio), así que ni eso podía esperar. Y todos los que conozco se iban a esquiar o a las Bahamas o donde fuera a pasar las vacaciones de Navidad, pero ¿qué voy a hacer yo? Ah, sí, salir con un puñado de miembros de la Asociación de Olivareros de Genovia. Estoy segura de que son personas agradables, pero... ¡por favor!

Y antes incluso de partir rumbo a mi tedioso viaje a Genovia, tengo que romper con Kenny, algo que de ningún modo quiero hacer, porque me gusta de verdad y no quiero herir sus sentimientos, pero supongo que no me queda más remedio que hacerlo.

Aunque confieso que el hecho de que aún ni siquiera haya mencionado el baile está haciendo que la idea de romper con él resulte menos atroz.

«Pues entonces —pensé— mañana me iré a Europa en avión con papá y Grandmère, que siguen sin hablarse (y como que yo tampoco me hablo con Grandmère, va a ser un viaje divertidísimo), y, cuando vuelva, conociendo mi suerte, Michael y Judith estarán ya prometidos.»



Eso es lo que pensaba en el instante mismo en que el monitor parpadeó. Eso y: «¿Sabes? No estoy de humor para ver a ningún profesor disfrazado».

Solo que, cuando el parpadeo cesó, no fue eso lo que vi. Lo que vi fue un castillo.

En serio. Era un castillo, como el de los Caballeros de la Mesa Redonda, o el de *La Bella y la Bestia*, o lo que sea. La imagen empezó a ampliarse; pasamos por encima de las murallas exteriores y accedimos a los jardines. Allí florecían rosas rojas, grandes y gordas. Algunas habían perdido los pétalos, que se veían dispersos sobre la hierba. Era muy, muy bonito, y yo pensaba: «¡Eh! Esto es mucho mejor de lo que esperaba».

Y en cierto modo olvidé que estaba sentada delante de un monitor en la Feria de Invierno con unas dos docenas de personas a mi alrededor. Empecé a sentirme como si en verdad estuviese en los jardines de aquel castillo.

Entonces, un estandarte ondeó en la pantalla, delante de las rosas, como mecido por el viento. El estandarte llevaba impresas en oro unas palabras. Cuando dejó de ondear, pude leerlas:

*Las rosas son rojas,
las violetas son de color añil.
Tal vez no lo sepas
pero yo también te amo a ti.*

Grité y salté de la silla y la tiré sin querer. Todo el mundo se echó a reír. Supongo que creían que acababa de ver a la directora Gupta con el traje de cuero negro. Pero Michael sabía que no era eso lo que acababa de ver.

Y Michael no se reía.

Pero yo no podía mirar a Michael. No podía mirar a ningún sitio, excepto a mis pies. Porque no podía creer lo que acababa de ocurrir. Es decir, no podía procesarlo. ¿Qué significaba eso? ¿Significaba que Michael sabía que era yo quien le había estado enviando todas esas tarjetas y que sentía lo mismo que yo?

¿O significaba que sabía que era yo quien le había estado enviando todas esas tarjetas e intentaba devolverme la jugada a modo de broma?

No tenía ni idea. Lo único que sabía era que si no me iba de allí en ese mismo instante, me iba a echar a llorar...

... y delante de todo el instituto.



Agarré a Tina por un brazo y la arrastré detrás de mí. Supongo que pensaba que le contaría lo que había visto y quizá ella acertara a descifrar su significado, porque yo era incapaz.

Tina chilló (debí de agarrarla más fuerte de lo que creía) y oí que Michael me llamaba: «¡Mia!».

Pero no me detuve. Seguí tirando de Tina y abriéndome paso entre la muchedumbre en dirección a la puerta, con un único pensamiento en la cabeza: «Tengo que llegar a los servicios de chicas antes de que me ponga a berrear como una energúmena».

Alguien me agarró casi con la misma fuerza con que yo llevaba agarrada a Tina. Creí que era Michael. Sabía que era él incluso sin mirarle, y me puse a sollozar como un bebé.

—Vete —dije, y me zafé de él.

Fue la voz de Kenny la que respondió:

—Pero, Mia, ¡tengo que hablar contigo!

—Ahora no, Kenny —intervino Tina.

Pero Kenny parecía totalmente inflexible, e insistió:

—Ahora sí. —Y en la expresión de su cara quedaba claro que no iba a ceder.

Tina miró al techo resignada, y se retiró. Yo me quedé inmóvil, de espaldas al stand del Club de Informática, y me puse a rezar: «Por favor, por favor, Michael, no vengas. Por favor, quédate donde estás. Por favor, por favor, no te acerques».

—Mia —dijo Kenny. Nunca le había visto tan incómodo, y he visto a Kenny muy incómodo. Es un chico más bien patoso—. Solo quiero... Verás, solo quiero que sepas... bueno, que lo sé.

Le miré fijamente. No tenía ni idea de qué hablaba. En serio. Había olvidado por completo el abrazo que había presenciado en el pasillo. El abrazo que le había dado a Michael. Solo podía pensar: «Por favor, Michael, no vengas. Por favor, Michael, no vengas».

—Mira, Kenny —dije. No sé ni cómo conseguí poner mi lengua en funcionamiento, lo juro. Me sentía como un robot al que acabaran de desconectar—. Ahora no es un buen momento. Quizá podríamos hablar más tarde...

—Mia —repitió Kenny. Tenía una expresión graciosa —, lo sé. Lo he visto.

Y entonces lo recordé. Michael y el notable bajo.

—Oh, Kenny —dije—. De verdad, solo fue... Quiero decir que no hay nada...



—No tienes por qué preocuparte —me atajó Kenny. Y entonces comprendí por qué parecía tan gracioso: era la primera vez que veía aquella expresión. Al menos, en la cara de Kenny. Era una expresión como de resignación—. No se lo diré a Lilly.

¡Lilly! ¡Oh, Dios mío! ¡La última persona en el mundo que quiero que sepa lo que siento por Michael!

Quizá aún no fuera demasiado tarde. Quizá había aún alguna posibilidad de...

Pero no. No podía mentirle. Por primera vez en mi vida, no se me ocurrió ninguna mentira.

—Kenny —dije—, lo siento muchísimo.

Hasta ese instante no reparé en que ya era demasiado tarde para correr a los servicios de chicas: ya había empezado a llorar. Se me quebró la voz y, al llevarme las manos a la cara, noté que se me humedecían.

Genial. Estaba llorando, y para colmo delante de todo el alumnado del Instituto Albert Einstein.

—Kenny —proseguí, sorbiéndome la nariz—, quería decírtelo, de verdad. Y me gustas. Pero... es que... no te amo.

Kenny se puso blanco, pero no rompió a llorar, a diferencia de mí. Gracias a Dios. De hecho, incluso intentó esbozar una extraña sonrisa mientras decía, sacudiendo la cabeza:

—Vaya, no puedo creerlo. Bueno, al principio, cuando me enteré, pensé que era imposible. Que, tratándose de ti, era imposible. Imposible que le haga eso a su mejor amiga. Pero..., bueno, supongo que esto explica muchas cosas... Sobre..., hum..., nosotros.

No podía seguir mirándole a la cara. Me sentía como un gusano. Peor que un gusano, porque los gusanos son muy útiles para el medio ambiente. Me sentía como... como...

Una mosca de la fruta.

—Supongo que llevo mucho tiempo sospechando que había otro —añadió Kenny—. Tú nunca..., bueno, nunca diste exactamente la impresión de corresponder a mi pasión al..., ya sabes.

Lo sabía: al besarnos. Por cierto, un detalle muy bonito sacar el tema allí, en el gimnasio, delante de todo el mundo.

—Sabía que no me decías nada porque no querías herir mis sentimientos —dijo Kenny—. Esa es la clase de chica que eres. Y ese es el motivo por el que no te he pedido que vayas conmigo al baile —admitió Kenny—, porque suponía que dirías



que no. Teniendo en cuenta que a ti, ya sabes, te gusta otro. Y sé que nunca me mentirías, Mia. Eres la persona más sincera que he conocido en mi vida.

¡JA! ¿Estaba de broma? ¿Yo, sincera? Es evidente que no sabía nada de mi nariz.

—Por eso sé que esto debe de estar siendo una tortura para ti. Creo que será mejor que se lo digas pronto a Lilly —concluyó Kenny con tono funesto—. ¿Sabes? Empecé a sospechar en el restaurante. Y supongo que no querrás que se entere por alguna otra persona.

Me había llevado una mano a la mejilla para secarme las lágrimas con la manga, pero me detuve a medio camino y le miré, sorprendida:

—¿En el restaurante? ¿Qué restaurante?

—Ya sabes —contestó Kenny algo azorado—. Aquel día, en Chinatown. Os sentasteis juntos. Tú no parabas de reír... Parecía que entre vosotros había mucha complicidad.

¿Chinatown? Pero si Michael no fue con nosotros a Chinatown aquel día...

—Y, ¿sabes? —siguió Kenny—, tampoco soy el único que ha visto cómo te dejaba todas esas rosas en la taquilla esta semana.

Parpadeé. Apenas le veía entre las lágrimas.

—¿Q... qué?

—Ya sabes. —Miró alrededor y redujo la voz a un susurro—. Boris te ha dejado un montón de rosas. Vamos, Mia. Que quieras seguir engañando a Lilly es una cosa, pero...

El estruendo que se me había instalado en los oídos desde que había leído el poema de Michael volvió a intensificarse. BORIS. BORIS PELKOWSKI. Mi novio me ha dejado porque cree que estoy teniendo una aventura con BORIS PELKOWSKI.

BORIS PELKOWSKI, que siempre lleva restos de comida en el corrector dental.

BORIS PELKOWSKI, que siempre lleva el jersey metido por los pantalones.

BORIS PELKOWSKI, el novio de mi mejor amiga.

Oh, Dios. Mi vida está acabada.

Intenté decírselo. Ya sabes, decirle la verdad. Que Boris solo es mi amigo invisible, no mi amante invisible.

Pero Tina se me adelantó, me agarró con fuerza por un brazo y soltó:

—Lo siento, Kenny. Mia tiene que irse ahora mismo.

Y me arrastró hasta los servicios de chicas.



—Tengo que decírselo —repetí una y otra vez, como una tarada, mientras intentaba zafarme de ella—. Tengo que decírselo. Tengo que decirle la verdad.

—No, no tienes que decirle nada —me cortó Tina mientras me llevaba hasta un lavamanos—. Acabáis de romper. ¿A quién le importa el motivo? Lo has conseguido, y eso es lo único que importa.

Parpadeé frente a mi reflejo, enturbiado por las lágrimas, en el espejo que había sobre el lavamanos. Nunca había visto a nadie menos parecido a una princesa que yo en ese instante. Me bastó con mirarme para romper a llorar de nuevo desconsolada.

Tina, por supuesto, está segura de que Michael no intentaba burlarse de mí. Dice, por supuesto, que debe de haber averiguado que era yo quien le enviaba las tarjetas, y que, por supuesto, por eso intentaba hacerme saber que él siente lo mismo por mí.

Solo que, por supuesto, yo no puedo creerlo. Porque si fuera verdad (¡si fuera verdad!), ¿por qué me dejó marchar? ¿Por qué no intentó detenerme?

Tina puntualizó que sí lo intentó, pero que en los gritos que solté al leer su poema y en mi posterior huida entre lágrimas no debió de ver un mensaje demasiado esperanzador. De hecho, es probable que incluso le mirara como si me hubiese molestado lo que acababa de ver. Además, siguió puntualizando Tina, aunque Michael hubiese echado a correr tras de mí, se habría topado con el muro de Kenny. Por lo visto, de lejos parecía que estábamos compartiendo un momento muy íntimo y romántico, y no se habría atrevido a molestarnos.

Todo lo cual podría ser cierto.

Pero también podría ser cierto que Michael solo estuviera de broma. Una broma muy cruel, teniendo en cuenta las circunstancias, pero Michael no sabe que le adoro con todas las células de mi cuerpo. Michael no sabe que llevo toda la vida enamorada de él. Michael no sabe que, sin él, jamás de los jamases llegaré a ser una persona realizada. Para Michael, solo soy la mejor amiga de su hermana pequeña. Probablemente, no pretendía ser cruel. Probablemente creía que era divertido.

No es culpa suya que mi vida esté acabada y que yo no vaya a salir de este servicio.

Esperaré a que todos se hayan ido y luego me escabulliré, y nadie volverá a verme hasta el comienzo del próximo semestre, para cuando, espero, todo esto se haya olvidado ya.

O, mejor aún, tal vez tenga que quedarme en Genovia...

¡Eh! Sí. ¿Por qué no?



Viernes, 19 de diciembre, 17.00 h, apartamento

No sé por qué no puede dejarme en paz todo el mundo.

En serio. Vale que se hayan acabado los exámenes, pero todavía tengo mucho trabajo. De hecho, tengo que hacer las maletas, ¿no? ¿Acaso nadie sabe que cuando uno se va para presentarse oficialmente al pueblo sobre el que un día reinará tiene que meter muchas cosas en la maleta?

Pero no. No, la gente sigue llamando, enviando mensajes por correo electrónico y viniendo a casa.

Bueno, pues no pienso contestar ni atender a nadie. Creo que ya lo he dejado bastante claro. No pienso hablar con Lilly, ni con Tina, ni con mi padre, ni con el señor Gianini, ni con mi madre ni, SOBRE TODO, con Michael, aunque ya ha llamado cuatro veces.

Estoy demasiado ocupada para hablar con nadie.

Y, con los auriculares puestos, ni siquiera los oiré aporrear la puerta. Admito que tanto interés me emociona...



Viernes, 19 de diciembre, 17.30 h, escalera de incendios

Todos tenemos derecho a disfrutar de nuestra intimidad. Si quiero ir a mi habitación y encerrarme y no salir ni ver a nadie, debería tener derecho a hacerlo. A nadie se le debería permitir desmontar las bisagras de la puerta de mi habitación y quitarla. Es totalmente injusto.

Pero he encontrado un modo de frustrarlos. Estoy en la escalera de incendios. Aquí fuera la temperatura es de uno o dos grados bajo cero, y nieva, por cierto. Pero ¿sabes qué? De momento, nadie me ha seguido.

Por suerte, he salido con uno de esos bolígrafos que llevan una linterna incorporada, así puedo ver lo que escribo. El sol se ha puesto ya hace un rato, y tengo que admitirlo: se me está congelando el culo. Pero se está bien. Solo se oye el siseo de la nieve al caer sobre la escalera metálica, y alguna que otra sirena o alarma. En cierto modo, es apacible.

¿Y sabes lo que estoy descubriendo? Que necesito un respiro. Un buen respiro.

De verdad. Necesito irme y tumbarme en una playa o algo parecido.

En Genovia hay una playa muy bonita. En serio. Con arena blanca y palmeras y todo eso.

Lástima que durante mi visita no vaya a poder ir a la playa, pues voy a pasarme todo el tiempo bautizando barcos y cosas por el estilo.

Pero si viviera en Genovia..., ya sabes, si me instalara permanentemente allí...

Oh, echaría de menos a mi madre, por supuesto. Ya lo había pensado. Se ha asomado por la ventana unas veinte veces, suplicándome que entre o que, al menos, me ponga el abrigo. Mi madre es encantadora. La echaré muchísimo de menos.

Pero podría ir a visitarme a Genovia. Como mínimo, hasta el octavo mes de gestación. Después, viajar en avión podría resultar algo arriesgado para ella. Pero también podría ir después de que naciera mi hermanito o hermanita. Estaría bien.



Y el señor Gianini también es agradable. Acaba de asomarse y preguntarme si quería probar el chili con verduras que acaba de preparar. Dice que no le ha añadido carne a propósito.

Un detalle precioso. También podrá visitarme en Genova.

Sería bonito vivir allí. Podría estar con mi padre a todas horas. Él tampoco es mal tipo, una vez que le conoces. También quiere que entre en casa. Supongo que mi madre le ha llamado. Dice que está muy orgulloso de mí, por lo de la rueda de prensa y por el notable en Álgebra y todo eso. Quiere llevarme a cenar para celebrarlo. Dice que podríamos ir al Zen Palate, un restaurante exclusivamente vegetariano. ¿No es un detalle lindo?

Lástima que permitiera a Lars tirar abajo la puerta de mi habitación. Si no, habría ido.

Ronnie, la vecina de al lado, acaba de pasar frente a su ventana y me ha visto. Quiere saber qué estoy haciendo sentada en la escalera de incendios en pleno diciembre.

Le he dicho que necesito un poco de intimidad y que, por lo visto, solo puedo conseguirla así.

Ronnie ha dicho: «Vaya, querida, sé a qué te refieres».

También ha dicho que voy a congelarme sin chaqueta y me ha ofrecido su abrigo de visón. He declinado cortésmente el ofrecimiento, ya que no puedo ponerme las pieles de animales muertos.

Así que me ha prestado su manta eléctrica, que ha enchufado a la toma de corriente que hay debajo de su aparato de aire acondicionado. Tengo que admitir que la cosa ha mejorado mucho.

Ronnie se está preparando para salir. Es interesante ver cómo se maquilla. Mientras lo hace, conversa conmigo por la ventana abierta. Me ha preguntado si tengo problemas en el instituto y si es eso por lo que estoy en la escalera de incendios, y le he contestado que sí. Me ha preguntado que qué clase de problemas tengo y se lo he contado. Le he dicho que me están acosando: que estoy enamorada del hermano de mi mejor amiga, pero que para él eso es un gran chiste. Ah, y también que, por lo visto, todo el mundo cree que estoy teniendo una aventura con un violinista que respira por la boca y que casualmente es el novio de mi mejor amiga.

Ronnie ha sacudido la cabeza y ha dicho que se alegra de ver que nada ha cambiado desde que ella iba al instituto. Dice que sabe lo que se siente al ser acosada, porque Ronnie antes era un hombre.



Le he dicho que nada importa ya, porque me voy a Genovia. Ronnie ha dicho que lo lamenta, que me echará de menos, ya que las condiciones del edificio han mejorado desde que insistí en instalar diferentes contenedores para reciclar papel, plástico y vidrio.

Entonces Ronnie me ha dicho que se tenía que ir porque había quedado con su novio para ir a tomar cócteles al Carlyle. Me deja que siga usando la manta eléctrica, siempre que me acuerde de devolvérsela cuando ya no la necesite.

¡Dios! Hasta la vecina de al lado, que antes era un hombre, tiene novio. ¿¿¿QUÉ PASA CONMIGO???

Oh, oh... Oigo pasos en mi habitación. ¿Quién viene ahora?



Viernes, 19 de diciembre, 19.30 h

Vale. Si me pinchan, no me sacan sangre.

Adivina quién ha salido a la escalera de incendios y se ha pasado media hora sentada a mi lado.

Grandmère.

Y no bromeo.

Estaba yo aquí, deprimida, cuando de pronto por la ventana asomó un brazo enfundado en pieles, y después un pie embutido en un zapato de tacón alto, y luego una cabeza rubia, y, en un visto y no visto, ya tenía a Grandmère sentada aquí, mirándome y pestañeando desde los abismos de su enorme abrigo de chinchilla.

—Amelia —dijo en su tono más cansino—. ¿Qué haces aquí? Está nevando. Vuelve dentro.

Yo estaba petrificada. Me había dejado petrificada que Grandmère llegara incluso a plantearse la posibilidad de salir a la escalera de incendios (no es muy delicado para una princesa mencionarlo, pero esto está lleno de caca de pájaro), por no hablar de atreverse a dirigirme la palabra, después de todo lo que dijo.

Pero abordó el asunto de inmediato.

—Comprendo que estés enfadada conmigo —dijo—, y tienes todo el derecho a estarlo. Pero quiero que sepas que lo que hice, lo hice por ti.

—¡Ah, ya! —Aunque había jurado que jamás volvería a hablarle, no pude contenerme—. Grandmère, ¿cómo puedes decir eso?

—No era mi intención —contestó Grandmère—. Solo quería demostrarte que eres tan hermosa como esas chicas que salen en las revistas y a las que tanto deseas parecerte. Es importante que sepas que no eres la criatura espeluznante que, por lo visto, crees que eres.

—Grandmère —dije—, es muy amable de tu parte y todo eso..., supongo..., pero no deberías haberlo hecho así.



—¿Y de qué otro modo iba a hacerlo? —preguntó Grandmère—. Jamás posarías para ninguna de las revistas que se han ofrecido a enviar a un fotógrafo. Ni para *Vogue*, ni para *Harper's Bazaar*... ¿No entiendes que lo que Sebastiano comentó sobre tu estructura ósea es verdad? Eres muy hermosa, Amelia. Si confiaras más en ti, si te lucieras de vez en cuando... ¡Piensa en lo pronto que ese chico que te gusta dejaría a la chica de la mosca doméstica por ti!

—La mosca de la fruta —la corrigí—. Y, Grandmère, ya te lo dije: a Michael le gusta esa chica porque es muy inteligente. Comparten muchas cosas, como la informática. No tiene nada que ver con la apariencia.

—Oh, Mia —dijo Grandmère—. No seas inocente.

Pobre Grandmère. Realmente, no era justo culparla, porque ella proviene de un mundo muy distinto. En el mundo de Grandmère, a las mujeres se las valora por ser auténticas bellezas, o, si no son auténticas bellezas, se las venera por vestir de forma impecable. Lo que hacen para ganarse la vida, por ejemplo, no es importante, porque la mayoría no hace nada. Oh, quizá alguna actividad benéfica, o lo que sea, pero nada más.

Grandmère no entiende, claro, que hoy día ser una auténtica belleza no importa gran cosa. Bueno, importa en Hollywood, por supuesto, y en las pasarelas de Milán. Pero, hoy día, la gente entiende que una apariencia perfecta es el resultado del ADN, algo que la persona no controla en absoluto. Ser hermosa no es ningún logro. Es solo resultado de la genética.

No, lo que hoy importa es lo que uno hace con el cerebro que tiene detrás de esos ojos azules perfectos, o castaños, o verdes, o como sean. En los tiempos de Grandmère, una chica como Judith, que sabe clonar moscas de la fruta, podría haber sido considerada como un bicho raro lastimero, a menos que supiera clonar moscas de la fruta y estar espectacular vestida de Dior.

E, incluso en esta era notablemente ilustrada, las chicas como Judith siguen recibiendo mucha menos atención que las chicas como Lana, lo cual es injusto, puesto que clonar moscas de la fruta probablemente es mucho más importante que tener un cabello perfecto.

La gente realmente patética es la que es como yo: no sé clonar moscas de la fruta y tengo el pelo horrible.

Pero no pasa nada. Ya estoy acostumbrada.

Grandmère es la que sigue necesitando convencerse de que no soy un caso completamente perdido.

—Mira —le insistí—, ya te lo dije. Michael no es la clase de chico a quien le impresiona que salga en un suplemento del *Sunday Times* con un vestido de salón sin



tirantes. Por eso me gusta. Si fuera la clase de chico a quien le impresionan cosas como esa, no me interesaría en absoluto.

Grandmère no parecía muy convencida.

—Bien —dijo—, es probable que no estemos de acuerdo en muchas cosas, Amelia. En cualquier caso, he venido a disculparme. Nunca fue mi intención afligirte ni perjudicarte en modo alguno. Solo quería demostrarte lo que podrías llegar a hacer con solo intentarlo. —Barrió el aire con sus manos enguantadas—. Y todo parece indicar que lo conseguí, teniendo en cuenta la exitosa rueda de prensa que organizaste tú sola.

No pude evitar sonreír al oír aquello.

—Sí —convine—, lo hice.

—Y —añadió Grandmère— tengo entendido que has aprobado Álgebra.

Sonreí aún más.

—Sí.

—Pues bien —concluyó Grandmère—, solo te queda una cosa por hacer.

Asentí.

—Lo sé. Lo he pensado mucho y creo que lo mejor sería que prolongara mi estancia en Genovia. Quizá podría quedarme ya a vivir allí. ¿Qué opinas?

La expresión de Grandmère, lo vi gracias a la luz que salía de la ventana de mi habitación, era de incredulidad.

—¿Vivir en... vivir en Genovia? —Por primera vez, la había pillado desprevenida—. ¿De qué estás hablando?

—Bueno, ya sabes —contesté—. Allí hay institutos. Podría seguir estudiando allí. Quizá incluso podría matricularme en una de esas escuelas suizas de las que siempre hablas.

Grandmère no apartaba la mirada de mí.

—No te gustaría nada.

—No —acepté—, pero podría ser divertido. No admiten chicos, ¿verdad? Sería fantástico. Estando tan harta de los chicos como estoy...

Grandmère sacudió la cabeza.

—Pero tus amigos..., tu madre...

—Bueno —dije, razonable—. Podrían ir a visitarme.

Entonces el semblante de Grandmère se endureció. Me miró desde las ranuras supermaquilladas en que se habían transformado sus ojos.



—Amelia Mignonette Grimaldi Renaldo —dijo—, estás huyendo de algo, ¿verdad?

Negué, inocente, con la cabeza.

—Oh, no, Grandmère —contesté—. De verdad. Me gustaría vivir en Genovia. Sería chulo.

—¿CHULO? —exclamó Grandmère, poniéndose en pie. Los tacones de sus zapatos se colaron entre la rejilla metálica de la escalera de incendios, pero ella ni se percató. Señaló imperiosamente en dirección a la ventana de mi habitación—. Vuelve dentro ahora mismo —me ordenó con una voz que nunca antes la había oído emplear.

Tengo que confesar que me quedé tan estupefacta que hice justo lo que me había ordenado. Desenchufé la manta de Ronnie y gateé hasta mi habitación. Esperé a que ella también entrara.

—Tú —espetó cuando se hubo alisado la falda— eres princesa de la casa real Renaldo. Una princesa —dijo mientras se acercaba a mi armario y revolvía su contenido—jamás elude sus responsabilidades. Ni tampoco huye al primer contratiempo.

—Hurra... Grandmère —dije—. Lo que ha ocurrido hoy no ha sido exactamente un primer contratiempo, ¿vale? Lo que ha ocurrido hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso. No lo soporto más, Grandmère. Me largo.

Grandmère sacó del armario el vestido que Sebastiano me había diseñado para el baile. Ya sabes, el que supuestamente iba a conseguir que Michael olvidara que soy la mejor amiga de su hermana pequeña.

—Tonterías —dijo Grandmère.

Y eso fue todo: «Tonterías». Y siguió allí, de pie, mirándome, repiqueteando con un pie en el suelo.

—Grandmère —le dije. Quizá fuera por todo el tiempo que había pasado a la intemperie en la escalera de incendios... O quizá fuera porque estaba bastante segura de que mi madre, el señor Gianini y mi padre estaban en la habitación de al lado escuchando... ¿Cómo iba a ser de otro modo? No había puerta, ni nada, que separara mi habitación del salón—. No lo entiendes —insistí—. No puedo volver allí.

—Razón de más —repuso Grandmère— para que vuelvas.

—No —contesté—. En primer lugar, porque ni siquiera tengo acompañante, ¿vale? Y, posdata, solo los fracasados van solos a los bailes.

—Tú no eres una fracasada, Amelia —dijo Grandmère—. Tú eres una princesa. Y las princesas no huyen cuando sobrevienen dificultades. Se yerguen con la cabeza bien alta y se enfrentan a la tragedia. Con valentía, y sin quejarse.



—¿Hola? No estamos hablando de maleantes visigodos, ¿vale, Grandmère? Estamos hablando de un instituto al completo que, por lo visto, cree que estoy enamorada de Boris Pelkowski.

—Lo cual es precisamente —repuso Grandmère— por lo que tienes que demostrarles que no te importa lo que piensen.

—¿Y por qué no puedo demostrárselo no yendo?

—Porque esa —contestó Grandmère— sería la solución cobarde. Y tú, Mia, como has demostrado sobradamente esta semana, no eres cobarde. Y, ahora, vístete.

No sé por qué la obedecí. Quizá porque, muy en el fondo, sabía que, para variar, Grandmère tenía razón.

O quizá porque, más en el fondo aún, supongo que sentía un poco de curiosidad por ver qué ocurriría.

Pero creo que la verdadera razón fue que, por primera vez en toda mi vida, Grandmère no me llamó Amelia.

No: me llamó Mia.

Y, gracias a mi estúpido sentimentalismo, ahora mismo estoy en un coche, volviendo al estúpido y nauseabundo Instituto Albert Einstein, al que hace tan solo unas horas creía que jamás en la vida iba a regresar.

Pero, no. Oh, no. Vuelvo, con el estúpido vestido de terciopelo verde que Sebastiano diseñó para mí. Vuelvo, sin acompañante. Vuelvo, y probablemente me ridiculizarán por ser el bicho raro sin acompañante que soy.

Sin embargo, también soy una princesa, y por lo visto eso significa que de mí se espera que acepte las críticas, por muy crueles, injustas o inmerecidas que sean.

Y, al margen de lo que ocurra, siempre podré consolarme con la certeza de algo: mañana estaré a miles de kilómetros de todo esto.

Oh, Dios. Ya hemos llegado.

Creo que voy a vomitar.



Sábado, 20 de diciembre, jet de la Genovia Real

Cuando estaba a punto de cumplir los seis años, lo único que quería que me regalaran era un gato.

No me importaba la raza. Quería un gato, y punto. Quería un gato que fuera solo mío. Hacía poco que habíamos visitado a los padres de mi madre en su granja de Indiana, y ellos tenían infinidad de gatos. Uno de ellos acababa de tener cachorritos, mininos diminutos y suaves, de color blanco y naranja, que ronroneaban cuando me los ponía bajo la barbilla y se adormilaban en el bolsillo delantero de mi peto. Más que cualquier otra cosa en el mundo, quería quedarme uno de esos gatitos.

Debería mencionar que en aquel tiempo tenía un problemilla: todavía me chupaba el pulgar. Mi madre lo había intentado todo para que dejara de hacerlo, incluso me había comprado una Barbie, a pesar de su oposición frontal a las Barbies y sus demás oposiciones frontales. Una especie de soborno. Nada funcionó.

Así que, cuando empecé a gimotear y decirle que quería un gatito, mi madre ideó un plan. Me dijo que me regalaría un gatito por mi cumpleaños si dejaba de chuparme el dedo.

Y lo hice de inmediato. Tal era mi deseo de tener un gatito.

Sin embargo, a medida que se acercaba mi cumpleaños, tenía ciertas dudas de que mi madre cumpliera su promesa. Por una parte, incluso con solo seis años, ya sabía que mi madre no era la más responsable de las personas. ¿Por qué, si no, nos cortaban la luz cada dos por tres? Y la mitad de los días me presentaba en la escuela con falda y pantalones, porque mi madre me dejaba ponerme lo que quería. Por eso no estaba segura de que fuera a recordar lo del gatito; o de que, si lo recordaba, supiera dónde conseguir uno.

De modo que, como podrás imaginar, al llegar mi cumpleaños, no albergaba demasiadas esperanzas.

Pero aquella mañana, cuando mi madre entró en mi habitación con aquella bolita de pelo amarillo y blanco y me la dejó sobre el pecho, y yo miré a los ojos de Louie (no se convirtió en Fat Louie, «el Gordo Louie», hasta unos doce kilos después), unos



ojos azules y enormes (antes de que se volvieran verdes), sentí una alegría que nunca antes había experimentado y que no esperaba volver a experimentar nunca.

Es decir, hasta anoche.

Hablo muy en serio.

La de ayer fue la mejor noche de TODA mi vida. Después del fiasco con Sebastiano y las fotos, creí que JAMÁS volvería a sentir por Grandmère nada parecido a la gratitud.

Pero tuvo TANTA RAZÓN al hacerme asistir a ese baile... Y me ALEGRO TANTO de haber vuelto anoche al Albert Einstein, el mejor, el más maravilloso instituto de todo el país, ¡¡¡si no del mundo entero!!!

Vale, esto es lo que pasó:

Lars y yo aparcamos delante del instituto. Había luces blancas titilantes en todas las ventanas, supongo que para emular carámbanos o algo así.

Estaba segura de que iba a vomitar y se lo dije a Lars. Él dijo que era imposible que vomitara porque tenía la certeza de que no había comido nada desde los pastelillos de la feria, antes del almuerzo, que sin duda ya había digerido. Con esa información alentadora, me escoltó por la escalera y entró conmigo en el instituto.

Nos encontramos una cola inmensa frente al guardarropa. Lars dejó allí nuestros abrigos y yo le esperé a unos pasos, inmóvil, esperando que alguien se acercara a preguntarme cómo se me ocurría asistir sin acompañante. Pero lo que ocurrió fue que Lilly-y-Boris y Tina-y-Dave vinieron corriendo y se mostraron muy cariñosos, diciéndome cuánto se alegraban de que hubiera vuelto (más tarde, Tina me informó de que ya le había contado a todo el mundo que Kenny y yo habíamos roto, aunque no había explicado el motivo, GRACIAS A DIOS).

Así que, flanqueada por mis amigos, entré en el gimnasio, que estaba decorado con motivos invernales, con copos de nieve de papel, una de esas bolas de discoteca y nieve artificial por todas partes (que, tengo que confesar, era mucho más blanca y estaba mucho más limpia que la nieve que empezaba a cuajar en las aceras).

Había montones de personas. Vi a Lana y a Josh (¡puaj!), a Justin Baxendale con su rebaño habitual de fans babeantes, a Shameeka y a Ling Su, y a un montón más. Incluso Kenny estaba allí, aunque, cuando me vio, se puso como un tomate, se dio media vuelta y se puso a hablar con una chica de nuestra clase de Biología. Bueno, muy bien.

Todos estaban allí, salvo la persona que más me aterraba ver. O a la que más esperaba ver. No estaba segura.

Entonces vi a Judith Gershner. Se había cambiado y ya no llevaba el peto, sino un vestido rojo del estilo de Laura Ashley, con el que estaba guapísima.



Pero no bailaba con Michael. Bailaba con un chico al que yo no había visto antes.

Busqué a Lilly con la mirada y al final la vi en una cabina hablando por teléfono. Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Dónde está tu hermano?

Lilly colgó el auricular.

—Y yo qué sé —contestó—. Hoy no me toca hacerle de canguro.

Extrañamente reconfortada por su actitud (que demostraba que, por mucho que cambiara todo lo demás, Lilly seguía siendo la misma), comenté:

—Bueno, es que Judith Gershner está ahí, así que supuse que...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lilly—. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírtelo? ¡Michael y Judith no están saliendo!

Y yo contesté:

—Ah, vale. Entonces, ¿por qué han pasado juntos hasta el último minuto de las dos últimas semanas?

—Porque han estado trabajando en ese maldito programa para la feria —respondió—. Además, Judith ya tiene novio. —Lilly me agarró por los hombros y me dio la vuelta para que pudiera ver a Judith en la pista de baile—. Va al Trinity.

Miré y vi a Judith Gershner bailar una lenta con un chico que se parecía mucho a Kenny, aunque era algo mayor y menos patoso.

—Oh —dejé escapar.

—Oh, sí —dijo Lilly—. No sé qué te pasa hoy, pero no te soporto cuando te comportas como un bicho raro. Siéntate aquí. —Me acercó una silla—. Y no te atrevas a levantarte. Quiero estar segura de dónde encontrarte cuando lo necesite.

Ni siquiera le pregunté a Lilly por qué iba a necesitar encontrarme. Me senté sin más. En realidad, tampoco creía que pudiera seguir de pie. Estaba agotada.

No me sentía decepcionada. Me refiero a que no quería ver a Michael. Bueno, al menos una parte de mí no quería verle.

Otra parte de mí deseaba verle y preguntarle qué había querido decir con aquel poema.

Pero me asustaba un poco la respuesta. Porque podría no ser la que yo esperaba.

Al cabo de un rato, Lars y Wahim se sentaron a mi lado. Me sentía como un instrumento. Allí, sentada en un baile con dos guardaespaldas que discutían acaloradamente sobre las ventajas y los inconvenientes de las balas de goma. Nadie me sacaba a bailar. Y nadie iba a hacerlo, claro. Soy una enorme y colosal fracasada. Una enorme y colosal fracasada sin acompañante.



Y que, por cierto, está supuestamente enamorada de Boris Pelkowski.

¿Por qué iba a quedarme? Había hecho lo que Grandmère me había dicho que hiciera: había vuelto al baile. Le había demostrado a todo el mundo que no era una cobarde. ¿Por qué no me marchaba? Estaba en mi derecho de hacerlo.

Me puse en pie.

—Vamos. Ya llevamos aquí demasiado rato. Todavía tengo que hacer las maletas. Vámonos.

Lars accedió y empezó a levantarse. Pero se detuvo en seco. Vi que miraba algo situado detrás de mí. Me di la vuelta.

Y allí estaba Michael.

Era evidente que acababa de llegar. Apenas podía respirar. Llevaba la pajarita desatada y algo de nieve en el pelo.

—No creía que fueras a venir —dijo.

Sabía que me había puesto tan roja como el vestido de Judith Gershner, pero no podía hacer nada para evitarlo. Le dije:

—Bueno, he estado a punto de no venir.

—Te he llamado un montón de veces, pero no me has contestado —dijo él.

—Lo sé. —Deseaba que el suelo del gimnasio se abriera, como en *Qué bello es vivir*, y yo me cayera al estanque y me ahogara y así no tuviera que mantener esa conversación.

—Mia —dijo—, con lo de hoy... no quería hacerte llorar.

O que el suelo se abriera y yo empezara a caer y a caer por siempre jamás. Eso también habría estado bien. Miré al suelo, rezando por que se resquebrajara y me tragara.

—Y no me has hecho llorar —mentí—. Quiero decir que no fue por eso por lo que lloré. Fue por algo que dijo Kenny.

—Ya —dijo Michael—. Bueno, he oído que habéis roto.

Sí. Probablemente lo había oído todo el instituto. Sabía que para entonces ya estaba incluso más roja que el vestido de Judith.

—El caso es que... —prosiguió Michael— sabía que eras tú quien estaba dejándome las tarjetas.

Si me hubiese atravesado el pecho con la mano, me hubiese arrancado el corazón, lo hubiese tirado al suelo y hubiese jugado al fútbol con él, no me habría provocado tanto dolor como el que sentí al oír aquello. Noté que se me empezaban a llenar los ojos de lágrimas otra vez.



—¿En serio? —Vale, una cosa es que le rompan el corazón a una, pero que se lo rompan en un baile del instituto, delante de todo el mundo... es muy duro.

—Pues claro —insistió con aire impaciente—. Me lo dijo Lilly.

Por primera vez, le miré a la cara.

—¿Te lo dijo Lilly? —grité—. ¿Cómo se enteró?

Él agitó una mano.

—No lo sé. Supongo que se lo dijo tu amiga Tina, pero eso no es importante.

Busqué con la mirada por el gimnasio y vi a Lilly y a Tina escrutándome desde el otro extremo. Al ver que las miraba, se dieron la vuelta muy deprisa y fingieron charlar con sus respectivos novios.

—Las mataré —musité.

Michael alargó ambas manos y me cogió por los hombros.

—Mia —dijo, zarandeándome con suavidad—, eso no importa. Lo que importa es que lo que escribí es verdad. Y creo que lo que escribiste tú, también.

Creí que no le había oído bien.

—Por supuesto que era verdad —le espeté.

Él sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿por qué saliste despavorida antes?

—Bueno, porque... porque... creía... creía que te estabas burlando de mí —barboteé.

—Jamás —sentenció.

Y entonces lo hizo.

Sin más. Sin pedir permiso. Sin dudar. Se inclinó hacia mí y me besó en los labios.

Y, en ese mismo instante, comprobé que Tina tenía razón: no es grosero si estás enamorada del chico en cuestión.

De hecho, es lo más lindo del mundo.

¿Y sabes qué es lo mejor de todo?

Quiero decir, aparte de que Michael esté enamorado de mí y de que lo haya mantenido en secreto durante casi tanto tiempo como yo, si no más.

Aparte de que Lilly lo supiera todo y no dijera nada hasta hace solo unos días, porque le pareció que era un experimento social interesante ver cuánto tiempo tardábamos en descubrirlo por nosotros mismos (y ha resultado que mucho).



Aparte de que Michael vaya a estudiar en la Columbia el año que viene, que está a solo unas paradas de metro, lo cual me permitirá verle tan a menudo como quiera.

¡Ah!, y aparte de que Lana pasara justo por nuestro lado mientras nos besábamos y que soltara, con voz asqueada: «Oh, por favor, buscaos una habitación, ¿vale?».

Aparte de que me pasara toda la noche bailando lentas con él, hasta que al final Lilly se acercó y dijo: «Venga, chicos, nieva mucho y si no nos vamos ahora, no llegaremos a casa».

Aparte de que me diera un beso de buenas noches delante de la puerta de mi apartamento, con la nieve cayendo a nuestro alrededor (y el gruñón de Lars quejándose de que estaba cogiendo frío).

No, lo mejor de todo es que pasamos directamente al beso con lengua sin el menor problema. Tina tenía razón: fue algo natural.

Y ahora la azafata del vuelo de la Genovia Real dice que tenemos que ajustamos el cinturón y poner las bandejas en posición vertical para despegar, así que voy a tener que dejar de escribir en un minuto.

Papá dice que si no dejo de hablar de Michael, va a ir a sentarse al lado del piloto.

Grandmère dice que no da crédito al cambio que percibe en mí. Dice que parezco más alta. ¿Y sabes?, tal vez lo sea. Cree que el motivo es que llevo otra de las originales creaciones de Sebastiano, diseñada exclusivamente para mí, como el vestido que supuestamente iba a hacer que Michael me viera como algo más que como la mejor amiga de su hermana pequeña... Y el caso es que lo hizo. Pero sé que no fue el vestido.

Y que tampoco es el amor. Bueno, no del todo. Te diré lo que es: la realización personal.

Bueno, eso y el hecho de que resulta que, al fin y al cabo, soy una princesa. Debo de serlo, porque ¿sabes qué?

Estoy viviendo feliz y quizá incluso me coma una perdiz.

FIN